



FEDERICO
ANDAHAZI

ARGENTINA
CON PECADO
CONCEBIDA

Historia sexual de los argentinos II

Lectulandia

El sexo ha sido protagonista del nacimiento, el esplendor, la decadencia y la caída de las grandes civilizaciones. Este nuevo ensayo de Federico Andahazi sobre la historia sexual de los argentinos parte de una hipótesis que atraviesa toda la obra: no puede comprenderse la historia de un país si se desconoce el entramado de las relaciones sexuales que lo gestaron.

En *Argentina con pecado concebida* aborda los nuevos cánones morales surgidos desde la Revolución de Mayo hasta el golpe de 1930, a través de los personajes fundacionales más emblemáticos. Así, cuenta cómo la insistencia sobre la presunta homosexualidad de Belgrano se usó como herramienta para descalificar sus ideas, describe la intensísima relación que tuvieron Rosas y Urquiza con sus muchas mujeres y la insólita adopción del primero de un hijo abandonado por Belgrano, las orgías consignadas por Sarmiento en su diario de campaña, la agitada vida sexual de San Martín, coronada con su relación con Remedios de Escalada, el factor clave de la Iglesia Católica, los irrefrenables impulsos sexuales de Lavalle, las formas de legislar la prostitución sin legalizarla, la doble moral de Yrigoyen. En todos los casos, nos sorprenden la energía y el tiempo dedicados al sexo, que parecía complementar la inagotable capacidad para la estrategia y la acción política. Una vez más, con una prosa ensayística ágil y entretenida, enriquecida por la creatividad del gran novelista, Federico Andahazi revela aspectos desconocidos hasta hoy, verdaderas perlas sorprendentes y escandalosas, ocultadas con escrúpulo sobre la intensa vida pública y privada de los hombres que forjaron nuestro país.

Lectulandia

Federico Andahazi

Argentina con pecado concebida

Desde la Revolución de Mayo hasta el golpe de 1930

Historia sexual de los argentinos - 02

ePub r1.0

Titivillus 18.05.15

Federico Andahazi, 2009

Imagen de cubierta: *Manuel Belgrano* (detalle) Francisco Casimir Carbonnier, 1815

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi madre, Juana Merlín.
A la memoria de mi padre, Bela R. Andahazi.*

I.
**El sexo de los
padres de la patria**

De mármol somos

En *Pecar como Dios manda* sostenía que no puede comprenderse la esencia de una nación si se desconoce la historia de su sexualidad. En el presente volumen, en el que se examina la Historia argentina a través de la vida íntima de sus personajes más emblemáticos, tal postulado no solamente se ve confirmado, sino que se percibe aún con mayor claridad. Podría afirmarse, sin lugar a dudas, que el modo en que ejercieron el poder muchos de nuestros próceres sólo se comprende a la luz de la forma en que ejercieron el sexo.

Manuel Gálvez, uno de los escritores argentinos más polémicos de los albores del siglo veinte, sostenía:

No se puede penetrar en la psicología de un hombre sin conocer su vida sexual [...] ganarían en humanidad nuestros grandes hombres si conociéramos sus amoríos. Aparte de que la vida pública no es independiente de la privada, sino su prolongación, su refracción en el espacio.

Esta frase resulta cierta, siempre y cuando se hagan algunas precisiones. En este sentido, debo aclarar desde ya que no me impulsó a escribir estas páginas el ánimo morboso de hurgar debajo de las cobijas de aquellos que forjaron la historia de esta nación. Con frecuencia se justifica la exposición de la vida privada de distintos protagonistas de la historia bajo la excusa de «bajarlos del pedestal de mármol y ponerlos a la altura de la gente común», como si la gesta libertaria de San Martín fuese comparable con la pedestre biografía de algún oscuro cronista. En nombre de semejante pretensión se han cometido verdaderas profanaciones. No es el propósito de este libro derribar monumentos ni desnudar las preferencias sexuales, los secretos de alcoba ni la intimidad de nuestros próceres, disciplina, dicho sea de paso, tan en boga en estos días.

Cabe señalar, por otra parte, que los países, igual que los individuos que los habitan, deben su genealogía a un entramado de relaciones sexuales que, por su complejidad y extensión, muchas veces se pierden de vista. Centrar la mirada sobre estos procesos permite poner en evidencia las distintas estrategias de Estado tendientes a establecer alianzas sexuales con fines políticos, económicos y sociales. Así como en las viejas monarquías estas uniones tenían el claro propósito de sumar territorios, multiplicar fortunas y acrecentar el poder, en distintas épocas también el sexo sirvió como herramienta de apropiación y dominación. Desde la política de mestizaje que impuso el poder español para extender la sangre europea en territorio americano a expensas de privar a los hijos mestizos del derecho a la herencia y la propiedad, hasta las prácticas sexuales endogámicas, cuando no incestuosas, de la

aristocracia interesada en que la mayor cantidad de extensiones quedara en manos de pocas familias, el sexo ha sido protagonista de la historia argentina.

La segunda hipótesis que fija el rumbo de este trabajo se desprende de la primera, es decir, si la historia de una nación se explica a la luz de la historia de la sexualidad, consecuentemente, no puede entenderse la vida sexual de un individuo si se ignora la Historia de su país. Así las cosas, puede aseverarse que la política, la historia, la singularidad y el sexo se alimentan mutuamente de manera tal que una categoría no encontraría su razón sino en relación con las otras.

La sexualidad ha estado tan presente en la Historia, en la política y hasta en la guerra que, en no pocas ocasiones, ha sido utilizada como un arma. Resulta interesante examinar de qué manera los calificativos y «denuncias» sobre las conductas o tendencias sexuales de tales o cuales personajes, muchas veces han sido una herramienta para descalificar sus acciones o sus ideas. Por ejemplo, la insistente mención sobre la presunta homosexualidad de distintas personalidades de la historia argentina no hace más que poner en evidencia las tendencias políticas homofóbicas y retrógradas de los propios denunciantes.

Tal vez uno de los casos más emblemáticos, en este sentido, sea el de Manuel Belgrano. Importa mucho menos conocer las preferencias sexuales de Belgrano que el verdadero debate que se oculta detrás de esa polémica trivial. Muchos afirman que las habladurías sobre la presunta homosexualidad de Manuel Belgrano son más bien recientes. Sin embargo, existen varios testimonios que dan cuenta de que aquellos rumores se originaron durante la época en que el abogado tomó las armas para luchar por la independencia. Los humillantes apodos que recibió Belgrano parecen tomados de una revista humorística de la época: «Bomberito de la Patria», «General Cotorrita», «Chupa verde» y «Rabo de Loro», eran, sin dudas, motejos que buscaban mellar su autoridad militar menoscabando su virilidad. Todos estos apelativos eran alusivos a su porte, bastante alejado del castrense, y a su agudo tono de voz. Lo de «Cotorrita» sintetizaba en un solo apodo las dos burlas más frecuentes que recibía Belgrano: por una parte se referían a su voz chillona y, por otra, a su chaqueta verde, ajustada y rematada por una cola bifurcada que semejava las plumas traseras de un loro. Muchas y muy insistentes fueron las menciones a su voz aflautada y su decir amanerado. Más allá de que no conste cómo hablaba Belgrano, ni que su tono e inflexiones pudiesen revelar algo de su sexualidad, resulta claro cuál era el propósito de estos rumores: poner en duda sus cualidades militares. Para dar órdenes y hacerlas cumplir entre una tropa compuesta por hombres sumamente rudos, había que ser enérgico y hacer valer la voz de mando. Al menos en términos prácticos, tan débil no debió ser la voz de Belgrano, habida cuenta de que supo imponer una disciplina férrea a sus subordinados. Aquel ejército estaba conformado por una soldadesca proclive a la indisciplina, la falta de preparación y la rebeldía. No era una tarea sencilla ponerse al frente de semejante tropa. Belgrano no sólo consiguió contenerlos bajo su mando, sino que logró mantenerlos a raya sometiéndolos a un régimen

espartano: prohibió los juegos por dinero, la baraja, los bailes, la música a menos que fuera marcial, las trifulcas, las salidas con mujeres y, como si fuese poco, obligaba a sus hombres a rezar el rosario antes de irse a dormir a las diez de la noche. Aflautada o no, la voz de Belgrano era capaz de tronar tan fuerte como el escarmiento.

Esta capacidad de mando indiscutible contrasta con una anécdota según la cual San Martín, en Tucumán, debió reprender a Manuel Dorrego, paradigma de virilidad cuartelera, por burlarse de la forma en que el general Belgrano repetía con su voz afeminada las órdenes de marcha que impartía el Libertador. Lo cierto es que la rivalidad entre Dorrego y Belgrano tenía razones políticas mucho más poderosas que las frívolas y triviales que invocan ciertos historiadores. Es probable, y existen motivos para sospecharlo, que fuera el propio Dorrego quien, movido por veleidosas ansias de protagonismo, echara a rodar el rumor sobre la presunta homosexualidad de Manuel Belgrano. Acaso un pasaje de las *Memorias Postumas* de José M. Paz permita fechar con exactitud el momento en que Dorrego, queriendo florecerse ante San Martín durante una fiesta dedicada a un grupo de damas, puso en duda la hombría de Belgrano:

El Coronel Dorrego, cuyo carácter es bien conocido, se chocó del aire de superioridad que tomaban los nuevos jefes y oficiales y empezó en sus conversaciones a atacarlos con el ridículo; quizás esta fue la verdadera causa de su destierro, pero la inmediata que dio motivo a él fue la siguiente. El general Belgrano había mandado invitar a una actriz viuda, del Perú, que nombraban Chilma, para que fuese a ejercer su habilidad a una casa respetable, a cuyas señoras había ofrecido hacer este obsequio. La cantatriz se había indispuerto y mandó hacer sus excusas cuando estaban ya reunidos los jefes para la academia de la casa del General. Dorrego oyó el recado que dio el criado mensajero al general Belgrano, y lo echó a mala parte. Empezó a mofarse y a pifiar a aquél en términos que el general San Martín lo advirtió; quiso contenerlo con sus mudas indicaciones y no bastó. La misma noche tuvo orden de dejar Tucumán.

Las burlas que Dorrego dedicó a Belgrano venían a cuento de que, según su ya mencionado criterio cuartelero, no era digno de un hombre y, mucho menos de un militar, ocuparse de los preparativos, disposiciones e indisposiciones de una cantante. Era aquélla una tarea para mujeres y, de hecho, era un número dedicado a las damas. Pero como Belgrano, además, era soltero, no tenía una esposa que se hiciera cargo de esos menesteres. Es de imaginarse la reacción que debió despertar en el espíritu de Dorrego no sólo que San Martín hubiese tomado partido por Belgrano, sino que, además, a causa de este episodio, lo condenara al destierro.

Belgrano era un hombre de rasgos finos y delicados; sus ojos azules enmarcados por unas cejas delgadas y el pelo ensortijado sobre la frente, le conferían un aspecto de distinción. Ciertamente, su estampa contrastaba con la criolla rusticidad de su tropa. No es novedad que, en determinados ámbitos masculinos como el castrense, la belleza, el refinamiento, la distinción y la destreza oratoria fuesen tenidos como adornos poco viriles o, lisa y llanamente, afeminados. El hecho de que Manuel Belgrano fuese un lúcido intelectual, en lugar de sumarle méritos a su condición de militar, para muchos constituía un demérito, como si al «hombre de acción» le estuviese vedado el don del pensamiento. Pero el problema no radicaba en que fuera

un brillante pensador, sino, justamente, en que sus ideas iban más lejos de lo tolerable para ciertos sectores. No es en absoluto casual que la mayor parte de aquellos que pretendían extender la Revolución más allá de los límites de la independencia, con miras al territorio social, recibieran la misma «acusación». Así, hombres de inspiración jacobina como Mariano Moreno o Juan José Castelli fueron igualmente calificados o, mejor dicho, descalificados con el mote de homosexuales. Digamos, de paso, que el uso de las comillas aplicadas al término «acusación» en relación con la homosexualidad sólo tiene sentido en nuestros días, ya que, por entonces, la homosexualidad era un delito. No había comillas que mitigaran la rigidez de la ley. De manera que afrontar en aquella época una denuncia semejante significaba exponerse a procesos legales, persecuciones, destierro y juicios sumarios que podían terminar en la muerte.

No existe evidencia alguna que indique que Belgrano hubiese sido homosexual; el hecho de que fuera soltero no prueba, como muchos han sugerido, que no se sintiera atraído por las mujeres: al contrario, a falta de una esposa, se sabe que tuvo varias mujeres y que, aunque no los reconoció tuvo dos hijos. Este punto también resulta revelador, por cuanto pone de manifiesto la dudosa vara moral que utilizan determinados apologistas de Belgrano. Estos defensores de la «honra», el «buen nombre», el «honor» y la «moral» del general Belgrano presentan como prueba irrefutable de su «hombría» el hecho de que dejara descendencia. Así, Pedro Rozas, hijo de Manuel Belgrano y María Josefa Ezcurra, hermana de Encarnación Ezcurra, la esposa de Juan Manuel de Rosas, sería la primera prueba material de la virilidad de Belgrano. Menos conocido que la paternidad de Belgrano es el hecho de que María Josefa, cuando quedó embarazada del general, estaba casada con Juan Esteban de Ezcurra, un primo de ella llegado de España. La segunda prueba que invocan los panegiristas de la heterosexualidad de Belgrano, es que hubo aún otra descendiente: Manuela Mónica del Corazón de Jesús, hija que tuvo con María de los Dolores Helguera. Pese a que no existe duda alguna de la paternidad de Belgrano sobre Pedro y Manuela, el general expresó en su testamento:

Declaro: Que soy de estado soltero, y que no tengo ascendiente ni descendiente.

Resulta al menos llamativo que los defensores de la «decencia» de Belgrano consideren un gran mérito moral la heterosexualidad y, en cambio, no les merezca comentario alguno que el general hubiese decidido renunciar a las obligaciones que le significaba el ejercicio de su «hombría». Pero, claro, para muchos defensores de la moral y las buenas costumbres el abandono de los hijos es menos condenable que la homosexualidad.

La Historia, sin embargo, sirve también para buscar los motivos, sin que éstos sean un atenuante, que expliquen las decisiones que debió tomar un hombre en un momento determinado. Resulta muy fácil condenar, pluma en mano y siglos más tarde, la conducta de aquellos que, en circunstancias extremas, no gozaban de la

tranquilidad de los historiadores postreros; al contrario, debieron afrontar los rigores del campo de batalla y tomar decisiones que implicaban la vida o la muerte. Bajo aquellas condiciones, ¿qué llevó a Belgrano a mentir en su testamento y renegar de la paternidad?

Belgrano tenía más de cuarenta años cuando conoció a María Dolores Helguera, una hermosa adolescente cuya aniñada belleza deslumbró al general. Hacia fines de 1817 mantuvieron un romance tan breve como apasionado. Belgrano estaba verdaderamente enamorado de la muchacha, pero antes de que pudiese proponerle matrimonio, en enero de 1818 recibió una orden impostergable: debía partir rumbo a Santa Fe. Al momento de la partida, ambos ignoraban que Dolores estaba embarazada. Sola y sin esperanzas de que sus destinos pudiesen volver a unirse a causa de la itinerante vida militar de Belgrano, María Dolores se sometió a la decisión de sus padres, quienes la obligaron a casarse con otro hombre para evitar el oprobio que significaba ser una madre soltera. La pequeña Manuela Mónica nació el 4 de mayo de 1819. Manuel Belgrano conoció a su hija algunos años después y, pese a que todavía estaba profundamente enamorado de Dolores, tuvo que resignarse al hecho de que su amada se había convertido en una mujer casada. De manera que, para aliviar la tragedia sentimental y ahorrar sufrimiento a la joven María Dolores, Manuel Belgrano decidió desaparecer de la escena. Sin embargo, no era un secreto para nadie que la niña era hija de Belgrano, a punto tal que fueron los hermanos del general quienes la criaron. El hijo mayor de Belgrano, Pedro, no fue adoptado por su familia paterna como Manuela Mónica, sino por el mismísimo Juan Manuel de Rosas quien, como ya hemos dicho, era su tío político. Resulta notable el hecho de que los vínculos que unían o, eventualmente, separaban a los padres de la patria no sólo eran de orden político, sino que, también, estaban signados por avenencias y desavenencias sexuales. No deja de constituir un acontecimiento realmente asombroso que Juan Manuel de Rosas, impiadoso hasta la crueldad con sus adversarios, se hiciera cargo del hijo abandonado por Manuel Belgrano, hombre ubicado en las antípodas ideológicas del Restaurador de las Leyes.

Más allá de cualquier juicio sobre la decisión de negarse a reconocer a sus hijos, hay que destacar la disyuntiva existencial que afrontó Belgrano en su momento, ya que, si los hubiese reconocido, hubiera comprometido el nombre y el honor de dos mujeres con las que el general compartió parte de su vida.

2.

Argentina: monarquía o menarquía

Hubo otra mujer en la vida de Belgrano además de aquellas con las que dejó descendencia. Tal vez este romance fue mucho más importante para la vida de la nación que para la del propio Manuel Belgrano. Este capítulo poco conocido de la biografía del general demuestra de qué manera a veces el sexo influye de tal forma en la historia de un país, que puede modificar radicalmente su destino. Durante los días posteriores a la Revolución de Mayo, cuando todavía no estaba decidido cuál habría de ser la forma de gobierno de la flamante nación, tuvo lugar un hecho sorprendente: antes de que la Argentina se constituyera como una República, estuvo a punto de ser una monarquía independiente. Esta página de la historia, también protagonizada por Belgrano, está mucho más cercana a la comedia que al drama que protagonizara el general con María Dolores.

En el año 1814 Belgrano y Rivadavia partieron a Inglaterra con una misión quijotesca, no por lo idealista del término, sino, más bien, por lo absurdo: buscar un monarca que gobernara nuestra nación. Guiados por los avatares políticos europeos, nuestros prohombres, testigos lejanos de la caída estrepitosa de Napoleón y seducidos por la declaración del Congreso de Viena, que propiciaba la instauración de las «monarquías legítimas», salieron en busca de un rey que se dignara a darnos gobierno. Este breve proyecto monárquico estaba abonado, además, por el hecho de que muchos criollos no podían imaginar otra forma de gobierno diferente de la que conocían hasta entonces, aunque, en lugar de un régimen absolutista, propendían a un reino limitado por una Carta Magna, es decir, una monarquía constitucional. Basta imaginarse a nuestros héroes deambulando por las calles, los palacios y los selectos ámbitos cercanos a la corte real de Londres a la pesca de un emperador. Entre reunión y reunión, entre negociaciones, audiencias y entrevistas, durante una de las recepciones que los anfitriones brindaran a nuestros representantes, se acercó a Manuel Belgrano una francesa tan bella como desquiciada, que se hacía llamar *mademoiselle* Pichegru y aseguraba ser hija de un ilustre cortesano. Lo más probable era que fuese una cortesana en el sentido en que Cervantes le hacía decir al licenciado Vidriera que «las cortesanas tenían más de corteses que de sanas». Como fuera, Belgrano quedó encandilado por la sensual y alocada Elisa Pichegru, quien, haciendo alarde de sus contactos, prometió al general colaborar con su gestión en busca de un rey. La misteriosa dama era dueña de una figura imponente; su cintura estrecha contrastaba con su escote prominente y generoso, los labios encarnados y la tez pálida como la porcelana le otorgaban un aire de *femme fatale*. Belgrano y

mademoiselle Pichegru mantuvieron varios encuentros «oficiales», destinados, supuestamente, a facilitar la misión que se había impuesto el creador de la bandera. Pero tan supuesto era el carácter de estas reuniones, que Belgrano se olvidó por completo de su anhelada monarquía, mostrándose más proclive a indagar en el lugar del origen de la monarquía de su nueva amiga. La historia no ha dejado registro de las actividades de Rivadavia, aunque es de suponer que se habrá aburrido bastante. En cuanto a Belgrano, se sabe que la mayor parte de su estancia en Londres la pasó encerrado en una alcoba con su «gestora» francesa. Pasaban los días y las noches y el general, sin ver la luz del sol, seguía procurando que los oficios terminaran de forma exitosa. De hecho, podría afirmarse que las relaciones bilaterales de Belgrano acabaron con éxito, aunque rey no consiguió. Este episodio, en apariencia trivial, demuestra de qué manera el sexo, en ocasiones, puede determinar algún capítulo de la Historia de una nación. Si en lugar de toparse con una alegre damisela, Belgrano hubiera encontrado a su rey, acaso, en lugar de una República, Argentina habría sido una monarquía. Proyecto que, afortunadamente, murió antes de nacer gracias a las artes amatorias de la amiga francesa de Manuel Belgrano.

3.

Soldado que huye...

Los lazos que unían a los fundadores de la Argentina eran muchos, tenían diversos orígenes, ramificaciones y, desde muy jóvenes y por distintas circunstancias, compartían múltiples espacios. Podría afirmarse, casi sin apelar a metáforas, que eran una suerte de gran familia, en muchos casos cimentada en auténticos vínculos de sangre. En este contexto, nuestros próceres no sólo intercambiaban ideas, proclamas, agravios y elogios, sino, también, mujeres. Como ya hemos visto, la relación de Belgrano con Rosas ejemplifica esta afirmación. Más allá de cualquier legado político, el general Belgrano legó, por no decir despachó, a Rosas un hijo ilegítimo nacido de la relación furtiva que mantuvo con la hermana de su mujer.

Para entender mejor este entramado y examinar de qué manera los destinos de nuestros hombres más ilustres estuvieron tempranamente enlazados, resulta categórico el retrato colectivo que describe Ricardo Rojas en su *Historia de la Literatura Argentina* al referirse a la educación que recibieron en el colegio de San Carlos:

Allí están confundidos en víspera de la gloria, los que han permanecido en la sombra del anonimato y los que han alcanzado la luz del sacrificio heroico. Impresiona ver a los próceres futuros, entonces adolescentes, vestidos con la ropilla clerical de los claustros carolinos, resignados a la dura disciplina del bedel en los patios y del dómine en las aulas, curvados en las salas de estudio sobre el árido Nerbija o el pesado cuaderno de «lecciones», que se aprendía de memoria. Desconcierta, en verdad, como un acertijo del destino, ver en las matrículas de teología o filosofía los nombres, después ilustres en otro campo, de Manuel Dorrego, Cornelio Saavedra, Feliciano Chiclana, Pedro Agrelo, Mariano Moreno, Juan Ramón Rojas, Bernardino Rivadavia, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Esteban de Luca, Vicente López, Hipólito Vieytes, Manuel Moreno; insignes patricios que realizaron la emancipación argentina.

Casi todos los estudiantes del carolino llegaron a la notoriedad o sirvieron a su patria, ya en las aulas y el foro, o ya en la gesta de la Revolución. Tantos obreros demandó esta empresa, y eran tan raros los hombres doctos en el país, que muy pocos ciudadanos capaces quedaron sin salir a la luz de la historia, en esos días del fuego del hierro.

Basta imaginar el retrato de todas aquellas figuras, en cuyo homenaje se han nombrado calles, avenidas, plazas, pueblos y ciudades, enmarcados en un pequeño cuadro colegial. Más acá del mito y la leyenda que construyó la historia, podemos imaginar que todos estos adolescentes, luego ilustres eminencias, eran, por entonces,

semejantes a cualquier otro grupo de chicos de la época; compartían las lecturas sacras, pero, bajo el pupitre, intercambiaban libros profanos, novelas de aventuras, relatos de caballería y, seguramente, ilustraciones más o menos eróticas, más o menos pornográficas; conversaban sobre las vicisitudes sociales y políticas y, seguramente, también murmuraban sobre las experiencias íntimas que dictaban sus cuerpos plenos de ímpetus ardientes, a merced de los humores novedosos que invadían la sangre joven; mostraban sus progresos en la esgrima y medían sus fuerzas en las peleas a golpes de puño, pero también comparaban sus atributos masculinos y se jactaban de las conquistas femeninas, verdaderas o imaginarias.

Algunas de estas conjeturas se sustentan en el hallazgo de ciertos comentarios que reflejan las rivalidades originadas en la juventud. A propósito, resulta un descubrimiento fascinante la opinión desdeñosa sobre la bella amante de Belgrano, Elisa Pichegru, que apuntara Mariano Moreno, sobrino homónimo del célebre integrante de la Primera Junta, reproduciendo las opiniones de su tío. Impulsada por el grato recuerdo de aquellos apasionados días londinenses, la excéntrica *mademoiselle* llegó a Buenos Aires para reencontrarse con el fogoso Manuel Belgrano. Como un adolescente celoso de las conquistas de su compañero, Moreno dejó para la posteridad su opinión sobre la Pichegru en boca de su sobrino: «No era bonita ni hermosa», dice terminante y agrega con un tono más despectivo que amable que era «airosa y provocativa al caminar, lo que se agrava con la moda de llevar muy corto el vestido y muy ceñido al cuerpo». Pero si la descripción física la pinta poco menos que como una ramera, la semblanza espiritual es, lisa y llanamente, lapidaria; de acuerdo con el relato de Moreno, la amante de Belgrano, alojada en un hospedaje aledaño a la Plaza Mayor, aparece así:

Escopeta en mano, se entretenía en bajar a tiros a las palomas de los canónigos, pacíficas inquilinas de la cúpula y cornisas de la Catedral.

Más allá de la veracidad de estos relatos, lo cierto es que Belgrano, enterado de la inesperada visita de su amiga francesa, «casualmente» debió partir de urgencia al Congreso de Tucumán sin hacer tiempo a concederle un encuentro. Elisa Pichegru mandó a decirle que el motivo de su visita era reanudar la misión que iniciara tiempo atrás en Londres para conseguir un rey. Resultaba evidente que Belgrano ya no estaba interesado en ninguna de ambas cuestiones: ni en la monarquía europeizante ni en la oficiosa cortesana. Claro que para los códigos de galantería de la época era mucho más caballeroso renunciar a un monarca que a los servicios de una dama. De modo que Belgrano se pronunció sobre el primero de los asuntos para responder, elípticamente, al segundo. En efecto, en el acta de la sesión del Congreso de Tucumán del mes de julio de 1816, se lee:

El citado general Belgrano expuso todo lo que sigue: que había acaecido una mutación completa de las ideas en Europa en lo respectivo a forma de gobierno: que como el espíritu general de las naciones en años anteriores era republicano todo, en el día se trataba de monarquizar todo, que conforme a estos principios

en su concepto la forma de gobierno más conveniente sería la de una monarquía atemperada, llamando a la dinastía de los Incas, por la justicia que en sí devuelve la restitución de esta casa inicua y despojada del trono.

Tan frágiles y cambiantes eran las convicciones de nuestros héroes sobre la forma de gobierno que, aunque parezca absurdo, después de buscar un rey en Europa, llegaron a barajar la posibilidad de restituir el Imperio Inca y someterse a sus dictados. Podría pensarse que, como excusa para eludir el encuentro con una loca que venía, escopeta en mano, persiguiendo a Belgrano desde Francia, era un tanto excesiva. Sin embargo, llegó a ser un verdadero proyecto político avalado por San Martín y Güemes, quienes se mostraron partidarios de conformar la unión de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Perú, bajo la autoridad del repuesto Reino Incaico. En el extremo opuesto, Tomás de Anchorena, espantado ante semejante alternativa, proclamaba con sarcástica xenofobia que los porteños no estaban dispuestos a dejarse gobernar «*por uno de la casta chocolate*». A instancias de fray Justo Santa María de Oro, los delegados decidieron postergar la definición sobre la forma de gobierno y avanzar hacia la declaración de la Independencia. Así las cosas, mientras *mademoiselle* Pichegru iba tras los pasos de Belgrano, el general, en su huida, el 9 de julio de 1816 declaraba la Independencia en Tucumán. Evidentemente, Manuel Belgrano temía menos a la amenaza de los ejércitos realistas que a la certera puntería de su amante francesa, quien, bajando a escopetazos a las palomas de la Catedral, demostraba el poderío bélico del que era capaz.

La mujer del prójimo

En Tucumán, a salvo de las balas de la francesa, Belgrano ya había puesto la mira en otra mujer. La algarabía popular que generó la declaración de la Independencia fue una verdadera fiesta que empezó con reuniones espontáneas, música, baile, vino y, según puede inferirse, mucho sexo. Veamos, si no, el testimonio del escritor franco-argentino Paul Groussac:

Sólo conservo en la imaginación un tumulto y revoltijo de luces y armonías, guirnaldas de flores y emblemas patrióticos, manchas brillantes u oscuras de uniformes y casacas, faldas y faldones en pleno vuelo, vagas visiones de parejas enlazadas, en un alegre bullicio de voces, risas, jirones de frases perdidas que cubrían la delgada orquesta de fortepiano y violín. Desfilaban ante mi vista todas las beldades de sesenta años atrás: Cornelia Muñecas, Teresa Gramajo y su prima Juana Rosa, que fue «decidida» de San Martín; la seductora y seducida Dolores Helguera, a cuyos pies rejuveneció el vencedor de Tucumán, hallando a su lado tanto sosiego y consuelo, como tormento con madame Pichegru.

Según las citadas crónicas, es muy probable que durante estos festejos se hubiera gestado el romance entre Belgrano y María Dolores Helguera. Pero este relato es sólo la versión suavizada de la historia. Es decir, si algún lector se sorprendió con el hecho de que Belgrano tuviera una hija no reconocida, se asombrará aún más con la otra versión, mucho más plausible aunque menos conocida, de los acontecimientos. El general ya había conocido a Dolores en 1812, cuando la muchacha tenía quince años y, ya por entonces, le había propuesto matrimonio. Sin embargo, las alternativas de la lucha contra las huestes realistas, los desplazamientos permanentes con el ejército, obligaron a Belgrano a postergar sus promesas y, cuando volvió a Tucumán, se encontró con un panorama desolador: su novia, a instancias de sus padres, se había casado con un hombre de apellido Rivas que, al poco tiempo, la abandonó. Hasta aquí, detalle más o menos, la versión que ya conocíamos. Sin embargo, nos encontramos con un documento revelador que cambiaría diametralmente este relato. En un interesante artículo, Ventura Murga, Presidente del Centro de Estudios Genealógicos de Tucumán, recuerda «El largo pleito que sobrevino entre Manuelita y sus medio hermanos de apellido Rivas Helguera, por la cuadra de terreno que el general Belgrano había dejado a su hija, conforme la nota que envió al Cabildo el 22/1/1820». Nos encontramos aquí con un dato ocultado con escrúpulo: que Dolores Helguera había tenido dos hijos con el tal Rivas. Más adelante, Ventura Murga señala: «María de los Dolores Helguera de Rivas, fue fiel a la voluntad de Belgrano: declaró que los terrenos pertenecían exclusivamente a Manuela Mónica y no a sus hijos». Se infiere, entonces, que si Dolores ya no estaba junto al susodicho Rivas al momento del nacimiento de Manuelita, ambos hijos varones tuvieron que haber

nacido antes. Era muy habitual por entonces que las mujeres se casaran y tuvieran hijos a los quince años. Puede conjeturarse, así, que Dolores ya estaba casada y tenía a sus dos hijos cuando, en los festejos del 9 de julio de 1816, se reencontró con Belgrano teniendo ya dieciocho años. De modo que, lo más probable, era que para entonces Dolores no estuviera separada, sino que, acaso, la causa de su separación hubiese sido, justamente, el encuentro con el general. Podemos concluir, de acuerdo con esta reconstrucción, que Manuel Belgrano se negó a reconocer a su hija para salvaguardar el honor de Dolores, quien había engañado al tal Rivas, su marido legítimo, con el creador de la bandera.

Por si quedara alguna duda sobre la paternidad de Belgrano, encontramos un documento contundente. Se trata de un escrito de puño y letra enviado al Ayuntamiento de Tucumán en el que, desmintiendo su propio testamento, confesó:

La cuadra de terreno contenida en la donación con todo lo en ella edificado por mí, pertenece por derecho de heredad a mi hija Da. Mónica Manuela del Corazón de Jesús, nacida el cuatro de mayo de 1818, en esta Capital, y bautizada el siete, siendo padrinos Doña Manuela Liendo y Don Celestino Liendo, hermanos y vecinos de la misma para que conste lo firmo hoy, veintidós de enero de 1820 en la Valerosa Tucumán, rogando a las Juntas Militares como a las Civiles, le dispensen toda justa protección.

Manuel Belgrano

Pero existen aún otros documentos que confirman esta noticia. En una carta dirigida a su hermano, el cura Domingo Estanislao Belgrano, le ruega que «secretamente, pagadas todas sus deudas, aplicase todo el remanente de sus bienes a favor de una hija natural llamada Manuela Mónica, de edad de poco más de un año, que había dejado en Tucumán». Con el propósito de asegurarse la voluntad de Manuel, Domingo remite la inquietud a otro de los hermanos, Miguel Belgrano, pidiéndole que utilice ese remanente, que ascendía a 40 000 pesos, «en la educación física y moral y en el mantenimiento y vestuario de la niña doña Manuela Mónica que se halla en la edad de cinco años y que debe residir en Tucumán en poder de Dolores Helguera y Liendo, haciendo con dicha niña las veces de Padre hasta que llegue a tomar estado, a cuyo efecto adoptarás todas las medidas que juzgues oportunas nada omitirás para que la dicha niña reciba la más distinguida educación en todo respecto».

Estas cartas ponen de manifiesto que aunque Belgrano renunciara a reconocer públicamente a su hija, esto no significaba, sin embargo, que el general se desentendiera de ella; al contrario, se puede apreciar la preocupación por la crianza, el bienestar y el cuidado de la niña. De hecho, fue la propia familia de Manuel Belgrano quien se ocupó de Manuela Mónica. La niña permaneció junto a su madre Dolores, hasta que en 1825 viajó a Buenos Aires, donde quedó al cuidado de su tía Juana Belgrano de Chas. Es necesario, en este punto, hacer notar que Manuel no era una excepción en la familia, ya que se sabe que la misma hermana de Belgrano, Juana, era madre, también, de dos hijos naturales. Por su parte, el hecho de que su hermano Domingo fuese clérigo, tampoco constituyó un obstáculo para que fuese padre: consta que tuvo al menos un hijo con Mauricia Cárdenas. De modo que los

hermanos de Belgrano, al hacerse cargo de Manuela Mónica, no sólo eran obedientes al pedido de Manuel, sino, ante todo, a su propio deber moral.

Manuela, hija de Manuel, esposa de Manuel

Pero los Belgrano no dejan de depararnos sorpresas. La hija de Manuel, Manuela Mónica Belgrano, se casó en 1853 con un hombre insigne de Azul llamado... ¡Manuel Belgrano! Para confirmar la hipótesis acerca de la condición endogámica de las familias patricias, he aquí otra muestra contundente. Resulta poco menos que increíble que la hija de Belgrano tuviese por marido a otro Manuel Belgrano. O tal vez, en lugar de sorprendernos, deberíamos celebrar el hecho de que fuese otro. Lo cierto es que Manuel Vega Belgrano, marido de Manuela, hija de Manuel, era, a su vez, pariente político de su célebre homónimo, Manuel Belgrano. Pero aquí no terminan las sorpresas. Volvamos unas páginas atrás y recordemos que el general Belgrano, además de Manuela, tenía otro hijo, Pedro Rosas y Belgrano. Hemos dicho ya que Pedro, nacido de la relación furtiva del general con María Josefa Ezcurra, fue adoptado y criado por Rosas en la estancia de Azul. No existía posibilidad de que en un pueblo por entonces tan pequeño viviesen dos Belgrano y no fuesen parientes entre sí.

La historia, en apariencia tan enmarañada, puede desenredarse fácilmente: el general Manuel Belgrano, al dejar a su hijo Pedro al cuidado de Juan Manuel de Rosas, encargó que cuando el niño fuese mayor le revelaran su verdadera identidad y le dijieran quién era su padre de sangre. De acuerdo con la voluntad de Belgrano, al cumplir los veinticinco años, Pedro recibió la noticia de labios del propio Rosas. Lejos de guardar rencor hacia su verdadero padre por haberlo abandonado, el muchacho se sintió profundamente honrado de llevar la sangre del héroe y a partir de ese mismo momento adoptó el apellido Belgrano. Exultante por haber descubierto su identidad, buscó a sus parientes y así dio con su medio hermana, Manuela Mónica. A partir de entonces trabaron una relación de cariño fraterno y se hicieron inseparables. Al unirse ambos círculos familiares, Manuela y Manuel Vega Belgrano fueron presentados por Pedro. Tiempo después, Manuela y Manuel se casaron sin que el parentesco ni la homonimia resultaran un obstáculo.

Para comprobar la relación de afecto que llegaron a construir Manuela Mónica y Pedro, cabe transcribir el siguiente fragmento de su nutrida correspondencia:

Mi querido hermano:

Siendo imposible a Manuel y a mí asistir a que le pongan el óleo a nuestro ahijado Manuel Casimiro del Corazón de Jesús, te pido admitas a Pedrito en nombre del padrino que haga llegar sus veces, así como que Dolorcitos me represente, para lo cual, creo, no haya dificultades [...] Mi tía Juana y demás familia envían sus afectos y yo la bendición para mi ahijado y para ti, el afecto de tu hermana.

Sabido es que Belgrano murió pobre, alejado de Dolores, la mujer que amaba y sin poder ver a sus hijos como lo hubiese deseado, a quienes, contra su voluntad, nunca reconoció. Enfermo, traicionado y abatido por las circunstancias políticas, cuando Manuel Belgrano ya nada tenía que hacer en Tucumán, sólo pidió una voluntad antes de partir: ver a Manuela, quien por entonces todavía no había cumplido los dos años. Resulta conmovedor el relato de esta escena, que fuera rescatado por fray Jacinto Carrasco:

La víspera de la partida, postrado en una cama como estaba, hizo que le llevaran a su pequeña hija por la noche para acariciarla por última vez. Fue una escena que poquísimos amigos presenciaron, con lágrimas en los ojos.

1. Sexo y espionaje

Las guerras no solamente se ganan en el campo de batalla. En última instancia, la afirmación de la victoria militar no se declara cuando el enemigo se ha rendido, sino cuando el ejército victorioso se hace dueño del territorio, incauta las armas del bando contrario y, finalmente, se alza con el botín. Ahora bien, las conquistas en cuestión suelen componerse de diversos trofeos. Y, según consta, entre muchos otros bienes, las tropas triunfantes se reparten, también, las mujeres. En las guerras, el sexo suele ser una de las armas más frecuentes; la dominación no sólo es de orden militar, político y social sino, además, sexual. El saqueo, la captura y la violación de las mujeres locales por parte de las tropas son tan antiguos como la guerra misma. Sin embargo, sería injusto igualar a todos los jefes militares o creer que la moral y la ética de guerra siempre son arrasadas por la primitiva embriaguez de la victoria. Las luchas por la Independencia americana han sido un ejemplo de ética de combate, de consideración por los derechos de los vencidos y de respeto por las normativas, escritas y tácitas, que rigen la guerra. Si el proceso de conquista de América significó una de las más grandes y degradantes masacres que recuerde la humanidad, avasallando, saqueando, torturando y asesinando cruelmente a los habitantes originarios de este suelo, al contrario, las luchas de liberación se caracterizaron por no haber hecho pagar a las tropas españolas con la sangrienta moneda que ellos acuñaron. Un ejemplo elocuente acerca del modo en que los españoles ejercieron el dominio militar y político a través del sometimiento sexual, fue la manera en que se establecieron en territorio guaraní: allí eliminaron a sus jefes y, usurpando su lugar, se adueñaron de sus serrallos habitados por decenas de mujeres, disponiendo sexualmente de ellas a su entero antojo.

Lejos de estas prácticas abominables, nuestros libertadores mostraron una integridad intachable en todo el continente. Tal vez el ejemplo más claro de rectitud en el combate y magnanimidad en la victoria haya sido el de José de San Martín. Ahora bien, acaso porque lo cortés no quita lo valiente, el general, en alguna ocasión, supo arrebatarse al enemigo uno de sus trofeos más preciados: la mujer más disputada por los realistas en todo el Perú.

El 28 de julio de 1821, el general San Martín hace su entrada triunfal en Lima proclamando la Independencia del Perú. Hombre casado, de cuyo matrimonio con Remedios de Escalada ya habremos de ocuparnos, no pudo, sin embargo, sustraerse a la tentación de arrancar de las manos de los españoles un curvilíneo botín que todos parecían disputarse. Rosa Campusano era, según el testimonio de los retratos de la época, una de las mujeres más hermosas de Lima. Sus ojos azules contrastaban con

su larga cabellera negra, su cintura estrecha y el escote atrevido y generoso mostraba mucho más sus formas que sus intenciones. Esta mujer misteriosa nacida en Guayaquil, había llegado a Lima buscando algo que muchos desconocían. Era frecuente verla en compañía de la quiteña Manuela Sáenz, acaso tan hermosa como ella y que, según se rumoreaba, era amante de Simón Bolívar. Muchas eran, en realidad, las cosas que se decían de estas mujeres, que solían acercarse a los altos oficiales, cualquiera fuese el color de sus uniformes. Lo cierto es que Rosa Campusano, mujer de belleza e histrionismo, acostumbraba animar las fiestas de la sociedad cantando con una voz angelical, acompañándose del clavicordio o la bandurria. En cualquier caso, se decía que era muy habilidosa tocando cualquier instrumento que tuviese a mano.

Muchos oficiales españoles habían caído a sus pies, entre ellos los comandantes realistas Tristán y La Mar, quienes llegaron a disputársela en una pelea tan empatada que, según afirman algunos, tuvieron que compartirla como caballeros, antes de que Rosita decidiera cambiar a ambos por el mismísimo virrey José de La Serna. Sin embargo, cuando San Martín entró en Lima, ella olvidó rápidamente al depuesto virrey y desplegó todos los encantos de los que era capaz ante el triunfante general. Ignoramos cuánto habrá sido el remordimiento del general ante el recuerdo de su esposa y el de su hija, pero nuestro héroe, que jamás se doblegaba, quedó rendido ante la provocativa belleza de Rosa Campusano. Tuvieron un romance apasionado; quienes conocían bien a San Martín afirmaban que había quedado realmente pasmado por las habilidades (y no precisamente musicales) de su amiga ecuatoriana. Este amorío permaneció oculto y, desde luego, jamás se incluyó en los manuales de Historia. Sin embargo, esta aventura de San Martín no fue sólo un «pecadito limeño», como afirmara el insigne escritor peruano Ricardo Palma. La historia de la sexualidad no es una mera sucesión de anécdotas más o menos pintorescas que agregan un poco de condimento a las ceremoniosas biografías de nuestros próceres. Al contrario, la investigación de la vida íntima de ciertos personajes puede echar luz sobre acontecimientos que, de otra forma, resultarían incomprensibles. Muchos historiadores se han ocupado de ocultar con escrúpulo este romance y, cada vez que asomó a la luz pública, lo han frivolidado como si se tratara de un hecho carente de importancia. Pero en su época muchos se preguntaron con indignación cómo San Martín había podido traicionar a su esposa con una mujer por cuya cama había pasado medio ejército realista. Sin embargo, casi todos ignoraban que en la misma pregunta estaba implícita la explicación. Nadie ha dicho que, de no haber sido por la licenciosa vida sexual de Rosa Campusano, tal vez los criollos no habrían podido derrotar a las tropas españolas.

¿Quién era esta misteriosa mujer y qué había ido a hacer a Lima poco tiempo antes de que llegara San Martín? La voluptuosa Rosita era una nobilísima patriota, una luchadora por la libertad americana, cuya arma, tan letal como cautivante, era su propio cuerpo. Fue una de nuestras primeras y más eficaces espías y ella sola

consiguió lo que, acaso, no habría logrado un ejército de mil hombres: neutralizar a un temible escuadrón realista. ¿Cómo lo hizo? Sin duda, con mucho esfuerzo. Poco antes de que el Batallón Numancia se pusiera en marcha para combatir contra las tropas criollas, Rosita entró en contacto con su comandante, Tomás Heres, y lo sedujo de tal forma que, podría afirmarse, se acostó con un realista y amaneció con un patriota. Su talento debió haber sido tan grande que consiguió que el mismísimo general Heres cambiara de bando con sus novecientos hombres. O el comandante tenía un gran predicamento entre su tropa o las artes de nuestra heroína no tenían parangón. Nos inclinamos, claro, hacia la primera hipótesis. Aunque otra de sus proezas permite conjeturar lo segundo, ya que, si bien no consiguió que el comandante del Batallón realista de Cantabria cambiara de bando, sí lo hizo la mayor parte de su tropa.

Como puede inferirse, la coincidencia en Lima de la quiteña Manuela Sáenz, amante de Simón Bolívar, y Rosa Campusano, amiga de San Martín, no fue una mera casualidad. Ambas tenían una tarea tan arriesgada como vital. Aquellas mujeres en apariencia frívolas, dadas a una vida alegre y licenciosa, eran, en realidad, espías que se entregaron literalmente en cuerpo y alma a la causa de la Revolución.

2.

El sexo, factor de unión americana

Tan grande fue el protagonismo de las amantes de San Martín y Bolívar en las luchas revolucionarias, que a Rosa Campusano se la conoció como la «Protectora del Protector» y a Manuela Sáenz como la «Libertadora del Libertador». Pero así como a Simón Bolívar, una suerte de *dandy* hecho en París, le gustaba jactarse en público de sus numerosos romances, San Martín era un hombre más bien austero y reservado. Bolívar no perdía ocasión para alardear sobre sus treinta y cinco amantes, mientras nuestro héroe prefería el silencio y la discreción. Sin embargo, se sabe que desde su iniciación a los dieciséis años, José de San Martín mantuvo una vida sexual, cuanto menos, agitada.

De acuerdo con diferentes versiones, San Martín se inició en el sexo como solían hacerlo la mayor parte de los cadetes militares en España, es decir, con una prostituta francesa. Por entonces ya existía el dicho «más cara que puta francesa»; pero según parece, el servicio que recibió no había estado a la altura del precio, ya que el futuro libertador no guardaba un buen recuerdo de aquella primera experiencia. Así lo describe García Hamilton:

Algunos oficiales españoles habían empezado a gozar de los favores de ciertas mujeres francesas, quienes tenían fama de buenas amantes, y el jovencito San Martín quiso también hacer sus primeras armas en estos terrenos. La torpeza de los primeros ardores lo dejó un poco frustrado...

Por más que la Historia haya otorgado a la figura de San Martín la lustrosa pátina del bronce y muchos defensores de una moral fútil sustentada en las apariencias hayan querido ocultar ciertos pasajes de la existencia de nuestros próceres, sabido es que la vida en los cuarteles se mezclaba con la de las tabernas y los burdeles. En una de estas salidas junto a sus compañeros de armas, San Martín conoció a una tal Josefa en un prostíbulo de Cádiz. Pepa, tal como la llamaban, llegó a establecer con el joven cadete criollo una relación de amistad que iba más allá de la que tenía con los demás clientes. De hecho, cuando la muchacha se liberaba de su trabajo, San Martín la iba a buscar y se pasaban las noches de taberna en taberna, bebiendo y cantando, y solían terminar la juerga por la madrugada enredados entre las cobijas.

En otra ocasión, mientras cumplía servicios en un cuartel de Badajoz, en Extremadura, un compañero le presentó a Lola, una mujer bastante mayor que él. La muchacha se alejaba de los cánones de belleza de la época: era muy flaca y demasiado alta, aunque tenía unos ojos negros y vivaces, enmarcados por unas pestañas largas y arqueadas que le conferían cierta gracia distintiva. Esa misma

noche, a escondidas de sus padres, la muchacha llevó al joven cadete a su alcoba.

En contraste con la imagen circunspecta y severa que la mayor parte de sus biógrafos contribuyeron a establecer, San Martín era un muchacho alegre, dado a los placeres, el buen vino, la música y las mujeres. Existen varios testimonios que lo pintan animando los fogones de los campamentos militares, empuñando una guitarra mientras cantaba. Entre canción y canción, acostumbraba aclarar la voz con el hilo rojo que surgía de la bota de vino tinto. Así, durante su estancia en España, según la ciudad en la que se encontrara, el joven José de San Martín solía pasar sus licencias con Lola, con Josefa o con alguna otra mujer, cuyo registro ha quedado olvidado no sólo para la Historia, sino, seguramente, para el propio general San Martín.

De cualquier forma y a pesar de su discreción, se sabe que en su larga marcha libertaria por América, entre tantas batallas, San Martín mantuvo un vigoroso encuentro cuerpo a cuerpo con Juana Rosa Gramajo, la mejor amiga de Dolores Helguera, la amante de Belgrano de quien ya hemos hablado. En el Perú tuvo una breve aunque acalorada relación con Fermina González Lobatón, una rica y hermosa aristócrata, con quien habría tenido un hijo. Según ha escrito Sarmiento y de acuerdo con el relato coincidente de Manuel de Olazábal, oficial del ejército sanmartiniano y ahijado del general, San Martín se repuso de la derrota en Cancha Rayada gracias a los oficios de una jovencita chilena, quien le habría ofrecido su generoso pecho para darle consuelo y levantarle el ánimo, ciertamente alicaído. En Cuyo a él le tocó consolar a Josefa Morales, una joven condesa mexicana afectada por la reciente muerte de su marido, un exgobernador de Montevideo. La relación con la mexicana se afianzó hasta tal punto, que San Martín llegó a tener en la casa de su amante un guardarropa. De hecho, cuando el general decidió terminar con ella, el despecho de Josefa fue tal que se negó a devolverle los uniformes militares y hasta se quedó con uno de sus célebres sables corvos y un blasón que había pertenecido a Pizarro, obsequio del gobernador del Perú. En Guayaquil conoció a Carmen Mirón y Alayón, una viuda muy joven, «cuyos descendientes llevan hasta hoy el apellido San Martín», según el relato de José Ignacio García Hamilton. Existen más testimonios coincidentes sobre la vida privada del Libertador. De acuerdo con un artículo de Alberto González Toro y según un pasaje del libro *Episodios de la guerra de la Independencia* del ya mencionado Manuel de Olazábal, un hermano suyo «compartió con el general los favores de una espléndida chilena», aunque no aclara si la compartían al mismo tiempo o alternativamente. Sea cual fuere la respuesta, no deja de ser un dato interesante, ya que hasta la más benévola de las alternativas suena bastante escandalosa tratándose del Padre de la Patria. Acaso, lo más asombroso de este testimonio de primera mano es que está narrado por uno de los más fieles y cercanos oficiales de San Martín, incapaz de difamar a su jefe.

Más allá de cualquier otro tipo de consideración, no cabe duda de que el Libertador predicaba con el ejemplo la tantas veces declamada unidad americana. Jamás hizo distinción entre las chilenas, las peruanas, las mexicanas o las de

cualquier otra latitud del continente. Más aún, no sólo fue un ejemplo de entendimiento entre las distintas nacionalidades, sino, incluso, entre las diferentes razas que habitaban este suelo: una de las mujeres más apreciadas por San Martín fue la Negra Jesusa, la criada de mayor confianza de su esposa. Jesusa era una mujer de una belleza infrecuente: hija de una esclava africana, tenía un porte y unas curvas que hacían que la mayor parte de los hombres se dieran vuelta cuando se cruzaban con ella. Por si la opinión masculina fuese algo parcial, veamos lo que de ella decía la prima de Remedios de Escalada:

Era una morena alta, bella, de ojos negros, dientes perfectos y blancos, boca provocativa y sensual.

De hecho, cuando San Martín partió a Lima, Jesusa lo acompañó. La fiel criada de Remedios de Escalada tuvo un hijo natural en el Perú y, según muchísimos testimonios de la época, su parecido con el Libertador era realmente asombroso.

3.

Los laureles y los cuernos

Si la juventud de San Martín en España estuvo signada por la alegre compañía de mujeres de vida más o menos disipada, las salidas nocturnas con sus compañeros, las recorridas por tabernas y burdeles y los romances breves y variados, el regreso a su patria iba a producir un giro dramático en su vida. Lejos de aquella existencia alborotada en las distintas ciudades españolas, Buenos Aires habría de depararle un matrimonio oscuro y atormentado.

Muy conocidas fueron las habilidades de San Martín en materia militar y política, pero en realidad, lo que hizo célebre al oficial recién llegado de Europa en los salones de Buenos Aires fueron otras destrezas menos mentadas: sus dotes de bailarín. En efecto, muy pronto aquel hombre moreno, alto y delgado de modales galantes y voz seductora, excelente cantante y diestro para el baile, despertó la atención de las mujeres que frecuentaban los distintos salones, tertulias y reuniones sociales. Dueño de una natural simpatía, San Martín no tardaría en trabar relación con lo más granado de la sociedad porteña. Así, comenzó a frecuentar la casa de Antonio de Escalada, en cuyos elegantes salones solían reunirse, a la sazón, los más influyentes personajes de la política local. En una de aquellas tertulias del caserón lindero con la Catedral, exactamente la que tuvo lugar el 25 de mayo de 1812, fecha memorable, José de San Martín descubrió uno de los tesoros mejor guardados del dueño de casa: su hija de catorce años, María de los Remedios. En aquella ocasión no llegaron a cambiar palabra; sin embargo, el general no habría de olvidar el instante en que sus miradas se cruzaron.

Esa mujer me ha mirado para toda la vida.

Esta frase, confesada tiempo después al general Mariano Necochea, recordando el momento en que la vio por primera vez, resulta elocuente.

Luego de aquel primer encuentro, San Martín volvió a ver a Remedios en las célebres tertulias que daba Mariquita Sánchez en su casa. En el curso de estos saraos iniciaron una relación signada por el deslumbramiento mutuo: San Martín había quedado encandilado por la juvenil belleza de Remedios y ella, por la esbelta estampa del militar. Este romance, en un principio sigiloso, rápidamente se hizo público y, luego de un brevísimo noviazgo, San Martín pidió la mano de la muchacha a su padre, Antonio de Escalada. Éste fue el primer tropiezo en la relación, que se anticipaba conflictiva: el padre de Remedios estaba encantado con el pretendiente; en

cambio su esposa, Tomasa de la Quintana, despreciaba al criollo de aspecto mestizo al que despectivamente llamaba «plebeyo». Después de una ardua discusión conyugal, finalmente, le fue concedida a San Martín la mano de Remedios. Los novios se casaron el 12 de septiembre de 1812 en la Catedral de Buenos Aires. El general tenía treinta y cuatro años y su esposa, quince.

Sin embargo, el matrimonio apenas convivió bajo el mismo techo en la casa de la Alameda, en Mendoza, durante poco más de dos años: los comprendidos entre fines de 1814 y comienzos de 1817. Durante esos dos felices años, el 24 de agosto de 1816, nació la hija única del matrimonio, Merceditas. Mucho se ha hablado de la abnegación de Remedios de Escalada; desde los manuales escolares hasta las biografías más lisonjeras han exaltado la sacrificada existencia de la esposa de San Martín con una exacerbación rayana con la santidad. Una vida consagrada a la eterna espera del marido que se sacrificaba por su patria. Sin dudas, los constantes viajes de San Martín, las campañas militares permanentes, eran razones más que comprensibles. Pero, existían, además, otras circunstancias mucho menos conocidas y, en muchos casos, ocultadas con celo. ¿Qué había detrás de esta separación constante, de este matrimonio que permanecía unido sólo por breves momentos? La pareja se separó definitivamente en enero de 1817, cuando la pequeña Mercedes tenía apenas cinco meses: San Martín, en una decisión irrevocable, envió a su esposa e hija de regreso a Buenos Aires. ¿Cuáles fueron los motivos de la separación? La razón que con más frecuencia se ha esgrimido era la frágil salud de Remedios. Ciertamente era, también, que la esposa de San Martín padecía de tuberculosis, la cual se había agravado a consecuencia de su maternidad y, al decir del médico, el clima de Mendoza no resultaba beneficioso para el cuadro de la paciente.

Pero no fue la quebrantada salud de Remedios ni los permanentes viajes de San Martín lo que provocó la ruptura de la pareja. Existe un documento que ha sido sistemáticamente sustraído de la mirada pública, acaso por un equivocado y mal entendido orgullo nacional en el que confluyen los prejuicios más retrógrados acerca de la masculinidad, el patriotismo y la identidad nacional. Hay una carta escrita de puño y letra por el propio San Martín que echa por tierra aquella imagen sagrada de Remedios de Escalada. Por mucho disgusto que pueda causar a los espíritus más timoratos, vale la pena leer un misterioso pasaje de esta carta. Si decidimos reproducir este documento es porque el propio general San Martín decidió dar a conocer su dolor y compartir su desilusión con Tomás Guido:

He dicho a usted en mi anterior que mi espíritu había padecido lo que usted no puede calcular: algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas, y estoy seguro dirá usted nació para ser un verdadero cornudo; pero mi existencia misma la sacrificaría antes de echar una mancha sobre mi vida pública...

Existe otro dato coincidente que abona las sospechas que ponía de manifiesto San Martín en esta esquila; por aquellos días, el general había mantenido un fuerte entredicho con dos hombres de su propia tropa, los jóvenes oficiales Murillo y

Ramiro quienes, en ausencia del general, solían visitar a su esposa. El propio José María Paz, en sus *Memorias*, escribió:

El general San Martín que estaba en Mendoza había dispuesto por razones domésticas que no es del caso explicar, que su señora marchase a Buenos Aires a pesar del mal estado del camino.

Las razones que omite explicar el general Paz tenían su origen en esta intensa amistad que había hecho Remedios con los soldados Murillo y Ramiro. San Martín, por un lado, ordenó que llevaran a su esposa e hija a casa de sus padres y, por otro, que ambos jóvenes oficiales fueran rapados y condenados al destierro. Tal vez, para ser justos, deberíamos formular la misma pregunta que nos hicimos ante el relato de Manuel de Olazábal cuando contaba que su hermano y el general San Martín compartían una mujer; ¿los oficiales Murillo y Ramiro visitaban a Remedios al mismo tiempo o alternativamente?

Tal vez no haya mucho más que agregar. No sabemos cuántos espíritus «patrióticos» estén dispuestos a admitir con la misma comprensión que tuvieron para con las infidelidades de San Martín, el hecho de que la abnegada Remedios hubiera podido pagarle con la misma moneda, tal como escribió sin ambages el propio Libertador.

Como quiera que haya sido, José de San Martín se reencontró con su hija Merceditas recién cuando la niña cumplió los ocho años, después de que su madre, Remedios de Escalada, muriera tras una larga agonía.

4. El sexo de los historiadores

Resulta interesante detenerse a examinar de qué manera los diferentes historiadores han considerado la vida privada de nuestro más ilustre procer, José de San Martín. El acontecer sexual de una nación no sólo nos revela datos más o menos pintorescos, sino, tal como hemos podido ver hasta ahora, explica determinados hechos políticos cuya causa última había quedado oculta en alguna olvidada alcoba del pasado. Pero, por otra parte, exponer a la luz pública ciertos episodios hasta ahora silenciados, denuncia, *per se*, hasta qué punto el relato histórico ha sido censurado por quienes, se supone, tienen la obligación de poner de manifiesto la verdad histórica. Al contrario, cuando revisamos la forma en que algunos historiadores han hecho uso de ciertos documentos, descubrimos páginas vitales de la Historia que han sido escondidas o, lisa y llanamente, arrancadas con violencia del libro oficial.

Veamos un ejemplo muy interesante en torno de la vida íntima de San Martín. Examinemos cómo un mismo documento, según se lo exponga y se lo encuadre, puede significar una determinada cosa o exactamente lo opuesto. La historiadora Florencia Grosso, en su artículo *Remedios y José, realidad y leyenda*, se queja, con justicia, del arribismo de ciertos investigadores que, movidos por un afán inconfesable, fabulan e inventan episodios para atribuirselos falsamente a San Martín.

Se ha puesto de moda, ganando el fervor del lector desprevenido y confiado, una literatura oportunista, que en pretendidas biografías de próceres de nuestra historia, golpean a la opinión pública con intencionalidad de escándalo para lograr lucro de alguna naturaleza. [...] Nos estamos refiriendo a un género malintencionado y destructivo, que induce a cuestionar a los arquetipos de la patria, aquellos que nos dieron identidad como nación, independencia, organización y constitución.

Se impone, en primer lugar, decir que la vida privada y lo que con ella han hecho nuestros próceres no sólo no menoscaba nuestra identidad nacional, sino que, en muchos casos, la explica. Pero sobre todo, la manera en que determinados historiadores abordaron este aspecto de la historia, ilustra la ignorancia que aún reina sobre estos asuntos, ya que el ocultamiento mal puede contribuir a la labor del investigador. Con el propósito de preservar el buen nombre y honor de San Martín y exaltar su fidelidad marital, Florencia Grosso dice que «Siendo el Libertador un soldado en campaña, no un ascético monje, no se le conoció ningún escándalo de alcoba que menoscabara su dignidad de jefe». Para probar su afirmación, la historiadora cita, justamente, a «su amado ahijado Manuel de Olazábal» quien en un manuscrito titulado *Reminiscencias*, afirmó:

Desde 1817 a 1823 en que el General San Martín se separó del teatro inmarcesible de sus glorias y marchó a Europa, nadie puede decir haberle conocido dar preferencia a mujer alguna, no obstante que lo deseaban tantas deidades en su alta sociedad.

Aquí finaliza la cita que exhibe Florencia Grosso. El documento, así presentado, parece inapelable. Pero, como podrá comprobar el lector, vale la pena ir directamente a las fuentes; en efecto, si consultamos el manuscrito que está en el Museo Histórico Nacional, veremos que el recorte que hizo la historiadora cambia diametralmente su sentido si se lee hasta el final del párrafo, ya que no termina allí donde concluye la cita anterior. Si transcribimos el enunciado completo desde donde habíamos dejado, leemos:

... nadie puede decir haberle conocido dar preferencia a mujer alguna, no obstante que lo deseaban tantas deidades en su alta sociedad. Sin embargo, él manejaba este asunto con la reserva impenetrable con que llevara a efecto sus grandes planes de victoria y conquistas. En 1818 había en la capital de Santiago de Chile una dama que llamaba la atención no sólo por su belleza sino también por su donaire. No hay duda que era tentadora. Nadie supo que el general tenía relaciones privadas con ella.

Resulta notable cómo un mismo documento puede ser utilizado en un sentido o en otro. No mentía la historiadora al citar que San Martín no guardaba preferencia por alguna mujer: en efecto, el general repartía sus favores entre ellas de manera sumamente democrática. Pero cabe destacar otro hecho: el «amado ahijado» de San Martín, en su manuscrito nos revela que «nadie supo que el general tenía relaciones privadas» con esta mujer. Lo cual era cierto hasta que él mismo lo dejó escrito para la posteridad. Con defensores como éstos, quién necesita difamadores.

Es obligación del investigador dar a conocer documentos que, aunque conciernan a la vida privada de un personaje público, expliquen determinados pasajes de la Historia.

Si algo no le está permitido a un historiador es ocultar documentos y transferir su propia moral, prejuicios y obsesiones al personaje en cuestión. Ejemplos como éste demuestran hasta qué punto la omisión resulta una mentira tan flagrante como la calumnia.

1. Por ver grande a la Patria

Sarmiento, de pronto, fue víctima de una inesperada erección. Intentando disimular el contratiempo, cruzó sus manos sobre el importante promontorio que le abultaba el pantalón pero, al mirarse, descubrió que esta nueva posición agregaba obscenidad al percance: además del repentino ímpetu que le inflamaba la bragueta, parecía que se estaba tocando. ¿Quién había sido la responsable de tamaña incomodidad? La venerable Mariquita Sánchez de Thompson. La distinguida interlocutora de Sarmiento seguía hablando, locuaz como era, sin apartar sus ojos de los del futuro Presidente, acaso para no incomodar aún más a su visitante. Sarmiento asentía sin escuchar, sonreía como un autómatas, mientras se cruzaba de piernas para evitar que el torbellino de humores que lo invadía hiciera saltar la costura de algún botón. El hombre que habría de regir con decisión los destinos de un país, ahora no podía gobernar sus propias pasiones. Sin embargo, ni el pudor ni el incordio podían apagar el fuego que había encendido Mariquita. Y cuanto más hablaba la dueña de casa, cuanto más sonreía y agitaba sus manos en el aire, más leños agregaba a la hoguera desatada. Con la mirada ausente y un sudor que le empapaba la frente, Sarmiento se dijo que tal vez no había por qué contenerse. Imaginó la escena: así, como estaba, se pondría de pie, tomaría las expresivas manos de la mujer y, haciéndola girar sobre su eje, la tomaría por detrás y, subiéndole las faldas, la penetraría sin piedad. Entre ayes y sollozos, Mariquita se resistiría primero con denuedo, luego se quejaría con resignación, hasta que, por fin, los lamentos de dolor se convertirían en gemidos de placer, en gritos de delectación hasta llegar al éxtasis. Los pensamientos del futuro Presidente no contribuían a calmar al silencioso guerrero que pugnaba por liberarse y hacer justicia; al contrario, las cosas, allí bajo la bragueta, iban de mal en peor. Confrontado a la barbarie que le brotaba desde abajo, invocó a la civilización de la razón, pero la visión de la mujer que estaba frente a él hacía que no pudiera pensar en otra cosa. En un momento, con disimulo, tomó al animal indómito que tenía bajo el pantalón, no por el cuello, porque no tenía, pero sí por debajo de la cabeza, que sí la tenía y bien hinchada, como si quisiera ahorcarlo. Pero fue peor: la bestia se conmovió, palpité y, de haber podido hablar, le habría dicho al tirano que quería doblegarlo:

Bárbaro, las ideas no se matan.

Y cuanto más lascivas eran las ideas, más inmortales se tornaban. Entonces, en un

descuido de Mariquita, Sarmiento se puso rápidamente de pie y, dándole la espalda, se acercó a la pared con la excusa de mirar los cuadros que decoraban el cuarto. En ese momento ingresó en el salón una criada; nada importante, cuestiones domésticas. El paisaje bucólico de las pinturas y la irrupción de la asistenta hicieron que, por fin, la fiera se amansara y sobreviniera la fatiga, el descanso y la calma.

Este pasaje, que se diría salido de la febril imaginación de un escritor, resultaría inverosímil si no hubiese quedado registro fehaciente y en primera persona en una carta que escribió Domingo Faustino Sarmiento, literalmente, de su puño.

La carta, fechada en Montevideo a fines de 1846, está dirigida a Juan María Gutiérrez y, refiriéndose a la célebre dama, dice:

Nos hicimos amigos, tanto que una mañana, solos, sentados en un sofá, hablando [...], me sorprendí víctima triste de una erección, tan porfiada que estaba a punto de interrumpirla y, no obstante sus 60 años, violarla. Felizmente entró alguien y me salvó de tamaño atentado.

Conviene señalar que Sarmiento, quien denuncia la edad de Mariquita, pese a sus volcánicos impulsos, no era precisamente un púber: tenía treinta y cinco años.

Las orgías de Sarmiento

Si el relato del episodio que protagonizara Sarmiento en casa de Mariquita Sánchez resulta francamente asombroso no sólo para los cánones de su época sino, también, para los de la nuestra, existe otro documento todavía más sorprendente. Bien conocida era la minuciosidad del Padre del Aula, pero mucho menos difundido era el rigor con que rendía sus gastos más privados. En 1847, Sarmiento viajó a Europa por encargo del gobierno de Chile para que hiciera un relevamiento de los nuevos métodos educativos y los trajera a nuestro continente. Un delicioso volumen titulado *Viajes por Europa, África y América*, incluye el *Diario de gastos*. No sabemos a ciencia cierta cuánto se enteró Sarmiento sobre los sistemas de enseñanza, aunque, por lo visto, debió haber aprendido mucho de sus emocionantes experiencias. Revisemos las listas de gastos que apuntó el gran maestro en las diferentes ciudades que recorrió.

Mainville
 Coche de regreso...2
 12 planchas de los monumentos de París...12
 Dos retratos...5
 Saint Jacques la Boucherie...10
 Flores, periódico...4
 Un pastel para comer...?
 Orgía...13
 Una pieza para secar la pluma...2
 Cochero dos veces para ir a la calle Verneuille...4
 Ómnibus y ferrocarril para regresar a Senart...2,01
 Paseo en la floresta (bosque) de Senart, almuerzo y entregado al mozo que tuvo los asnos en Grand Bourg...5
 Ferrocarril a París...1,16
 y pasaje del Sena...8
 Una botella de cerveza...15
 Un par de zapatos...15
 Guantes, medias y corbatas...5,18

Ya habrá descubierto el lector el ítem más llamativo de la lista. Orgía, sí. Resulta asombroso y loable que Sarmiento tuviese la honestidad y la valentía para admitir en qué empleaba sus ratos libres en Europa y, además, con justo derecho, rendir los gastos para que le fueran reconocidos; después de todo, no tenía por qué privarse de sus actividades habituales en sus viajes de trabajo. Vemos, en efecto, que Sarmiento era un *bon vivant* que no se privaba de nada. Pero hay que prestar atención, ya que esta lista no deja lugar a dudas ni a malentendidos. No hay que ensayar exégesis, interpretaciones ni glosas. Una orgía es una orgía y no existe otra definición, ni en

aquella sazón ni en nuestros días, acerca de lo que se entiende por orgía. No decía ni «dama de compañía», ni «salida con *mademoiselle* tal o cual», ni siquiera «burdel». Se lee, claramente, orgía. Pero además hay que tener en cuenta cómo eran las orgías en la Francia de entonces para tener un conocimiento cabal de lo que hacía nuestro Padre del Aula cuando anotaba «orgía». Es decir, donde dice «orgía» léase «orgía».

Afortunadamente, Sarmiento conservaba las costumbres criollas en cuanto a higiene; veamos, si no, el primer ítem de otra de sus listas:

Un baño, jabón, toallas calientes y corte de callos...5

Al menos, luego de un día agitado, pleno de paseos en asno y orgías, nuestro gran maestro tenía el decoro de bañarse.

En Madrid nos encontramos con más gastos. Luego de otras extensas listas que incluyen ítems tales como «un par de botas remendadas», «limosnas de camino», «entrada al circo», «café y helados», otra vez, inmediatamente después de este punto, aparece... «orgía». Parece ser que luego de comer dulces a Sarmiento le apetecía una buena orgía. Pero eso no es todo, algunos días después de estos registros, encontramos: «Catálogo del Real museo», «Teatro García del Castañar», «Comida» y otra vez... «orgía».

El periplo continuó por Roma. De acuerdo con estas nuevas listas de gastos, puede percibirse que la estancia en la Ciudad de Dios le sirvió para reflexionar, orar y dedicarse al recogimiento. Veamos cuáles fueron algunos de sus gastos: «Retrato del Papa», «Limosna al Padre O'Brien», «Una misa de Réquiem» y una... ¡orgía! Queda claro que Sarmiento se dedicaba al sexo grupal de forma consuetudinaria o, dicho con propiedad, religiosamente.

Estando en Verona, a juzgar por sus gastos, aún conservaba aquel estado espiritual pleno de fe que adquirió en el Vaticano; en efecto, el primer gasto que asienta en su cuaderno el primero de mayo consigna «Una lámina de S. Marcos». Sin embargo, entre los últimos registros de ese mismo día nos encontramos con uno realmente sorprendente: «Gran orgía», anotó sin dejar, lamentablemente, ninguna descripción de tan fabulosa experiencia.

Sería bueno que en cada acto escolar, luego de entonar el himno a Sarmiento, «El señor director, las maestras y maestros, los señores padres y los alumnos» recordaran que el Padre del Aula solía entregarse a unas orgías que se extendían, por lo general, hasta la madrugada, hora en la que, borracho y a los tumbos, camino a su cama, se cruzaba con los colegiales que a esa misma hora apuraban el paso para no llegar tarde a la escuela. Veamos, si no, el indiscreto comentario que hiciera Augusto Belin Sarmiento, el nieto de Domingo Faustino, a un periodista sobre la salud de su abuelo:

Anoche mi abuelo ha pasado la noche de farra en alegre compañía, ha vuelto a la madrugada tambaleando, y hoy está tan bueno y fresco como si se hubiese recogido a las diez.

La indiscreción habría de salirle cara ya que, al día siguiente, el diario *La Nación* publicó un artículo que decía:

Sarmiento se retiró de una orgía, ebrio, a altas horas de la NOCHE.

La pluma y la palabra

Sin dudas, la difusión de las cartas y documentos que nos legara Sarmiento y que tantos han querido ocultar durante tanto tiempo, nos ofrece una imagen bien distinta de la representación del bronce, de los loores, himnos y discursos escolares. No hace falta aclarar que ningún episodio aquí revelado podría servir para intentar ensuciar los muy merecidos laureles y la magnífica obra de Sarmiento, ni tampoco para justificar sus actos y opiniones políticamente reprochables. Aunque tal vez sea necesario hacer la aclaración, ya que, según hemos podido comprobar, en varias ocasiones los actos privados han servido como arma de discusión pública cuando faltan argumentos sólidos.

Pero también hemos afirmado con insistencia que muchos de los hechos de la vida pública de un país sólo se comprenden a la luz de los actos más privados. Acaso los documentos más valiosos y, por varios motivos, los más difíciles de encontrar, sean las cartas. No existe otro instrumento tan revelador como el registro epistolar. El uso necesario de la primera persona, el tono íntimo, la confesión y la calmada reflexión son las cualidades más preciosas de una carta. Sarmiento ha sido uno de nuestros más brillantes escritores. De manera que ha dejado muy diversos testimonios de su fulgurante existencia en casi todos los géneros de la literatura en el más amplio sentido del término: manifiestos, discursos, reflexiones, novelas, etc., constituyen un vastísimo universo propio que, con justicia, podemos llamar sarmientino. Pero hay una carta, en particular, que refleja el espíritu del prócer de manera clara y transparente, una carta en la que confluyen el pedagogo, el sabio consejero, el observador lúcido y, acaso, el hombre que puede legar una enseñanza en la admisión de los propios defectos. Esta carta explica como pocas la visión de Sarmiento sobre el sexo, el matrimonio, las mujeres, la libertad, la fidelidad y la infidelidad. Pero también habla de la pobreza del hombre que jamás utilizó la función pública para enriquecerse. Del hombre que, humillándose frente a la necesidad de ofrecer en venta sus pocos bienes, no hace sino mostrar su honestidad y decencia. Esta carta, dirigida a su primo y tocayo Domingo Soriano Sarmiento, es tan reveladora que sería un crimen de lesa literatura cercenarla. He aquí la transcripción íntegra que resultará tan útil al lector como lo fue para el destinatario original.

Santiago, diciembre 2 de 1843.

Señor don Domingo S. Sarmiento. Querido tocayo:

Con el mayor placer he sabido que se ha casado usted con la prima Laura. Era ésta una niña por quien tenía una predilección especial, y no dudo que hará la felicidad de usted. Recuerdo ahora, no sin lisonjarme de ello, que cuando nos vimos aquí le recomendé que no abandonase a su familia, que

necesitaba de su apoyo. Ha llenado usted... que la naturaleza le imponía y que lo recomienda más a mi afecto. Esto no quita que esté un poco sentido de que no me haya dado parte, después de ejecutado, para llenar esa formalidad de estilo.

Tentaciones me dan de predicarle un sermón sobre los deberes conyugales, y sobre cierta línea de conducta que yo me propongo guardar para cuando tenga mujer, porque ha de saber usted que por pereza, y por estar casi siempre muy ocupado, no he salido a buscar una mujer de que, sábelo Dios, tengo suma necesidad.

Vea usted sin embargo cómo miro yo el matrimonio. No creo en la duración del amor, que se apaga con la posesión. Yo definiría esta pasión así: un deseo para satisfacerse. Parta usted desde ahora del principio de que no se amarán siempre. Cuide usted pues cultivar el aprecio de su mujer y de apreciarla por sus buenas cualidades. Oiga usted esto; porque es capital. Su felicidad depende de la observancia de este precepto. No abuse de los goces del amor, no traspase los límites de la decencia; no haga a su esposa perder el pudor a fuerza de prestarse a todo género de locuras. Cada nuevo goce es una ilusión perdida para siempre; cada favor nuevo de la mujer es un pedazo que se arranca al amor. Yo he agotado algunos amores y he concluido por mirar con repugnancia a mujeres apreciables que no tenían a mis ojos más defectos que haberme complacido demasiado. Los amores ilegítimos tienen eso de sabroso, que siendo la mujer más independiente agujonea nuestros deseos con la resistencia. Deje a su mujer cierto grado de libertad en sus acciones y no quiera que todas las cosas las haga a medida del deseo de usted. Una mujer es un ser aparte que tiene una existencia distinta de la nuestra. Es una brutalidad hacer de ella un apéndice, una mano para realizar nuestros deseos. Cuando riñan, y esto ha de haber sucedido antes de que reciba ésta, guárdese por Dios de insultarla. Mire que he visto cosas horribles: la primera palabra injuriosa que la cólera del momento sugiere deja una idea en su espíritu: si en la primera riña le dice usted bruta, en la segunda le dirá infame, y en la quinta puta. Tenga usted cuidado con las riñas y tiemble usted no por su mujer, sino por la felicidad de toda su vida. En fin, no quiero hablar más de esto. A otra cosa. Le remito un ejemplar de la Memoria que leí a la universidad y que es causa de un alboroto de dos mil diablos en los diarios. Todavía sigue. Le remito así mismo muchos de los escritos que se han publicado y mis defensas. Hoy salen nuevos artículos míos que no se los mando porque son principio de otros que se seguirán bien pronto. Mando a todos los diarios de América y dentro de algunos meses tendremos el tiroteo en todas partes y los elogios y los vituperios. Me urgen porque acabe y sólo tengo tiempo para hablarle un poco de asuntos de dinero, del cual estoy in puribus. Sé que usted quiere comprar un piano de casa que tiene en su poder. ¿Lo quiere por cien pesos? Tómelo. ¿Le parece caro? Avísemelo y proponga el precio que le parezca equitativo; esto que sea pronto.

Démele un fuerte abrazo a Laura. A Dios, pues,

Domingo F. Sarmiento

Entre otras cartas de Sarmiento, encontramos una muy interesante en la que se ponen de relieve sus dos principales vocaciones: la docencia y el sexo. En este caso, estas pasiones se mezclan de tal modo que resulta difícil advertir, por momentos, a cuál se está refiriendo en tal o cual pasaje. La carta está dirigida a la señorita Elena Rodríguez, una maestra de francés y geografía tan sensual como pérfida, a la que Sarmiento, sin demasiada sutileza, le hace saber sus intenciones *non sanctas*.

Andes, diciembre 17 de 1840

Mi distinguida señorita Rodríguez:

Creo excusado decirle que estoy en Chile, entre buenos amigos, muy descansado de mis pasadas fatigas, y sin poderlo remediar, y lo que es más, sin intentar siquiera evitarlo acordándome de mi buen San Juan, del colegio y de cuantos objetos encierra que me interesan. Usted debe suponerse muy bien que espero me instruya de cuanto pueda serme necesario saber sobre el estado de los ramos que usted dirige, tan circunstanciadamente como sea posible. Yo marchó mañana a Santiago, y desde allí me prometo escribir a usted, y a algunas otras señoritas sobre asuntos que pueden serles de interés. Entre tanto le recomiendo a usted la moderación en su conducta, buen desempeño de sus deberes y asiduidad en sus tareas, que debo prometerme de las buenas calidades que forman su carácter (salvo las malas, aquí para

entre los dos).

¿Cómo irán pues esas criaturas tamañas de grandes con el francés y la geografía? ¿Y usted, con el italiano, y todas con la aplicación y el orden, y la chismografía de afuera y las perradas de adentro? Cosas son éstas que quisiera ver de cerca, palpar y tocar.

Todo lo que llevo dicho no tiene otro objeto que provocar su pico, su pluma diré más bien, para que picotee sobre todo un poco, música etcétera todo sin ofensa de Dios ni del prójimo. Después de todo lo que, a Dios mi buena señorita Rodríguez (porque usted, es muy buena) y disponga de su servidor apasionado.

Domingo F. Sarmiento

4.

El maestro, la alumna embarazada, su mujer y su amante

Consecuente con lo que había escrito a su primo acerca de su necesidad de tener una mujer, Sarmiento, finalmente, después de una vida consagrada a cuestiones tan diversas como la política, los viajes, los avatares del exilio, las letras y las orgías, decidió casarse. Ahora bien, veamos si, cuando advertía a su primo sobre el matrimonio, nuestro ilustre maestro estaba aconsejando con el ejemplo o, acaso, eran éstas meras prevenciones sobre su propia conducta ante tal circunstancia. Muy bien, examinemos cuán ejemplar fue Sarmiento como esposo. Antes bien, cabe hacer una aclaración: algunos historiadores han sostenido que Sarmiento se casó durante su exilio en Chile con María Jesús del Canto, con quien tuvo una hija, Ana Faustina. Lo cierto es que la relación de Sarmiento con María Jesús fue muy breve, jamás llegó a consolidarse y no hubo casamiento alguno. Otra vez, los defensores de la moral y las buenas costumbres de nuestros proceres no estaban dispuestos a admitir que Sarmiento había tenido una hija natural. Ni mucho menos que había embarazado a una alumna de catorce años del colegio de Pocura donde dictaba clases. Tal vez, a la luz de este hecho, el título de Padre del Aula adquiera un nuevo sentido. Lo cierto es que la colegiala, profundamente enamorada de su maestro, no fue correspondida, pero, al menos, consiguió que el padre reconociera a la niña, o, para que no haya confusión, a la hija de la niña.

En realidad, Sarmiento se casó varios años después de que naciera su primera hija. En 1848, estando todavía en su exilio chileno, contrajo matrimonio con Benita Martínez Pastoriza, una joven distinguida, viuda de un tal Domingo Castro y Calvo. La muchacha había enviudado teniendo un hijo. Esta historia resulta ciertamente singular, ya que, en su momento, se exaltó el noble gesto de Sarmiento al adoptar al niño como propio y darle su apellido. Pero pocos señalaron el hecho de que Benita mantenía un secreto romance con Sarmiento antes de enviudar y que Domingo Castro y Calvo no podía tener hijos. Es decir, en rigor, Sarmiento no hizo más que reconocer, en sentido estricto, a su propio hijo de sangre, nacido de la relación prohibida con la mujer casada. De hecho, a quienes sospechaban que el niño no era hijo del difunto, no les sorprendió que la madre lo bautizara como Domingo Fidel Sarmiento: exactamente las mismas iniciales de su futuro marido. De manera que el tan mentado Dominguito no llevaba el nombre en homenaje a Don Castro y Calvo, sino a nuestro insigne maestro.

El flamante matrimonio se mudó a la finca que Benita tenía en Yungay. Bajo el

mismo techo convivió la pareja con Paula Albarracín, la venerada madre de Sarmiento; su hija mayor, Ana Faustina, y Dominguito. En fin, una familia bastante poco convencional. Debió haber sido, sin dudas, un contraste muy grande para Sarmiento el recuerdo de su reciente viaje por Europa, su vida de *dandy* en París, las orgías y los paseos por las grandes capitales, en comparación con la monótona vida familiar en una quinta de pueblo aislada del mundo junto a su madre, su esposa y sus hijos. Tan grande llegó a ser la asfixia de nuestro héroe que, en más de una ocasión, se referiría a ese pasaje de su vida como «la prisión de Yungay». Es de imaginar que no fueron, precisamente, los años más felices de su vida. Ese cono de sombra que oprimía el espíritu de Sarmiento pronto habría de extenderse a su relación matrimonial. Las discusiones se hacían cada vez más frecuentes y las opiniones que expresara tiempo atrás sobre el matrimonio se convertirían en una profecía autocumplida. Entre los consejos a su primo, se destacaba aquel que decía «guárdese por Dios de insultarla», recordándole que de «bruta» a «puta» había mucho menos que una distancia alfabética. Pero por lo visto, aquello de que el maestro enseña con el ejemplo, en este caso no ocurrió. Veamos lo que escribió Benita en una carta:

No tengo que arrepentirme de ningún acto, pues nadie hubiese sido más moderada con ofensas tan atroces como las que él me ha hecho y me hace.

Podemos adivinar que las palabras con que Sarmiento prevenía a su primo de la ira hablaban, en realidad, de su propio carácter volcánico que, por momentos, lo hacían ir de la civilización a la barbarie y cometer las crueldades que denunciaba Benita.

Así, con este ambiente familiar asfixiante sumado al aislamiento de la finca, Sarmiento decidió marchar a Buenos Aires para alistarse en la batalla de Caseros. No hace falta aclarar que no estamos afirmando aquí que Sarmiento decidió volver al ruedo a causa de su infeliz vida matrimonial. Aunque sí fue un motivo más para escapar de esa «prisión». Por su parte, Benita no toleraba que su esposo se dedicara a la vida pública. Celosa como era, había contribuido a aislar a Sarmiento del mundo y se diría que era feliz a su lado, aunque sabía que él no sentía lo mismo. Benita tomó con profundo pesar la decisión de su marido. Pero lo que ella en realidad ignoraba era que en Buenos Aires a Sarmiento lo esperaba algo más que las múltiples cuestiones políticas. Tal vez su esposa sospechara que si lo dejaba escapar de la «prisión de Yungay» habría de perderlo para siempre.

5. Sarmiento y Aurelia Vélez

En Buenos Aires Sarmiento retomó su amistad con Dalmacio Vélez Sarsfield, quien sería el célebre autor de nuestro Código Civil, cuya relación databa de varios años antes, cuando ambos debieron exiliarse en Montevideo. Tal vez, en aquella primera ocasión Sarmiento ni siquiera había reparado en la pequeña Aurelia, la hija de Vélez Sarsfield que, por entonces, tenía nueve años. El hecho es que, al momento del reencuentro, Sarmiento quedó impactado: la pequeña Aurelia se había convertido en una mujer de una belleza infrecuente y una inteligencia que, ciertamente, salía de lo común. Abocada por completo a trabajar junto a su padre, era notable verla discutir de igual a igual con los hombres más influyentes, haciendo valer su palabra firme sobre la voz grave y severa de sus contertulios. Lectora inquieta, profunda conocedora del Derecho, la política, la Historia Universal, en particular la de Grecia, Roma y el Oriente, hablaba y leía en inglés o en francés los libros que no estaban traducidos al castellano. La sociedad de entonces no estaba dispuesta a tolerar tantas virtudes en una mujer; en rigor, la «virtud», no tenía nada que ver con el saber, sino, más bien, con ignorar y, sobre todo, con no «conocer» en el sentido bíblico. Es decir, virtud era sinónimo de *virtus*, término que aludía a la virginidad. Y Aurelia Vélez, en este sentido, no era precisamente una virtuosa. A tal punto no lo era que su marido, Pedro Ortiz, al llegar un día a su casa antes de lo habitual, abrió el ropero y se encontró con un hombre oculto tras los abrigos. Mientras el furtivo visitante ensayaba una excusa balbuceando «no es lo que parece, mi amigo», Pedro Ortiz desenfundó un revólver y le metió media docena de tiros ante los ojos espantados de Aurelia. Éste fue el motivo de la «inexplicable» separación del matrimonio, a decir de algún historiador que quiso volver a esconder el muerto en el placard de la Historia. Claro, la hija de don Dalmacio no resultaba un personaje demasiado presentable: bella, inteligente, culta y, por si fuera poco, adúltera. En otra época la hubiesen lapidado. Pero, por lo visto, a Sarmiento le resultó una combinación sumamente atractiva; era una suerte de alma gemela. Lo cierto es que fue en aquellas tertulias en la casa de Vélez Sarsfield, finca porteña situada en la manzana del actual Hospital Italiano, donde Sarmiento empezó a frecuentar a Aurelia. En el curso de aquellas acaloradas reuniones en las que se discutían los avatares políticos de la nación, el Padre del Aula se enamoró perdidamente de aquella muchacha que brillaba con luz propia, ensombreciendo a varios de los hombres que escuchaban admirados sus lúcidas alocuciones.

A todo esto, Benita escribía a su marido cartas en las que se mezclaban su amor y

su enojo por haberla dejado sola con Dominguito en la recóndita estancia de Yungay, en la inquietante compañía de su suegra y la hija de su antigua alumna. El contraste de Benita con Aurelia era muy grande: su esposa era una mujer que sólo se dedicaba a la casa y la familia. Con Aurelia, en cambio, podía compartir largas charlas de literatura, estrategia política y coronar la velada con un encuentro furtivo en alguna alcoba de la casa que, ciertamente, era grande y hospitalaria.

Así, mientras Aurelia trabajaba junto a su padre en la redacción del Código Civil, Benita escribía cartas llenas de frases como «estoy ansiosa porque llegue el momento en que nos reunamos para siempre». Y, a su vez, Sarmiento escribía a Aurelia cartas apasionadas y trágicas, propias del hombre que vive un amor prohibido, describiéndolo así: «Es una felicidad que el cielo nos depara salvar del naufragio, y, en lugar de aborrecernos cuando ya no nos amaremos, podemos estimarnos siempre. Sólo así gozaremos de la felicidad que hemos buscado en vano».

Sin embargo, presa de la ansiedad, Benita decide ir tras los pasos de su esposo y parte a Buenos Aires. Tal vez al principio no quiso ver lo que ya nadie ignoraba o quizás, encandilada con los fulgores de la ciudad, tardó en darse cuenta de que Sarmiento estaba entregado no sólo a su tan declamado amor a la patria. Por otra parte, Benita se sentía muy a gusto en compañía de las familias más distinguidas de Buenos Aires. Lo cierto es que, al cabo de un tiempo, a la mujer le empezaron a resultar sospechosas las largas ausencias de su marido y, sobre todo, las frecuentes visitas a la casa de Dalmacio Vélez Sarsfield. Los rumores que hasta entonces se había negado a escuchar, ahora empezaban a resonar en sus oídos cada vez con más insistencia. Pronto llegó a su conocimiento la murmurada versión sobre la indecencia de Aurelia y la historia del amante asesinado en el ropero. Entonces creyó saber quién era la tercera en discordia. Tal vez por entonces Benita no percibiera cuánto tenía en común con Aurelia: ambas mujeres habían cometido adulterio y, de hecho, si el primer marido de Benita, Domingo Castro y Calvo, hubiera actuado como el esposo de Aurelia, Sarmiento habría sido hombre muerto antes de que pudiera casarse con ella en segundas nupcias. Puesta ahora en el lugar más incómodo del triángulo amoroso, Benita no tenía, sin embargo, pruebas de la infidelidad de su esposo. Pero estaba dispuesta a encontrarlas. Movida por los celos y el despecho, la mujer, convertida en espía, se dedicaba a seguir subrepticamente a Sarmiento, revisaba sus bolsillos, leía la correspondencia y lo sometía a interrogatorios casi policiales. Otra vez, la vida del matrimonio se convirtió en un suplicio y, siguiendo la misma táctica de fuga que empleara en Yungay, Sarmiento acató de buen grado la orden de Bartolomé Mitre y partió a San Juan donde, al poco tiempo, asumiría como interventor federal. Benita, nuevamente lejos de su esposo, decidió cambiar la estrategia y pasar del reproche a las declaraciones de amor. Entonces le escribió:

Estoy pasando días horribles con tu retiro, es preciso que esto acabe. ¿No son bastantes los obstáculos que el destino y la sociedad ponen a nuestro amor? ¿Y hemos de tratar de hacernos pesada nuestra situación con dudas y desconfianzas indignas de nosotros? Haya paz entre nosotros, y sobre todo confianza. Yo la he

tenido absoluta en ti, y no es sin razón que lo exija para mí. [...] Te amo con todas las timideces de una niña, y con toda la pasión de que es capaz una mujer. Te amo como no he amado nunca, como no creí que era posible amar. He aceptado tu amor porque estoy segura de merecerlo. Sólo tengo en mi vista una falta, y es mi amor por ti. ¿Serás tú el encargado de castigarla? Te he dicho la verdad en todo. ¿Me perdonarás mi tonta timidez? Perdóname, encanto mío, pero no puedo vivir sin tu amor. Escríbeme, dime que me amas, que no estás enojado con tu amiga que tanto te quiere. ¿Me escribirás, no es cierto?

Sarmiento le respondió con una carta tan breve como significativa: «Si se presenta ocasión puedes mandarme un catre de viaje», le pide con gélida distancia, entre otros recados de orden doméstico.

La estrategia de Benita no funcionaba, prueba de lo cual es la carta que Sarmiento le escribe a su amante:

Mi vida futura está basada exclusivamente sobre tu solemne promesa de amarme y pertenecerme a despecho de todo [...] No te olvidaré porque eres parte de mi existencia; porque cuento ahora contigo ahora y para siempre [...] Necesito de tus cariños, tus ideas, tus sentimientos blancos para vivir [...] Te envío mil besos y te prometo eterna constancia. Tuyo. Sarmiento.

Benita, ante el cerrado silencio epistolar de su marido y la certeza de que le era infiel, decidió volver a cambiar la estrategia. Esta vez, jugando la más sucia de las cartas, se alió con su hijo Dominguito en contra de su padre. Haciéndolo partícipe de sus sospechas, le contó el tenor de sus peleas y lo previno acerca de que su padre se estaba gastando el poco dinero familiar, condenándolo al virtual desheredo. Así, con estas insidiosas confesiones, hizo que el hijo se volviera en contra del padre. Convertido de esta forma en el peor enemigo de Sarmiento, a sus dieciséis años Dominguito escribió a su padre reclamándole «la falta de sentimientos paternos para conmigo» y enrostrándole que su indiferencia llegaba hasta el punto de hacerlo «morir de hambre». En cuanto a su madre, Dominguito le reprochaba duramente a Sarmiento el modo en que, supuestamente, se refería a ella: «Veamos ahora lo que yo le doy o le da mi madre. Esa prostituida según Ud. cuyo nombre deshonra y aborrece». Como dolido corolario, Dominguito resume en una frase terrible todos sus sentimientos: «Necesito casa, comida, ropa, y no puedo sacrificarme a las explotaciones de nadie. Mientras Ud. no abandone al cuidado de mi madre mis intereses y los de ella, deja Ud. de ser mi padre».

La estocada dio muy profundamente en el corazón de Sarmiento: por una parte veía cómo su hijo, al que adoraba, lo trataba como no lo hacía el más cruel de sus enemigos, por otra, asistía indignado a la sucia jugada de su esposa. Pero a esta situación vino a sumarse una noticia inesperada para todas las partes de este conflicto: Benita estaba embarazada. ¿Quién era el padre de la criatura, habida cuenta de que el matrimonio estaba moral y, sobre todo, físicamente separado? ¿Acaso movida por el despecho la mujer se había entregado a los brazos de otro hombre? La respuesta no llegó nunca, como nunca llegó el hijo del misterioso embarazo, ya que Benita sufrió un aborto espontáneo; al menos eso es lo que se ha dicho.

El matrimonio de Sarmiento finalmente se disolvió en un maremagnum de

ofensas, deslealtades y el más corrosivo de los odios: el que surge del amor contrariado. «¡Dios le perdone el mal que hizo, que se hizo a sí misma, por exceso de su amor, sus celos, su odio!», diría Sarmiento años más tarde. Lo cierto es que ambos se habían causado horrendas ofensas que dejarían dolorosas huellas. «Atravieso una gran crisis en mi vida. Créemelo», escribió Sarmiento a su amante, ya por entonces su única mujer. Pero por si más dolor era posible, habría de abatirse sobre los esposos el más negro de los sucesos: en septiembre de 1866, Dominguito recibió una gravísima herida durante la batalla de Curupaití y luego de una breve agonía murió a los veintiún años. Sarmiento y Benita, cada uno por su lado, debieron cargar con el peso del dolor y el remordimiento por el injusto lugar en el que habían dejado a Dominguito en la cruel pelea matrimonial. Ninguno de ambos logró sobreponerse al duro golpe que les deparó el destino. Enterado de la triste noticia, Sarmiento regresó a Buenos Aires y, arrodillado junto a la tumba, se prometió escribir la biografía de su hijo. Años más tarde, en efecto, se publicaría *Vida de Dominguito*.

Es necesario señalar que Aurelia Vélez no fue sólo la «amante de Sarmiento», como tan livianamente se ha dicho. Se trataba de una relación construida en la amistad y, sobre todo, en la confluencia de los ideales y la acción política. Sarmiento y Aurelia se prodigaban una admiración mutua y ambos tuvieron un enorme protagonismo en los destinos de la patria. Por eso, más allá de las pinceladas pintorescas, ingresar en la vida privada de nuestros próceres, muchas veces nos permite indagar en los poderosos resortes que impulsan la historia de un país. Los intereses públicos y los privados se mezclan de tal forma que los límites entre unos y otros se tornan difusos. Aurelia Vélez, por ejemplo, gracias a su sagacidad, impidió una intentona de complot contra la candidatura de Sarmiento, que se había gestado a la involuntaria sombra de su propio padre, Dalmacio Vélez Sarsfield. Por otra parte, la tarea política de Aurelia no sólo fue decisiva para el triunfo de Sarmiento, sino que, una vez lograda la presidencia, resultó ser un pilar fundamental junto a su padre, que había sido nombrado ministro de Interior. No casualmente Sarmiento declaró que era ella, Aurelia Vélez, la persona más idónea para escribir su biografía. De hecho, estando en Nueva York, Sarmiento apuntó:

Andan en busca de una biografía mía, que nadie se atreve a escribir. Después de mí, sólo Aurelia podría escribirla, sencilla, útil, sentida.

Luego de los numerosos vaivenes amorosos y políticos, al cabo de una existencia marcada a fuego por el exilio, la guerra y el desencuentro, a mediados de 1888 Sarmiento y Aurelia Vélez se mudarían al Paraguay. Allí, en una casa rodeada de una vegetación exuberante y el agradable calor guaraní, que hacía más llevadera la enfermedad pulmonar del viejo maestro, los otoñados amantes convivirían hasta la muerte de Sarmiento, acaecida el 11 de septiembre de 1888.

La cautiva de Rosas

Tal vez el caso de Juan Manuel de Rosas ilustre con claridad meridiana una de las hipótesis que guían este libro; acaso ningún otro hombre de la Historia argentina demuestre como él de qué manera el modo de ejercer el poder por parte de algunos gobernantes sólo se explica a partir de la forma en que ejercieron el sexo, y viceversa. Hasta tal punto resulta cierta esta afirmación aplicada a Rosas que ambas categorías —sexo y poder— se enlazan en su figura de tal manera que los límites entre uno y otro parecen difuminarse, retroalimentarse y cerrarse en un círculo en el que resulta difícil establecer cuál es el principio y cuál el fin. Ya condenatorios, ya elogiosos, todos los adjetivos que le fueron endilgados a Rosas para describir su forma de practicar el poder podrían aplicarse, también, para graficar la manera de desempeñarse en el sexo. Déspota, tirano, autócrata, injusto, poderoso, paternalista, protector, son sólo algunos de los epítetos que le fueron dados a Rosas y, ciertamente, ejemplifican ambas esferas de su vida, la íntima y la pública.

Tomemos, por ejemplo, la relación que mantuvo con María Eugenia Castro. Fue ésta una historia casi incestuosa, rayana en el horror, signada por la clandestinidad, el ocultamiento, la humillación y la crueldad. Ella era hija de un militar viudo, Juan Gregorio Castro, hombre de confianza de Rosas quien, antes de morir, encomendó a su amigo y superior que tomara a su hija bajo su tutela. Cuando la niña quedó huérfana, Rosas, fiel a su promesa, se hizo cargo de ella en calidad de albacea. Por entonces María Eugenia tenía catorce años. No hace falta aclarar que desde el punto de vista legal y moral, la función de un tutor es la de criar, educar, alimentar y dar protección a los huérfanos, es decir, asumir las funciones que, hasta entonces, cumplían los padres.

La protegida del caudillo era una niña verdaderamente hermosa: alta, de pelo renegrado, tez morena y mirada sensual; un retrato oral de su época la pinta como una «odalisca criolla». Sin embargo, esa exuberancia física contrastaba con su apocamiento espiritual: golpeada por la muerte de su madre primero, educada con la rústica mano dura de su padre militar, viviendo en la soledad que le imponían las largas ausencias de su padre en campaña, sufriendo luego la muerte de éste también, María Eugenia era una chica tímida, introvertida, asustadiza y obediente hasta la humillación. Rosas, en cambio, era por entonces el hombre más poderoso del país: gobernador de la Provincia de Buenos Aires, acaudalado estanciero y terrateniente, ejercía el poder con mano firme y era, en los hechos, el señor de la Confederación. Su estampa, por otra parte, era subyugante: los ojos azules, el pelo revuelto y rubio, el uniforme, magnánimo, le conferían un aspecto de emperador en campaña. A sus

cuarenta y cinco años y en lo más alto de su carrera, se hubiera dicho que ni siquiera debía haber notado la llegada de la nueva habitante en su casa palaciega. Sin embargo, el poderoso Juan Manuel de Rosas no pudo sustraerse a la tímida belleza de su entenada quien, cada vez que lo veía pasar, huía como un cervatillo a esconderse detrás de las columnas de la recova que circundaba el enorme patio central. Con la paciente destreza del buen cazador que era, Rosas iba sigiloso tras los pasos de la niña y, de a poco, la llevaba, sin que ella lo percibiera, hasta algún sitio en el que no tuviera escapatoria. Acorralada, ella lo miraba con aterrada fascinación y, sin articular palabra, agachaba la cabeza. Sólo entonces, él la dejaba ir. Fue en el curso de esas «cacerías» cuando, un día, arrinconada como estaba, en el momento en que se disponía a abandonar la sala, Rosas cerró la puerta tras de sí y la tomó entre sus brazos.

A partir de entonces se inició una relación difícil de calificar, signada por su carácter furtivo, silencioso y, sobre todo, desigual. Rosas, el hombre con poder ilimitado, obligaba a su protegida huérfana, casi analfabeta, a que se entregara sin que ella estuviese en condiciones, subjetivas ni objetivas, de negarse a tal cosa. Algo se ha escrito sobre este sórdido «romance»; de acuerdo con algunos relatos, la niña había quedado deslumbrada con Rosas, otros han llegado a decir que estaba enamorada. Más allá de analizar qué grado de libertad tenía María Eugenia en una situación tan asimétrica desde todo punto de vista, nadie ha señalado el hecho de que Juan Manuel de Rosas, además de todo lo enumerado, era, en los papeles, el padre de María Eugenia de Castro. Hasta tal punto esto era así, que la niña se refería al caudillo como «mi padre», según atestiguan varias cartas.

Tan clandestina era esta relación que, tal la usanza de la época, la niña fue puesta bajo el cuidado del servicio doméstico, no sin malos tratos de por medio, y obligada a desempeñar tareas propias de una sirvienta. Sin embargo, cuando Rosas se enteró de la nueva situación de su protegida y «amante», decidió liberarla de tales asuntos y asignarle una tarea aún más humillante que, sin embargo, le permitiría tenerla cerca otra vez: determinó que cuidara de su moribunda esposa, Encarnación Ezcurra.

La mujer de Rosas, ignorante por completo de la relación de María Eugenia con su marido, se encariñó profundamente con aquella niña que con tanto afecto, empeño y desinterés la atendía en su lecho de enferma. De hecho, cuando la muchacha quedó sorpresivamente embarazada, ante la indignación de muchos, Encarnación fue la primera en defenderla e infundirle ánimos para que afrontara el trance con alegría, en la certeza de que el responsable era un sobrino suyo. Lo que jamás llegó a saber Encarnación era que el padre de la niña, bautizada Mercedes, era hija de Juan Manuel de Rosas.

Aún después de la muerte de Encarnación Ezcurra en 1838, la relación de Rosas con María Eugenia continuaría en el más absoluto anonimato. Tan clandestina, innombrable y difícil de definir era esta relación que el Restaurador mantenía a la muchacha oculta en la casa. De hecho, él mismo la llamaba «la Cautiva». Encerrada

entre los muros del caserón y a merced de los arbitrios de su tutor, entre 1840 y 1852 María Eugenia tuvo cinco hijos de Rosas: Ángela, Ermilio, Nicanora, Joaquín y Justina. Los habitantes de la célebre quinta de Palermo fueron cómplices con su aterrado silencio: nadie jamás se atrevió a mencionar, ni siquiera entre ellos, esta relación incalificable. Y cada vez que María Eugenia volvía a quedar embarazada, nadie ignoraba quién era el responsable.

No podría afirmarse, de ningún modo, que Rosas y María Eugenia hubieran sido amantes. Como hemos dicho, se trataba de un vínculo completamente desigual en el que el caudillo hacía uso, por no decir abuso, de aquella muchacha que estaba completamente al margen de la vida pública de su «protector». Hubiera sido incapaz de mantener una conversación sobre cualquier aspecto de la realidad nacional, la agenda política o los quehaceres cotidianos de aquel hombre que tenía en sus manos la suma del poder. Ella no tenía idea de nada. El contraste con Encarnación era brutal: la difunta mujer de Rosas había tenido una participación en la política tan influyente que el poder del matrimonio era comparable al de una pareja real.

María Eugenia Castro era, en cambio, una suerte de Cenicienta pero sin encantamiento alguno, condenada para siempre al encierro y la clandestinidad. Humillada hasta un extremo inimaginable, no gozó siquiera de algo de la enorme fortuna y el poder ilimitado que había alcanzado el Gobernador; al contrario, estaba confinada a las tareas domésticas, a la maternidad y a complacer sexualmente al Restaurador. Él, por su parte, se comportaba con ella como un amo que le concedía la gracia de su magnífica presencia, unos pocos pesos, casa y comida para su sustento y el de sus hijos. Se ha dicho que María Eugenia idolatraba a Juan Manuel de Rosas, que estaba perdidamente enamorada; esto nunca lo sabremos, ni siquiera tiene demasiada importancia a la luz de los hechos, ya que ni siquiera la complacencia de la muchacha constituiría un atenuante en tan oscura relación.

Lo cierto es que Rosas jamás reconoció a estos hijos naturales, dado que habría significado admitir el extraño vínculo que lo unía con su «protegida» y que se extendió desde el año 1838 a 1852. Examinemos cómo era la vida cotidiana de esta extrañísima pareja: mientras Rosas ejercía la suma del poder público, María Eugenia, en privado, ejercía la suma de todas las actividades que podía desempeñar una mujer: se ocupaba de los quehaceres domésticos de una sirvienta, las obligaciones de una madre, los cuidados de una esposa, las habilidades de una amante y la sumisión de una esclava. Servía la comida, lidiaba con los chicos, cebaba el mate y hasta probaba la comida que iba a comer el Restaurador para asegurarse de que no estuviese envenenada. De la misma forma, era quien se encargaba de afeitarlo para evitar que algún sirviente infiel pudiera degollar a Rosas. Así de amorosa era la relación que los unía.

Pero ¿cómo era la vida de los hijos (o acaso habría que decir nietos) de Rosas nacidos de esta relación inaudita? Igual que María Eugenia, los niños permanecían ocultos de la mirada pública, reclusos dentro de los muros de la quinta de Palermo.

Allí recibían una modesta educación y la mayor parte del tiempo la pasaban mezclados con los hijos de la servidumbre, corriendo en las amplias extensiones de la finca. El trato que les daba Rosas era el de una indiferencia matizada con alguna crueldad. Él mismo se había ocupado de ponerle a cada uno un apodo; así como a María Eugenia le decía la Cautiva, a Mercedes la llamaba Manduca a causa de su gordura y su compulsión por la comida; Ángela tenía el motejo de Soldadito por su carácter dócil y callado como el de su madre; Ermilio era el Capitán, ya que se destacaba por su espíritu de liderazgo; a Nicanora le decía la Gallega por su aspecto cejijunto y su obcecación. Era frecuente que, cuando alguno de ellos vociferaba más de lo tolerable para Rosas o rompía alguna cosa de la casa, mandara a que lo azotaran; desde luego, éstos eran sólo simulacros que, sin embargo, provocaban un pánico atroz y un sufrimiento, si no en el cuerpo, en el ánimo ya de por sí atemorizado de los chicos.

Son varios los testimonios que han quedado pese al empeño puesto por el Restaurador para que jamás se supiera nada de su relación con María Eugenia. Uno de nuestros más célebres escritores, José Mármol, autor, entre otras obras, de *Amalia*, ha dejado su propia impresión: «Él, Rosas, hace de su barragana la primera amiga y compañera de su hija; él la hace testigo de sus orgías escandalosas...». Por otra parte, no menos escandaloso era el vínculo que unía a la hija legítima de Rosas con estos hijos nunca reconocidos por el caudillo. De acuerdo con varios relatos, cada vez que nacía un «palermito» (tal como les decían a los hijos de María Eugenia), Rosas «obsequiaba» el nuevo bebé a Manuela, como si se tratara de un muñeco con el que podía jugar a sus anchas.

La ruptura de la relación entre Juan Manuel de Rosas y María Eugenia Castro coincidió con la abrupta caída del Restaurador de las Leyes, luego de la Batalla de Caseros y su posterior exilio. El fin de este vínculo acaso sea mucho más ilustrativo que los años de forzada convivencia, ya que nos permite ver con claridad en qué residía la esencia de esta relación. Como ya hemos señalado, casi todas las crónicas hablan del amor incondicional que la muchacha prodigaba a su virtual padre, captor y amante. Sin embargo, cuando Rosas parte a su exilio en Inglaterra, poco antes de embarcarse le suplica a María Eugenia que lo acompañe. Pero ella se niega terminantemente, aun cuando él le ofrece llevar a los hijos con ellos. Difícilmente la mujer habría podido dejarlo partir solo al exilio si ella hubiese estado realmente enamorada. A tal punto llegaba su negativa, que María Eugenia ocultó a Rosas el hecho de que estaba nuevamente embarazada, para evitar que la acusara de querer quedarse con lo que, supuestamente, también le pertenecía.

Si bien la derrota de Rosas significó la liberación de María Eugenia Castro, allí no iban a finalizar sus padecimientos. Sumida en la más extrema pobreza, jamás recibió ninguna ayuda del padre de sus hijos, pese a las innumerables cartas que le hiciera llegar pidiéndole auxilio. La única respuesta era el más cerrado de los silencios, cuando no una esquila plagada de insultos y reproches por no haberlo acompañado

en el exilio, como si él hubiese sido la víctima. Abandonada y otra vez en un virtual estado de orfandad junto a sus hijos, era igualmente rechazada por los antiguos amigos de Rosas, quienes la trataban como a una sirvienta despechada, como también por sus enemigos, quienes veían en ella una cómplice del tirano derrocado. Como si todo esto fuera poco suplicio, la única propiedad que había heredado, una pequeña casa y un par de terrenos en Concepción, entró en un complicado juicio sucesorio. Existe una carta que constituye un crudo testimonio, no sólo de la dramática situación de María Eugenia, sino del perverso carácter de la relación, fruto de la cual nacieron siete hijos. Desde el mismo encabezamiento, la carta resulta estremecedora al ver la forma en que ella se refiere al padre de sus hijos:

Mi querido Padre y Señor. (Con) cuánto gusto tomo la pluma para saludarlo y saber de su importante salud y al mismo tiempo contestar su carta fecha 5 de junio de 1855, que no ha sido por falta de voluntad sino que (he) estado no sé si media falta con el pleito que todavía estoy pleiteando y sin poderse acabar. Señor, verme que me echaban de la casa y que tendría que salir a rodar con mis hijos y yo le confieso la verdad que no acostumbrada a lidiar con esta gente de cabildo que es la gente más ladrona y más picara que hay debajo de las estrellas [...] es el motivo de haberme olvidado de usted. Aunque yo jamás me (he) olvidado ni me olvidaré de usted.

Todos los meses le estaba por escribir. Cuando me acordaba ya se había ido el paquete y lo dejaba para el otro y así se ha ido pasando de día en día que me ha dicho la señora doña Ignacia que estaba bastante quejoso conmigo. No tiene motivos pues usted no sabe las circunstancias ni los motivos ni cómo lo ha pasado uno después de su ausencia; es verdad que como yo no iba a casa de nadie, ni he incomodado a nadie, yo me he desenvuelto como he podido sin que digan nadie de las familias de usted que los (he) incomodado en nada, porque cuando he ido a casa de alguno de ellos, no por pedirles sino por saber de usted y tener el gusto de saber por qué no le había escrito, me mostraban mal modo; hasta ahora no he vuelto a casa de ninguno, excepto la casa de la señora de Ezcurra, que a ésa he incomodado y siempre soy bien recibida que ella puede informarle de mi conducta, si me había olvidado de usted, pues prueba tiene que en todas las cartas le he mandado decir que mande buscar, si no lo quisiera no lo hubiera hecho, verá si en algo he faltado le suplico encarecidamente por la señora doña Encarnación [...] De doña Juanita Sosa no sé nada de ella, pues ella jamás me ha visto. [...]

Reciba mil recuerdos de las muchachas que no se olvide de ellas y de mi parte le deseo mil felicidades y que no se olvide de esta pobre desgraciada [...]. Sin más molestia soy de usted como siempre su humilde criada.

Eugenia Castro.

Resulta patético y triste comprobar, no solamente el estado de abandono, pobreza y desesperación, sino el modo sumiso propio de quien siempre se ha sentido una hija reducida a servidumbre. El tono humillado y la prosa elemental de quien apenas sabe expresarse, la ortografía y la gramática revelan que, en efecto, María Eugenia no había recibido educación. La niña sufrida, la muchacha condenada al encierro y los ultrajes, se había convertido en una mujer libre pero jamás se repuso de tantos golpes que la vida le deparó. Sus últimos años los pasó en compañía de otro hombre tan pobre como ella pero que, al menos, la respetaba como a una esposa. De este matrimonio María Eugenia tuvo otros dos hijos.

Los chicos, por su parte, tuvieron vidas sumamente difíciles, cuando no trágicas: Ermilio murió combatiendo en la guerra del Paraguay, María Eugenia se dedicó a cuidar enfermos, Ángela y Nicanora, sumidas en la miseria, llevaban una vida de

indigencia. El resto de las muchachas eran lavanderas y los varones, peones rurales en los buenos tiempos; en los malos, se ganaban la vida como podían. Rosas, por su parte, jamás admitió haber tenido más hijos que los legítimos, negando de esta manera todo derecho a la herencia a los niños que mantuvo ocultos en su propia casa de Palermo. En 1866, los hermanos nacidos en la clandestinidad iniciaron una causa en los Tribunales para que les fuesen reconocidos sus derechos, pero no obtuvieron resultado alguno.

Así, después de una vida de humillaciones junto a quien fuera el hombre más rico y poderoso del país, María Eugenia Castro murió en la más extrema pobreza en el año 1876.

La encarnación del sexo y el poder

Tal vez el matrimonio de Encarnación Ezcurra y Juan Manuel de Rosas sea el primer caso en la historia argentina en el que el poder es compartido por ambos cónyuges como si se tratara de una pareja imperial. Todas las decisiones de gobierno, desde las más simples hasta las que provocaron las convulsiones más violentas, se gestaron dentro del ámbito del matrimonio y eran motivo de largas conversaciones nocturnas al calor del plácido lecho marital. Sin dudas, el matrimonio Rosas-Ezcurra se convirtió en un arquetipo que, con diferencias y semejanzas, habría de repetirse a lo largo de la Historia de nuestro país: el modelo del «matrimonio gobernante». Se trataba, ciertamente, de un matrimonio muy particular que, desde su misma constitución, estuvo signado por la simulación y la manipulación destinadas a conseguir voluntades y consenso.

La relación entre ambos se remonta al año 1813; él tenía diecinueve años y ella diecisiete. En una decisión absolutamente infrecuente para la época, Juan Manuel y Encarnación resolvieron casarse. No era corriente que un hombre se casara tan joven; si revisamos la edad en que los varones contraían matrimonio, veremos que, al menos en aquella franja social, el promedio era de unos treinta años. A tal punto resultaba no sólo extraño, sino poco deseable que los hijos ingresaran en el matrimonio a esa edad, que la madre de Rosas, no bien se enteró de semejante decisión, puso el grito en el cielo. Por otra parte, Agustina López Osornio, madre de quien habría de convertirse en el Restaurador, había notado la forma en que la muchacha influía sobre su hijo y, ciertamente, no le gustaba su carácter fuerte y decidido. De manera que, haciendo valer su potestad, los padres de Juan Manuel clausuraron toda conversación al respecto y, lisa y llanamente, le prohibieron que se casara.

Pero Encarnación no estaba dispuesta a renunciar a su propósito; mostrando ya una astuta precocidad para la política, decidió trazar un plan que parecía salido de la pluma de Maquiavelo. El primer paso consistía en convencer de la estratagema a su propio novio. En un principio, al escuchar el plan de labios de Encarnación, Rosas le hizo saber su más rotunda negativa: era demasiado audaz. Pero ella, dueña de un poder de convicción envidiable, le mostró que no quedaba otra alternativa. Finalmente, el novio bajó la cabeza y, en señal de resignación, dio su vacilante aprobación.

Habían pasado algunos días desde la discusión que Agustina López había mantenido con su hijo; todavía reinaba un ambiente denso y hostil en la casa, cuando la madre de Juan Manuel descubrió que desde la persiana del *secretaire* de su hijo

asomaba el extremo de un papel de carta que había sido escondido de apuro. La mujer no pudo sustraerse a la tentación y, asegurándose de que nadie la viera, deslizó el papel, lo desplegó y, cuando leyó la carta, apenas si pudo mantenerse en pie. Tal como sospechaba, aquella muchacha, la novia de su hijo, era una arpía que estaba dispuesta a todo con tal de casarse: estaba embarazada. Su hijo había caído en la trampa que le tendiera Encarnación y, sin medir consecuencias, había accedido a la tentación con la misma ingenuidad de Adán ante la malicia de Eva. Pero la carta iba aún más allá: no sólo le informaba al joven Rosas de su embarazo, sino que amenazaba con armar un escándalo público si se atrevía a abandonarla en ese estado. Acorralados entre la pared de la deshonor y la espada del oprobio público, los padres de Juan Manuel, después de darle vueltas y más vueltas al asunto, decidieron reunirse con los padres de la muchacha. De ese encuentro, hostil al principio, luego sensato y finalmente amigable, surgió la fumata blanca: lo mejor, según ambas familias, era que los chicos se casaran cuanto antes y el embarazo quedara oculto por los preparativos de los festejos.

Y así fue. El 16 de marzo de 1813, Juan Manuel de Rosas y Encarnación Ezcurra por fin se casaron. Sin embargo, cuando ya los padres de los flamantes esposos se habían entusiasmado con la idea del nieto, la pareja anunció que ella había perdido el embarazo. Mucho tiempo habría de pasar hasta que doña Agustina descubriera que ella y no su hijo había sido la víctima de las astucias de Encarnación, ya que jamás había estado embarazada y esa carta, puesta deliberadamente frente a sus ojos, la había escrito en complicidad con Juan Manuel, con el único propósito de inventar un motivo para obtener su bendición y así poder casarse. El plan había funcionado a la perfección.

Esa misma astucia para afrontar los asuntos domésticos habría de hacerse extensiva a la forma de hacer política de la pareja y abrirse paso hasta convertirlos, ya en la cumbre del poder, en el Restaurador de la Leyes y la Heroína de la Santa Federación.

3.

Mujeres por delante, mazorcas por detrás

No puede comprenderse la figura de Juan Manuel de Rosas sin la de su mujer, Encarnación Ezcurra. Como si ambos hubieran sido partes constitutivas de una unidad, el Restaurador y su esposa se complementaban de tal forma que, desde la «invención» de su casamiento, pasando por la economía familiar, la administración de sus campos y hacienda hasta la acción política y militar, nada escapaba a la decisión directa del matrimonio. Una caracterización de Carlos Ibarguren los retrata con precisión:

Doña Encarnación era el otro yo de Juan Manuel, con quien no tenía, a pesar de su fervoroso compañerismo, esa intimidad ilimitada de las almas que se aman. Ella fue el cancerbero que vigila, lucha y se enfurece para arrancar y defender la presa necesaria a la acción de su marido. Tenía las cualidades que faltaban a su compañero: era ardorosa, entusiasta, franca, iba derecho al objetivo que perseguía, y sabía dar la cara en cualquier empresa que acometía, a diferencia de Rosas.

En efecto, Encarnación fue una suerte de *alter ego* de Juan Manuel hasta el punto de que resulta muy difícil distinguir quién era el corazón y quién el cerebro, quién la voluntad y quién la pasión, quién la ambición ilimitada y quién la medida. Probablemente la división no era tan tajante como se piensa y ambos mantenían un equilibrio infundiéndose ánimos o llamándose a la calma, según aconsejaran las circunstancias en uno u otro momento.

Examinemos cómo funcionaba el más antiguo «matrimonio gobernante» de la Argentina a la luz de los acontecimientos políticos de su tiempo. Cuando Juan Manuel de Rosas partió hacia la campaña del desierto, dejó en Buenos Aires a Encarnación a cargo de todos sus asuntos; ella era sus oídos, sus ojos y su voz; permanecía al frente de todo cuanto había dejado su marido, participaba de las reuniones, planificaba las acciones con los ministros y secretarios y se ocupaba de hacer llegar toda la información hasta el campamento del Río Colorado, donde estaba Rosas. Así, mientras él estaba en el frente militar, su esposa permanecía en el frente político protegiendo las espaldas de su marido de los federales «cismáticos», quienes querían aprovechar la ausencia del caudillo para conspirar en su contra. Sin embargo, todos estos intentos chocaron una y otra vez contra las acciones de Encarnación Ezcurra.

El papel de la esposa del Restaurador en aquel momento fue, acaso, más decisivo que el de su otro gran aliado, Facundo Quiroga. En realidad, la estrategia de Rosas consistía en una suerte de operativo de «tenazas» en el cual ambos, su esposa y su

aliado, tenían tareas bien específicas: Encarnación estaba a cargo del manejo de las alianzas políticas en la ciudad, mientras Facundo se ocupaba de establecer el tejido político en las provincias. Pero, por otra parte, la esposa del Restaurador debía atender una de las cuestiones más delicadas, tan susceptibles de llamar a la traición y a la discordia: el manejo y administración de los fondos. Nadie como ella cuidaba con tanto celo las cuentas públicas y privadas de su marido e, incluso, las de sus aliados.

Con frecuencia se ha dicho que Encarnación era la primera y más leal abanderada de la causa de Rosas. Sin embargo, considerando la situación desde el entorno familiar, es posible afirmar que, así como fue ella quien forzó las circunstancias para poder casarse con Juan Manuel, tal vez muchas de las principales proclamas federales hayan salido de su inspiración. Dueña de una locuacidad y una facilidad de palabra que envidiaba más de un hombre, sabía cómo arengar a sus acólitos y despertar el fervor militante. Por otra parte, solía dejarse llevar por el más elemental instinto y no tenía pruritos a la hora de mandar a callar a sus interlocutores si, acaso, se atrevían a expresar una opinión distinta de la suya. No por nada se ganó el mote de «La heroína de la Federación».

Pero Encarnación Ezcurra tenía un mérito aún mayor: así como sabía imponerse a los hombres «doctos», también sabía cómo ganarse las simpatías de los «paisanos de a pie», de los hombres y mujeres comunes, los «de abajo». Ella no ignoraba que el entramado de relaciones políticas con los hombres encumbrados no podía sostenerse sin una amplia base compuesta por soldados rasos, suboficiales y gente del pueblo. Sin dudas, la pareja Rosas-Ezcurra tenía una gran influencia dimanada desde ese carisma hecho de una fortísima carga «erótica» que supone un matrimonio poderoso. Si él, por su lado, solía arrancar suspiros a las muchachas con su estampa esbelta y ella, por su parte, podía despertar las más secretas fantasías entre la enorme cantidad de hombres que tenía bajo su cargo, el magnetismo de ambos juntos era arrasador. Y, sin dudas, supieron sacar provecho de esta imagen pública.

De hecho, puede afirmarse que la chispa que encendió la Revolución en octubre de 1833 surgió de la palabra encendida de Encarnación Ezcurra en las vísperas del juicio que habrían de iniciarle a su marido:

¡Esta pobre ciudad no es ya sino un laberinto, las reputaciones son el juguete de estos facinerosos, [...] mas a mí nada me intimida, yo me sabré hacer superior a la perfidia de estos malvados, y ellos pagarán bien caros sus crímenes! Todo, todo se lo lleva el diablo, ya no hay paciencia para sufrir a estos malvados...

Tal vez esta carta haya sido el detonante del levantamiento contra el tribunal que iba a juzgar al director del pasquín *El Restaurador de las Leyes*, órgano de prensa de los «apostólicos». El movimiento iniciado con una campaña de afiches a favor de Rosas, concluyó con la toma del juzgado y fue dirigido personalmente por Encarnación.

Cuando finalmente se desató la lucha armada, la mujer de Rosas se convirtió en el

factor de unidad entre actores tan diversos, cuyos intereses eran objetivamente encontrados: así, bajo su influencia populista, consiguió que se aliara la alta burguesía de Buenos Aires con los gauchos de las campañas y los terratenientes. Por paradójico que pudiera parecer, el defensor del orden y Restaurador de las Leyes se alzó contra el orden y la Ley y se puso al frente de la desobediencia.

Tal vez la organización más emblemática de la época de Rosas haya sido la Sociedad Popular Restauradora, tristemente célebre por su nombre más recordado: la Mazorca. Si, como dijimos antes, Rosas y Encarnación habrían de convertirse en un arquetipo matrimonial de gobierno, la Mazorca acaso haya sido el primer modelo de organización paraestatal formada con el propósito de poner en caja a los oponentes mediante el terror. Este brazo armado de la alianza política que impulsaba a Rosas fue creado en 1833 y su mentora fue, justamente, Encarnación Ezcurra. Ella dispuso que el jefe de la organización fuese Julián González Salomón y fue ella, también, el nexo con las familias que la propiciaban y financiaban: todos apellidos célebres que poco tenían que ver con los intereses de los «paisanos de a pie».

Allí estaba lo más granado de las «familias federales apostólicas»: los Anchorena, los Pinedo, los Terrero, los Arana, los Mansilla y los Rolón, entre tantos otros nombres del más rancio abolengo. Ésa era la cúspide de la Sociedad Popular Restauradora. La base, en cambio, la que conformaban los escuadrones armados, estaba compuesta por policías de bajo rango, exsuboficiales, serenos y, lisa y llanamente, delincuentes de diversa laya tales como ladrones, bandidos y cuchilleros.

Varias son las hipótesis acerca del origen del nombre de la organización, cuya mentora fuera Encarnación Ezcurra. Algunos afirman que se debe al hecho de que sus miembros estaban tan unidos como los granos de una mazorca; otros sostienen una versión menos poética, según la cual fue bautizada a raíz de una práctica horrorosa que los escuadrones federales llevaban a cabo contra los unitarios que caían en sus manos, consistente en introducir una mazorca por la parte de atrás de sus víctimas. Y una última explicación señala que el término provendría, sencillamente, de la invocación de las huestes federales exigiendo «más horca» para los unitarios y los «lomos negros». Y, ciertamente, uno de los métodos de asesinato más frecuentes de la Mazorca era el degüello. Con ese método fueron asesinados Francisco Lynch, José María de Riglos, Isidoro de Oliden, Carlos Masón, Manuel Vicente Maza y Juan José Viamonte, entre tantos otros.

Al término de la Batalla de Caseros, con la caída del régimen, la Sociedad Popular Restauradora, la terrorífica organización que sobrevivió incluso a su creadora, Encarnación Ezcurra, fue disuelta y muchos de sus integrantes terminaron sometidos a juicio y algunos de ellos fueron ejecutados en 1853.

La diplomacia de los corazones rotos

Hemos visto hasta aquí, de qué manera la propia casa de Rosas reproducía, en escala, un régimen sustentado en prácticas inconfesables, abusos de poder y hasta la existencia de hombres, mujeres y niños cautivos. Tal vez el caso de María Eugenia Castro y sus hijos nacidos del abuso de su propio albacea, constituya una metáfora de lo que fue el gobierno de Rosas. Por otra parte, el modelo de poder que construyeron Juan Manuel de Rosas y su esposa Encarnación Ezcurra demuestra hasta qué punto la vida íntima de una familia explica muchos aspectos de la vida pública de una nación. Pero hay todavía un tercer ejemplo que ilustra cómo los Rosas hacían política con recursos que parecerían inexplicables si se desconociera cómo era la familia en la intimidad.

El papel que desempeñó Manuelita, hija legítima del matrimonio Rosas, acaso haya sido tan importante como el de sus padres y pone de manifiesto, además, una forma de ejercer el poder más cercana a las formas imperiales que a las republicanas. Podría afirmarse que así como Rosas se ocupaba del frente político-militar y la construcción de alianzas con las provincias mientras Encarnación tenía a su cargo los asuntos de la ciudad, Manuelita fue la encargada de la diplomacia y las relaciones exteriores, particularmente con Inglaterra. También en este punto encontramos un arquetipo del modo de establecer alianzas con las potencias, un modelo que habría de repetirse con mucha frecuencia a lo largo de toda la historia argentina y que algún canciller, con brutal sinceridad, llamó política de «relaciones carnales».

En efecto, aproximadamente hacia 1845 Manuelita comenzó a intervenir cada vez más activamente en los asuntos públicos, desempeñándose en la esfera diplomática. Tal como señalara María Sáenz Quesada en *Las mujeres del Restaurador*, la actuación de la hija de Rosas exhibía «una rara aptitud para mezclar el erotismo con la política». Tal vez la mayor habilidad de Manuelita era la de borrar las fronteras entre los actos públicos y los privados, entre el protocolo y la íntima hospitalidad y, en última instancia, entre la política y la seducción. En ese terreno resbaladizo preparado pacientemente por Manuela, debían pisar los dignatarios que tenían que vérselas con Rosas. Y, desde luego, no les resultaba fácil hacer equilibrio. En primer lugar, el sitio de reunión no era el despacho público, sino la cálida intimidad de la casa de los Rosas. Allí los diplomáticos eran recibidos por la joven y bella hija del gobernador general quien, al margen del protocolo pero haciendo gala de una inusual hospitalidad y simpatía, mantenía un diálogo fluido que, hábilmente, conducía a la vida privada del invitado. Con todo cálculo y solapadamente, Manuelita evitaba toda

conversación política en el primer encuentro y trababa una «espontánea» amistad con el dignatario, invitándolo a las tertulias de la Quinta de Palermo, haciéndolo sentir así parte del grupo íntimo del gobernador. A partir de ese momento y de acuerdo con el interés político que presentara el huésped, se iniciaba una serie de actividades surgidas del más «sincero» afecto: primero se establecía una relación epistolar, luego una esperada invitación a un paseo campestre, más tarde una fiesta familiar y, por último, un encuentro más o menos privado. Como se verá, el procedimiento era muy semejante al que utilizaban las mujeres para propiciar el galanteo de un pretendiente.

Así, bajo esta táctica, fue como se inició la relación entre Manuelita y John Henry Mandeville, a la sazón ministro plenipotenciario de la corona británica ante la Argentina. De acuerdo con la caracterización que hiciera un historiador inglés de la época, la primera impresión que se formó el diplomático británico de nuestro país no fue precisamente halagadora:

Viajó a Buenos Aires creyendo que iba a entrar en una república, pero pronto descubrió que estaba acreditado ante el déspota más grande del Nuevo Mundo... y quizá también del Viejo.

Sin embargo, tiempo después, el dignatario habría de cambiar diametralmente su opinión, hasta el punto de convertirse en uno de los más firmes admiradores del Restaurador. ¿Qué fue lo que lo hizo cambiar tan radicalmente de idea? El mismo historiador John Lynch nos da la respuesta:

Tenía sorbido el seso por la bella y bondadosa hija del tirano.

De hecho, ella fue el nexo que posibilitó la sólida amistad que llegarían a establecer su padre y el diplomático británico. Existen, a propósito, numerosas cartas que acreditan el arrobamiento que ejerció Manuelita en Mandeville quien, ya de regreso en Londres y lejos de la actividad pública, escribió a la hija del gobernador:

Tanto es mi afecto hacia usted desde que nos vimos la primera vez [...] que sólo puede cesar con mi existencia. A mi edad puedo expresarme así con usted sin temor de ofenderla.

Cuando finalmente las relaciones entre Inglaterra y la Argentina se rompieron en 1845, la intervención de Manuelita también resultó decisiva; según puede deducirse a partir de las cartas que intercambió con el comodoro británico Herbert, a cargo de la flota inglesa que bloqueaba el Río de la Plata, las hostilidades podrían haber sido mayores de no haber mediado una previa relación personal entre ambos. En las misivas, el marino se muestra mortificado por «las diferencias que se han suscitado entre los dos gobiernos», a la vez que recuerda «los días felices que me ha hecho pasar usted en Buenos Aires».

Pero la fama de las artes protocolares de Manuelita iban a extenderse, incluso, al nuevo representante británico ante la Argentina, Lord Howden, en un acto que podría calificarse de «promiscuidad diplomática». La carta de presentación del flamante

negociador estuvo a cargo del viejo enamorado de la hija de Rosas, John Mandeville y era ella, justamente, la destinataria de aquellas curiosas líneas en las que, sin ambages, le pide que trate al nuevo diplomático con la misma «graciosa benevolencia con la que usted siempre me honró». Por las dudas, además de la descripción espiritual de Lord Howden, «un caballero de noble estirpe y de altas calidades», también le hace llegar una semblanza más carnal: «tiene un exterior interesante y maneras muy agradables». Y, según parece, Manuelita supo apreciar aquellas interesantes cualidades; tanto que, acaso para martirizar un poco más el corazón roto de Mandeville, le hizo saber que el nuevo delegado la colmaba de atenciones, regalos y, tiempo después, algunas otras cosas, ya que el romance entre la hija de Rosas y Lord Howden llegaría a ser de conocimiento público. Sin embargo, esta relación fracasó ante la cerrada perfidia que mostraba Manuelita, haciendo primar las cuestiones políticas a las sentimentales y dejando el corazón del inglés más destrozado aún que el de Mandeville. En este punto los acontecimientos políticos estaban tan supeditados a los de la carne, que la flota británica que bloqueaba el Río de la Plata había quedado a la deriva igual que el alma mortificada del dignatario inglés. Así las cosas, Juan Manuel de Rosas, utilizando para tal fin las habilidades «diplomáticas» de su hija, consiguió que finalmente se levantara el bloqueo y quedara liberada la navegación por el estuario del Plata y el río Paraná.

Pero allí no habrían de concluir los oficios de Manuelita como virtual canciller en su «diplomacia de los corazones rotos». Cuando años después lord Howden fue reemplazado por Henry Southern, las relaciones entre ambos países estaban nuevamente tensas. El nuevo dignatario llegó al país mostrando una actitud fría e intransigente. Hombre pragmático, no mostró ninguna reacción cuando Rosas, deliberadamente y para medir fuerzas, suspendió la recepción oficial que estaba prevista en su honor. A diferencia de sus antecesores, Southern era dueño de un férreo control de la razón por sobre el corazón, y no estaba dispuesto a hacer nada que pudiera ir en contra de los intereses de la Corona. Al menos eso fue así hasta que conoció a Manuela. Henry Southern, el frío y calculador emisario británico que se había mostrado inflexible en sus anteriores misiones diplomáticas alrededor del mundo, caía rendido a los pies de la irresistible hija de Rosas:

Su noble cortesía, su elegancia y sus encantadoras maneras me han hecho tan profunda impresión que temo olvidar el río, las góndolas, la música y ese coro de caballeros, ese festín compuesto de los manjares más exquisitos, hasta aun de las bellezas, y llenar mi carta de Manuelita solo y siempre Manuelita y de la distinción también y el honor con que ella se dignó favorecer al más apasionado de sus amigos y el más fiel de sus súbditos que besa sus pies.

Un retrato escrito por el viajero inglés William Mac Cann, tal vez ilustre bien el lugar de Manuelita en el gobierno de su padre y describa el propio carácter del régimen:

Doña Manuelita era para Rosas lo que la emperatriz Josefina para Napoleón.

Dada la naturaleza de este libro, no podemos omitir aquí uno de los puntos más oscuros en la biografía de Juan Manuel de Rosas. Existen numerosas versiones sobre la presunta relación incestuosa que Rosas habría mantenido con su hija Manuela. Así como ante la gran cantidad de evidencias tales como cartas, testimonios y expedientes judiciales, prueban sin lugar a dudas y en forma categórica la sórdida relación que mantuvieron Rosas y María Eugenia Castro, no existe una sola prueba que sostenga una relación semejante con su hija legítima. Si consignamos este punto es para ver de qué modo la calumnia siempre ha sido utilizada como una herramienta política. A decir de Jorge Luis Borges, la imagen de Rosas que ha quedado plasmada en la conciencia de los argentinos es la que construyó Mármol en su novela *Amalia*:

En el caso de Mármol, aunque él pueda ser fácilmente censurado página por página y, más aún, línea por línea, es, sin embargo, el que ha fijado la imagen que todos tenemos de la época de Rosas.

Y, desde luego, sabemos que Mármol no era imparcial; acaso haya sido uno de los más fervientes opositores a Juan Manuel de Rosas. Si bien el escritor no lo sostiene abiertamente, en sus páginas se apuntalan los rumores sobre el incesto al presentar a Manuela como víctima de su propio padre. A propósito, resulta elocuente un párrafo del ensayo *Manuela Rosas y lo adverso según Mármol*, de Marta Spagnuolo, en el que se advierte claramente el recurso de la infamia como arma política:

La esperanza de crear desavenencias en el binomio indestructible que formaban el dictador y su hija tiene mucho de puerilidad y, también, de desesperación. [...] Pero la medida no está desprovista de ingenio. Si ése es el fin que persiguen, nada menos indicado que insistir en los rumores de incesto, que sólo servirían para estrechar aún más el vínculo paterno-filial en la indignación compartida por la torpe calumnia. Y el cambio de enfoque no impide seguir sirviéndose, contra Rosas, del típico recurso infamatorio de la literatura de combate: desviar la dirección del ataque, de la acción política, a su vida privada.

Pero en realidad, quien con más virulencia sostiene la relación incestuosa entre Rosas y Manuela es José Rivera Indarte. En su opúsculo *Es acción santa matar a Rosas*, Rivera Indarte presenta al Restaurador y su hija como verdaderos monstruos que no merecen siquiera vivir:

Su hija ha presentado en un plato a sus convidados, como manjar delicioso, las orejas saladas de un prisionero [...] Rosas ha acusado calumniosamente a su respetable madre de adulterio [...] ha ido hasta el lecho en que yacía moribundo su padre a insultarlo. Rosas es culpable del torpe y escandaloso incesto con su hija Manuelita a quien ha corrompido.

Ningún historiador que se precie de tal puede dar crédito a tan elemental infamia, sustentada solamente en el mero odio político. De la misma manera, ningún investigador imparcial podría negar la horrorosa relación de Rosas con María Eugenia Castro.

El pelotón de fusilamiento tenía frente a sí a una niña asustada, cuyo vientre abultado evidenciaba un embarazo muy próximo al término. Los dedos temblorosos de los soldados no se atrevían a tocar siquiera el gatillo; muchos suplicaban, en silencio, que llegara un pedido de clemencia de último momento. Los tambores redoblaban cada vez con más fuerza, queriendo imponerse a los gritos del joven cura quien, atado de pies y manos contra el paredón, gritaba:

A mí pueden asesinarme sin juicio, pero a ella..., en ese estado. ¡Miserables!

Entonces, acaso para acallar la voz de su conciencia, que resonaba en su cabeza más fuerte que la de los reos, el capitán Gordillo dio la orden de fuego.

Entre la voz del capitán y los primeros estruendos se hizo un silencio extenso, unánime, como si de pronto el tiempo se hubiese detenido. Los soldados vacilaron, algunos cerraron los ojos y otros los elevaron al cielo como pidiendo perdón por lo que iban a hacer. Tal vez el primer disparo fue el que rompió aquella barrera invisible que se interponía entre el índice y el gatillo de cada fusil. Entonces sí, sobrevino la primera ráfaga. Cuando se disipó la nube espesa hecha de pólvora, tierra y vergüenza, quienes se atrevieron a abrir los ojos vieron al joven clérigo caído hacia un costado, rígido, convertido en una estatua derribada de sí mismo, negándose a flexionar las rodillas frente a sus asesinos aun después de muerto.

Ella, impulsada por el instinto de las hembras cerca del parto, se había hecho un ovillo maternal que, aun con las manos atadas, intentaba proteger al niño que llevaba en el vientre. Para espanto de todos los presentes que la creían muerta, la mujer de pronto prorrumpió en un lamento ahogado:

Padre, no me abandone ahora —dijo mirando al cura Castellanos, el presbítero que estaba del lado de los verdugos y quien, con su presencia, había dado ánimos al pelotón tembloroso.

La imagen de la muchacha embarazada, herida y suplicante era más de lo que muchos presentes podían soportar: el propio padre Castellanos, como si Dios le hubiese soltado la mano, se desvaneció y cayó tumultuosa y teatralmente, con menos dignidad que la que había mostrado el joven cura que yacía junto a la moribunda encinta. Otro soldado, un tal Ludueña, también cayó como un fardo, víctima del peso de su remordimiento. El resto del pelotón ya había bajado sus fusiles ante los gestos desesperados del capitán Gordillo, que no dejaba de gritar:

¡Fuego, fuego!

La muchacha, doblada sobre su vientre, había caído al piso y se conmovía en estertores sobre un barro hecho con su propia sangre, que brotaba a borbotones, mezclada con la tierra negra de Santos Lugares. Como si se aferrara a la vida para salvar, ya no la suya sino la de su hijo, aquella niña alta y huesuda intentaba incorporarse, pero caía una y otra vez resbalando en aquel lodo rojizo. En ese momento un soldado que hasta entonces se había negado a disparar, se separó de la formación, caminó resuelto hacia la muchacha, apoyó el caño contra la sien y, para acabar con el suplicio, le dio el disparo de gracia. Con espanto, el soldado pudo ver que el vientre de la niña palpitó durante un tiempo en medio de la quietud de los cuerpos inertes.

El nombre de la muchacha, que apenas había cumplido los veinte años, era Camila O’Gorman; el del joven cura, de veinticuatro, era Ladislao Gutiérrez; el del niño asesinado sin que pesara sobre él ningún cargo, jamás lo sabremos.

¿De qué horrendo crimen era culpable esta pareja junto al hijo que esperaban? ¿Qué habían hecho para merecer tan horroroso castigo? Remontémonos al principio de esta historia.

Camila O’Gorman era la quinta de los seis hijos que tuvo el aristocrático matrimonio formado por Adolfo O’Gorman y Joaquina Ximenez Pintos. En el primer volumen de este estudio hemos hablado en extenso de Ana Perichon. La Perichona, tal como se la conoció en su época, era una francesa aventurera, esposa del irlandés Thomas O’Gorman. La abuela paterna de Camila fue protagonista de una historia digna de una novela de espionaje. A espaldas de su marido, Ana Perichon fue amante del virrey Liniers o, al menos, eso era lo que él creía, ya que, en realidad, su misión consistía en sacarle información al calor de las cobijas, para luego entregarla al servicio británico. También fue agente de los franceses, los portugueses y los patriotas criollos. Bajo la sombra de su relación con Liniers, Ana Perichon apañó a contrabandistas, estafadores y, finalmente, marchó a cumplir misiones de espionaje en el Brasil.

La romántica figura de su abuela Ana Perichon habría de ser decisiva para la adolescente Camila, quien, ávida de experiencias nuevas, mostraba un espíritu rebelde e inquieto. Dueña de un carácter fuerte y agudo, con frecuencia solía chocar con su madre y sus hermanas cada vez que se atrevían a poner en entredicho la moral de la abuela paterna.

A sus dieciocho años, Camila tenía una particular visión del mundo, de la familia, del derecho de las mujeres a decidir sobre su destino y disponer de su cuerpo. Su padre, Adolfo O’Gorman, veía con preocupación cuán difícil se le haría ejercer la potestad sobre su hija: Camila no se mostraba dispuesta a que nadie resolviera por ella asuntos tales como el matrimonio, con quién compartir su lecho y a quién entregar su amor.

A sus diecinueve años, Camila se destacaba por una estatura infrecuente: era sumamente alta, lo cual, según sus padres, habría de ser un obstáculo a la hora de encontrar un pretendiente, ya que pocos hombres estaban dispuestos a casarse con una mujer superior no sólo en altura, sino en inteligencia y amplitud de criterio. Y, ciertamente, no eran muchos los que alcanzaban su estatura en cualquiera de estos sentidos. De acuerdo con los retratos y las descripciones de su época, todos coincidían en cuanto a su belleza, la palidez de su rostro, su generosa cabellera castaña y su armoniosa delgadez.

Se sabe, además, que tenía una voz encantadora, y que cantaba acompañándose con el piano con mucha gracia.

El escenario de los primeros capítulos de la tragedia que habría de tener lugar, era la porteña Iglesia del Socorro, lindera con la elegante finca de los O’Gorman. En el año 1846 llegó desde Tucumán el joven sacerdote Ladislao para incorporarse al Curato del Socorro. Allí trabó amistad con Eduardo O’Gorman, hermano de Camila, quien concurría al seminario. Así, mediante esta amistad, llegó el religioso tucumano a casa de los O’Gorman. De acuerdo con una descripción de su época, Ladislao Gutiérrez era un «un joven de pelo negro y ensortijado, cutis moreno y mirada viva, modales delicados y un conjunto simpático»; se consignaba, además, que era «juicioso y lleno de aptitudes». Lo cierto es que no bien se conocieron en casa de los O’Gorman, Camila y Ladislao mal pudieron disimular el mutuo embeleso: sus miradas que se cruzaban, ya huidizas, ya desafiantes y el rubor en las mejillas de la muchacha denunciaban la silenciosa corriente sensual que se había establecido entre ellos. Aunque apenas cruzaron unas pocas y tímidas palabras, aquel encuentro habría de resultar tan inquietante y perturbador para ambos que, en vista de las circunstancias, los jóvenes se llamaron a recato y durante algún tiempo evitaron verse. Ladislao se prometió no volver a casa de su amigo, para eludir la tentación que encendía en su devoto espíritu la hermana mayor del seminarista.

Sin embargo, poco tiempo después Ladislao Gutiérrez fue designado párroco de la iglesia del Socorro. Esta nueva situación habría de llevarlos a romper aquella tácita promesa: ahora, cada vez que Camila asistía a misa, se veían obligados a estar, otra vez, frente a frente. Por mucho que el joven párroco quisiera sustraerse a la presencia de la muchacha, no había forma de evitar que sus ojos se detuvieran en su mirada encendida, en aquellos labios gruesos y la figura esbelta y curvilínea de Camila. Ella, por su parte, cerraba los ojos e intentaba imaginar que quien oficiaba la misa era el párroco anterior: el típico cura obeso, calvo y viejo; pero la sola voz del nuevo clérigo hacía que se le erizara la piel y su corazón todavía adolescente palpitara con fuerza. Se inició así un romance silencioso, signado por el cruce de miradas y los deseos contenidos. Los pensamientos prohibidos se hacían para ambos cada vez más frecuentes e irrefrenables hasta que, por fin, sucedió lo inevitable. Luego de unos pocos pero intensos encuentros furtivos en las agrestes arboledas cercanas a Retiro, se juraron amor eterno. Lo decidieron todo con una urgencia adolescente; escribieron su

historia de amor con las premisas que impone el género de la tragedia shakespeariana. Así resolvieron huir del amparo de la Iglesia, del imperio de la ley, del dictado de sus propias familias y, sobre todo, de la incompreensión. Pero lo que ambos ignoraban era que estaban desafiando algo aún más impiadoso que todo aquello junto: los dictados de Juan Manuel de Rosas, el Restaurador de la Leyes, impulsor de la Religión y la Santa Federación. A pocos días de la huida, la Mazorca y su maquinaria del terror ya se habían puesto a funcionar. Camila y Ladislao pasaron de ser fugitivos a convertirse en «reos», según podía leerse en los bandos que empezaban a empapelar las paredes de la ciudad y apilarse en los mostradores de los almacenes y las pulperías:

¡Viva la Confederación Argentina! ¡Mueran los salvajes unitarios!

Esta era la proclama que encabezaba los edictos donde se daban a conocer las señas particulares y filiación de los prófugos. Es decir, ya no solamente se trataba de un par de reos que se habían atrevido a desafiar la ley, sino que eran el símbolo y la encarnación del enemigo político.

El propósito de la pareja era alcanzar la frontera y cruzar al Brasil. En su largo periplo, pasaron por Lujan y Santa Fe y, a bordo de la goleta *Río de Oro* arribaron a Goya, donde permanecieron cuatro meses. Allí Camila y Ladislao cambiaron sus identidades y, bajo los nombres de Máximo Brandier y Valentina Desan, fundaron la primera escuela de la ciudad. A eso se dedicaba ese par de inmorales, disolutos, delincuentes y subversivos durante su huida: a fundar escuelas, impartir enseñanza y albergar a los niños más pobres. Si en lugar de consagrar su tiempo a tan criminal propósito se hubiesen ocupado de continuar viaje hacia el norte, tal vez hubieran llegado al Brasil y su destino habría sido otro.

Pero escuchemos las voces de los distintos personajes de la tragedia, desde las familias de los prófugos, los sectores que componían el arco político e institucional, el poder y la oposición. El padre de Camila y la Iglesia se habían trenzado en una escalada de acusaciones mutuas: el primero culpaba a la autoridad eclesiástica de proteger entre sus filas a hombres corrompidos y viciosos, mientras la Iglesia sostenía que la culpable del pecado era Camila ya que, igual que Eva, había hecho caer en la tentación al joven clérigo. Sin embargo, para que no quedaran dudas acerca de que la Iglesia no iba a ser cómplice de semejante delito, el obispo de Buenos Aires, Monseñor Mariano Medrano, intercedió ante Rosas para que arbitrara todos los medios a su alcance con el fin de capturar a «los miserables, desgraciados e infelices pecadores». Por su parte, la familia de Ladislao guardó el mayor de los silencios, empeñados en impedir que se hiciera público un hecho que aún no había trascendido: que el joven cura prófugo era sobrino del gobernador de Tucumán. Es decir, tanto la familia de ella como la de él, una por acción y otra por omisión, fueron cómplices del trágico desenlace.

Ahora bien, es pertinente en este punto preguntarse cuál era la posición de los opositores a Rosas, ya que en los volantes que pedían su captura se invocaba a la «Santa Federación» en contra de esos «salvajes unitarios». Podría pensarse que la pareja, al menos, contaba con el apoyo y la eventual protección de los enemigos de Rosas. Muy por el contrario, los unitarios habían encontrado un nuevo argumento para atacar al dictador:

Ha llegado a tal extremo la horrible corrupción de las costumbres bajo la tiranía espantosa del Calígula del Plata, que los impíos y sacrílegos sacerdotes de Buenos Aires huyen con las niñas de la mejor sociedad, sin que el infame sátrapa adopte medida alguna contra esas monstruosas inmoralidades.

¿Quién era el autor de tan elevadas y piadosas consideraciones? Domingo Faustino Sarmiento, ¡el mismo de las ya célebres orgías! Camila y Ladislao, a esa altura, eran protagonistas de una tragedia con ribetes bíblicos. Todo el mundo estaba dispuesto a lapidarlos y no había Cristo que dijera: «quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra».

Pero acaso quien ejemplificara más descarnadamente la posición que adoptaron los «bienpensantes», aquellos que más tarde o más temprano se opusieron a la bárbara tiranía de Rosas, fue Dalmacio Vélez Sarsfield, el ya mencionado autor de nuestro Código Civil. Hasta tal extremo llegó la hipocresía y la doble moral de unos y otros, que, con el único propósito de conseguir algún rédito político, estaban dispuestos a sacrificar a quien fuera. Vélez Sarsfield fue el principal impulsor del fusilamiento y el que prestó los argumentos legales para que aquella aberración jurídica fuese posible. Tal vez valga la pena recordar que se trataba del mismo Dalmacio Vélez Sarsfield cuya hija había cometido el adulterio que llevó a su marido a matar al amante oculto en el ropero, crimen del que ya hemos hablado extensamente. El creador del moderno Código Civil, para justificar el fusilamiento, desempolvó las viejas y retrógradas leyes de la monarquía española: las durísimas Siete Partidas y las Leyes de Indias. Pero lo más paradójico del caso es que, si se hubiese aplicado esa misma legislación para juzgar a Aurelia Vélez por su infidelidad, la propia hija de Vélez Sarsfield tendría que haber sido fusilada, ya que el adulterio se pagaba con pena de muerte. Recordemos, de paso, que Aurelia Vélez fue también amante del muy indignado Sarmiento. ¿Quién estaba libre de pecado?

Muy cerca estuvieron Camila y Ladislao de cruzar la frontera y escapar para siempre al Brasil. Pero igual que en la narración bíblica, también en esta tragedia hubo un Judas. A causa de su propia historia, tal vez ningún otro pueblo como el irlandés tenga un sentido de pertenencia y solidaridad tan arraigado. El vínculo de Camila con Irlanda era muy cercano; tanto como el del sacerdote Miguel Gannon, nacido en Belfast. Fue el religioso irlandés quien reconoció a los prófugos en Goya. El viejo clérigo, en una fiesta celebrada para recaudar fondos para la escuela que la pareja había fundado, se acercó al joven que se hacía llamar Máximo Brandier y con una mirada llena de malicia, le dijo:

Padre Gutiérrez; ¿no me recuerda?...

Por mucho que le imploraron cristiana clemencia, por más que Camila invocara su condición de hija de irlandeses, Miguel Gannon los delató y esa misma noche fueron encarcelados y engrillados.

Al enterarse de la captura, Rosas decidió personalmente el fusilamiento inmediato de los criminales, cuyo delito, por más argucias legales que se quisieran esgrimir, era jurídicamente injustificable. A tal punto llegaba la arbitrariedad, que fueron condenados por un decreto firmado de puño y letra por Juan Manuel de Rosas. El mismo Juan Manuel de Rosas que mantuvo cautiva y oculta a María Eugenia Castro y a los propios hijos que tuvo con ella. No había una sola ley que pudiera justificar la pena de muerte de Camila y la de su hijo; en cambio sí había una muy antigua y sumamente clara que impedía ejecutar a las mujeres embarazadas:

Si alguna mujer preñada debe morir, que non la deben matar fasta que sea parida. Si el hijo que es nacido non debe recibir pena por el yerro del padre, mucho menos lo merece el que está en el vientre por el yerro de su madre. Por ende, si alguien contra esto ficiese, justificando a sabiendas mujer preñada debe recibir tal pena como aquel tuerto que mata a otro.

Es decir, si se hubieran aplicado las Siete Partidas que se invocaron, quien debía ser condenado a muerte por fusilar a una mujer embarazada tendría que haber sido el propio Rosas y todos los verdugos que participaron de semejante aberración.

El asesinato de Camila O’Gorman, Ladislao Gutiérrez y el niño que estaba por nacer habría de convertirse en el símbolo más infame de una época. Pero también en un arquetipo de crimen llevado a cabo por el Estado contra hombres, mujeres, embarazadas y niños indefensos con la complicidad de la Iglesia y el silencio de la oposición «bienpensante»; triste modelo que habría de repetirse a lo largo de la historia argentina.

II. El amor en tiempos de guerra

1. Urquiza: Gobernar es poblar

A la luz de los hechos estudiados hasta aquí, resulta sumamente llamativo el modo en que nuestros antepasados, más o menos célebres, más o menos heroicos, conseguían mantener viva la llama del deseo en medio del fragor político, la guerra y las sucesivas crisis armadas. En la actualidad proliferan un sinnúmero de «investigaciones» y titulares periodísticos que anuncian una suerte de progresiva extinción del deseo sexual a causa de las múltiples ocupaciones y las fuertes tensiones que impone la sociedad moderna. Si la hipótesis de la disminución del deseo fuera cierta, entonces habría que explicar de otro modo las causas de semejante fenómeno. Qué son, finalmente, ocho horas de oficina en comparación con el cruce de los Andes, las gestas de liberación, los interminables desplazamientos en la infinita extensión de nuestra geografía a lomo de mula, el fragor de las guerras civiles, etcétera.

Tal vez el caso más paradigmático sea el de Justo José de Urquiza, cuya capacidad para dejar descendencia alcanzó las alturas del mito. No se sabe con exactitud cuántos de los ciento veinte hijos que se le atribuyen pertenecen a la leyenda y cuántos a su bíblica voluntad de multiplicar. Con certeza el gobernador de Entre Ríos tuvo once hijos con su primera y única esposa, Dolores Costa Brizuela, con quien se casó teniendo él cincuenta años. Sin embargo, su carrera en pos de poblar el extenso territorio argentino data de mucho tiempo antes de ceder al matrimonio —al cual se resistía con denuedo—, y es anterior aún al inicio de su carrera política; su primera hija reconocida, de la que sabemos muy poco, nació teniendo Urquiza apenas diecinueve años. Durante su extensa carrera política y militar tuvo doce hijos, todos ellos reconocidos, al tiempo que amasaba una fortuna como ganadero y escalaba posiciones hasta convertirse en gobernador de Entre Ríos. De manera que, entre los que tenía antes de casarse y los que tuvo luego con su esposa, los hijos reconocidos por Urquiza fueron veintitrés. Lo cual, por cierto, no es poco y existen motivos para suponer que tuvo varios más, aunque no tantos como ciento veinte.

«Gobernar es poblar»; la frase pertenece a Juan Bautista Alberdi, pero quien ya la había puesto en práctica era Urquiza. Resultaría un trabajo sumamente arduo establecer las ramificaciones del árbol familiar que sembrara el procer entrerriano.

Concepción, nacida en Concepción del Uruguay, cuya concepción, fruto de una relación furtiva que tuviera con Encarnación Díaz, fue la primera hija de Urquiza y con ella inauguró una larga lista de concepciones. El segundo hijo lo tuvo con su

segunda amante, Segunda Calvento y se llamó Pedro. Luego, de esta misma relación nacerían Diógenes, Waldino y José. Poco tiempo después Urquiza dejó a Segunda por su tercera mujer, que era madrina de su cuarto hijo, Waldino y pasó a ser la madre del sexto vástago de Don Justo. Fue una niña y se llamó Ana Dolores; el nombre de su madre era Cruz López Jordán. El séptimo hijo, Carmelo, lo tuvo con su cuarta novia, Juana, madre también de la octava, Juanita, aunque no de la novena, Cándida, que nació casi al mismo tiempo que Juana, pero del vientre de Tránsito Mercado y Pazos. De esta última relación nacería Clodomira, la décima. Pero la undécima, Norberta Urquiza, fue el fruto de su sexta amante, María Romero, y nació el noveno mes de 1846. Y en el mes siguiente, en octubre, vería la luz Medarda, hija del prócer con Cándida Cardozo. Como advertirá el lector, hemos podido reconstruir hasta aquí, no sin dificultades, la primera docena de retoños del árbol —acaso deberíamos decir bosque— genealógico de Justo José de Urquiza entre 1820 y 1846. Es decir, en veintiséis años tuvo doce hijos con siete mujeres, ninguna de las cuales llegó a ser su esposa.

Para muchos, la promiscua y desordenada vida del prócer entrerriano no era un buen ejemplo para la ciudadanía. De hecho, el propio Vicente López y Planes aconsejó a Urquiza contraer matrimonio aunque más no fuera para cuidar las apariencias. La respuesta de Urquiza fue terminante:

Tengo una aversión invencible al matrimonio. Los recuerdos dolorosos que me asaltan por haber sido cruelmente engañado durante mi juventud, hacen que me mantenga fiel a mi soltería.

Al vencer a Rosas, Urquiza se instala en la quinta de Palermo. Y, pese a que se mantenía soltero, tuvo una virtual Primera Dama: Dolores Costa, una bella jovencita de veintiún años. Pero al igual que el tirano derrocado, quien vivía con su esposa y María Eugenia Castro, también Urquiza convivía en armoniosa poligamia; no sólo cohabitaba con Dolores Costa, sino, además, con su antigua amante, Cruz López Jordán, y Anita, la hija que había tenido con ella. Con Dolores Costa tuvo su retoño número trece, a quien llamaron, tal vez para evitar confusiones, Dolores Urquiza Costa. Luego vendrían Justa, Justo, Cayetano, Flora, Juan José, Micaela y Teresa, todos hijos de Dolores. Entonces sí, luego de ser padre de veinte hijos, Justo José de Urquiza decidió que era hora de sentar cabeza y en 1865 se casó con la madre de sus últimos ocho hijos. Su nuevo estado civil, lejos de apaciguar sus bríos, lo animó a seguir en la senda de poblar el país y así vinieron Cipriano, Carmelo y Cándida. Hasta aquí, hemos podido reconstruir la descendencia de Urquiza y la procedencia de sus veintitrés hijos reconocidos. Si tuvo otros, tal vez él mismo lo haya ignorado.

La trágica muerte del gobernador de Entre Ríos es ampliamente conocida: fue asesinado en el Palacio San José el 11 de abril de 1870. Menos conocido es el hecho de que el autor intelectual del asesinato, Ricardo López Jordán, era hermano de Cruz, tercera amante de Urquiza, madre de Ana y madrina de Waldino.

La Gioconda de Mansilla

Uno de los casos más remotos que demuestran cómo la guerra no sólo no constituía un obstáculo a la hora del amor, sino más bien una fuente de deseos, es el de Lucio Norberto Mansilla. Profesor de matemáticas, entusiasta lector y hombre de una inquietud que se diría inspirada en el romanticismo, Mansilla sintió el perentorio llamado de la Revolución. Cambiando los libros por las armas y las ecuaciones por las estrategias militares, se puso al servicio de Artigas primero y luego de Rondeau y Alvear. Luchó con denuedo en la Banda Oriental, combatió con valentía en las batallas de Chacabuco y Maipú y tuvo una participación destacada en el glorioso Ejército de los Andes bajo las órdenes de San Martín. Dueño de una foja impecable y unos bríos infatigables, entre combate y combate conoció a Polonia Duarte, una muchacha de una belleza deslumbrante. Invicto y nada proclive a capitular, Mansilla, no bien la vio, cayó, sin embargo, rendido a sus pies, víctima del hechizo de su sonrisa. En efecto, más allá de sus ojos turquesa y los bucles rubios que le conferían un aire angelical, más allá de su figura cautivante, su cintura estrecha y el escote generoso, lo que más se destacaba era la amplia y graciosa sonrisa de Polonia. Fue un romance apasionado; los labios encarnados dejaban ver una franja de dientes perfectos, las comisuras de su boca silenciosa eran para Lucio Mansilla una muda declaración de amor y de guerra.

La primera vez que el militar le hizo saber a la muchacha sus más íntimos deseos, ella le devolvió esa sonrisa de Gioconda que fue como un silente asentimiento. Mansilla se abalanzó sobre ella y se perdió entre sus labios; luego sintió cómo ella lo besaba descendiendo lentamente con su boca, hasta llegar al centro de sus más altas efusiones, coincidente con el de sus más bajas pasiones. Según algunas infidencias que Mansilla habría hecho a algún camarada, Polonia hacía verdaderos milagros con su boca. Y así se entregaba el hombre, de cuerpo y alma, con la misma pasión con la que se había brindado a la Revolución.

Cada vez que debía marchar a la guerra, en el frente de combate Mansilla evocaba la sonrisa breve y leonardesca de Polonia para infundirse ánimos. Cuando regresaba de la batalla, agotado, encontraba nuevos bríos en la pasión que emanaba de los labios de su amada, encendiendo el ardor necesario para volver a la guerra. Así eran los ideales románticos de la época: el amor, el sexo y la Revolución confluían como en los épicos y tormentosos versos de Lord Byron o Percy Shelley. De hecho, se diría que el gesto de la muchacha tenía algo de la mirada soñadora de Mary Shelley y hasta el nombre de Polonia remitía a las más nobles de las luchas libertarias. En 1809, embelesado por esa boca, Lucio N. Mansilla propone matrimonio a la bella Polonia.

Ella contestó exhibiendo su sonrisa más plena y fue como un sonoro e indubitable «sí». Esa misma sonrisa con la que asentiría en el altar a la pregunta del cura el día de la boda. La ceremonia fue breve: el hombre debía volver a la lucha con urgencia.

Algunos meses más tarde, de regreso de la batalla, Mansilla notó una hermosa prominencia en el vientre de su mujer y, ante el interrogante de si estaba embarazada, la muchacha sonrió con emoción. El hombre abrazó a su mujer con ternura y un dejo de tristeza, ya que, en pocos días, debía volver a partir: la Revolución lo esperaba. Cuando se reencontraron, Mansilla entró en el dormitorio y, con ansiedad, corrió hasta la cuna que estaba junto a la cama. Miró dentro y entonces pudo ver a la niña que dormía plácidamente: la llamaron Mauricia. Poco tiempo después habrían de tener otra niña: Josefa. Se diría que Polonia estaba feliz con las pequeñas; Mansilla veía conmovido cómo su esposa sonría amorosamente mientras amamantaba a la más pequeña. Pero el hombre quería un varón. Como si sus deseos fueran órdenes, al cabo de un tiempo tuvieron a Juan, el nuevo retoño que iluminaba la cara con la bella y esplendente sonrisa de Polonia.

Pasó el tiempo y llegaron las buenas nuevas: la Revolución había triunfado. Ya en tiempos de paz, Lucio N. Mansilla pudo instalarse definitivamente en la casa para disfrutar, al fin, de su mujer y sus hijos. Pero al cabo de un tiempo, descubrió con desazón que las expectativas de su vida marital, que tanto había alentado durante sus largas ausencias, no se compadecían con la realidad cotidiana. Una cosa era la intermitente relación, cuyos largos períodos de separación hacían que el amor se fuera consolidando en un plano más bien ideal, y otra la convivencia real, bastante monótona y carente de diálogo. El silencio de Polonia empezaba a tornarse denso, inexpugnable; sin embargo, la muchacha siempre tenía una sonrisa para su marido. Hasta que un día, ya cuando el silencio dejó de parecerse al misterio para convertirse en hastío, Mansilla le preguntó a Polonia:

¿Se puede saber de qué te reís?

Por toda respuesta la mujer le devolvió una sonrisa de asombro y, ante la insistencia del marido, volvió a sonreír con un gesto que Mansilla no supo si era de incomodidad, de burla, de sarcasmo o, tal como sospechó, de algo aún peor.

Lo cierto es que ese mismo día el hombre tomó del brazo a su esposa, fue a la casa del suegro y, sin que éste tuviese tiempo de saludarlo, le dijo:

Quédese usted con su hija, se la devuelvo, me haré cargo de los chicos y pagaré lo que haga falta, pero Polonia vuelve a ser suya.

Mansilla ni siquiera esperó la respuesta, ahí mismo la dejó. El padre de Polonia había quedado congelado bajo el vano de la puerta, mientras ella seguía sonriendo con la mirada extraviada.

Obnubilado por la belleza y los milagros que la muchacha obraba con su boca,

varios años había demorado en comprender Mansilla a qué se debía la sonrisa perpetua de su mujer. Así habría de explicárselo mucho tiempo después al hijo de su segundo matrimonio, el célebre escritor Lucio V. Mansilla:

Idiota, m'hijo, era idiota. Pero más idiota fui yo al confundir soñadora con dormida.

Se dice que el padre de Polonia había ocultado con escrúpulo un diagnóstico del médico de la familia que determinaba que la muchacha era débil mental.

Pero tenía una boca... —recordaba Mansilla—. ¡Qué boca!

3. Mansilla y la lección de anatomía

Luego de devolver a Polonia a su casa paterna, Lucio Norberto Mansilla recuperó el tiempo perdido y se dedicó a una vida licenciosa y disipada, a una segunda soltería que, ya sin los rigores de la guerra ni la monotonía de un matrimonio signado por el tedio, lo llevó a recorrer los salones más granados de Buenos Aires. Durante esa nueva existencia de *dandy* se codeó con los personajes más ilustres de la época. En una de aquellas fiestas conoció a Agustina Ortiz de Rosas, hermana del todopoderoso gobernador de Buenos Aires. Ella tenía quince años y él cuarenta y uno. Luego de un breve noviazgo y habiendo muerto Polonia, Mansilla se casó en segundas nupcias con Agustina. De este último matrimonio nacieron Lucio y Eduarda.

El primogénito nació en Buenos Aires el 23 de diciembre de 1831 y se llamó Lucio, igual que su padre, aunque luego firmaría con la inicial de su segundo nombre, Victorio, para diferenciarse de su ilustre antecesor, Lucio Norberto. Criado en los círculos sociales y políticos más cercanos a Rosas, Lucio V. Mansilla tuvo una escolaridad más bien complicada, que mostraba un carácter indócil y una curiosidad que excedía la enseñanza escolástica. Este temperamento lo llevó a peregrinar sin éxito por varios colegios, hasta que, a los diecisiete años, ya egresado de la distinguida academia de M. Clarmont, decidió lanzarse a la aventura por el mundo: viajó a la India, vivió en Calcuta y luego en París, estuvo en Egipto y recorrió varios países de Europa haciendo una vida de joven millonario. Ésta es, al menos, la versión oficial de la rauda partida de Mansilla. Sin embargo, existió un motivo diferente del mero afán de conocer mundo: había sido sorprendido in fraganti con la hija del director del colegio, encimados ambos en un pupitre de un claustro solitario y no precisamente estudiando. El joven intentó darse a la fuga pero, enredado en sus propios pantalones, cayó torpemente ante los ojos furiosos del prestigioso pedagogo, cuya hija intentaba acomodar sus vestiduras. La furtiva lección de anatomía derivó en un escándalo tal, que Mansilla padre decidió, si no ponerle un freno a la curiosidad de su hijo, al menos orientarla hacia otro lugar. Es decir, el inopinado viaje de Lucio V. fue un distinguidísimo destierro. Como si la hija del director no hubiese sido premio suficiente, el jovencito había recibido, además, un viaje a Oriente, Egipto y Europa con todos los gastos a cargo de su padre. Muchos de sus compañeros se mostraban dispuestos a cometer el mismo delito con tal de recibir igual castigo.

Lucio V. Mansilla regresó en la víspera de la batalla de Caseros, cuando el escandalete se había acallado bajo los estrepitosos acontecimientos políticos. Durante

la breve transición entre el apogeo y el ocaso de la Confederación, Lucio, ya de por sí bastante excéntrico en su vestuario, empezó a mostrarse con unos raros sombreros siempre ladeados. Veamos la semblanza que de él traza su biógrafo, Enrique Popolizio:

Mansilla era un popular personaje de leyenda, famoso por su ingenio tanto como por su atuendo más llamativo que elegante, por su sombrero terciado, por sus alfileres, cadenas y dijes, por su monóculo y por sus grandes habanos, por sus duelos y desafíos, por su fama de escritor y conversador chispeante y agudo.

Pero lo que más llamaba la atención, además de la extravagancia, era la cantidad de sombreros; todos los días se aparecía con uno nuevo y se había convertido en un habitué de la sombrerería. Muchos le preguntaban en tono socarrón si había comprado acciones de la fábrica; hasta que un día se develó el misterio. El dueño de la casa de sombreros de la calle Tacuarí llegó una mañana al negocio antes de lo previsto y al entrar en el taller, se encontró con un cuadro inesperado: el joven *dandy* que tanto contribuía a la prosperidad de su tienda, estaba revolcándose sobre un mar de sombreros con su empleada. Pero esta vez, en lugar de intentar huir, declaró ante quien quisiera oírlo que estaba enamorado de la muchacha y que no iba a renunciar a ella ni por un viaje a la lejana Cipango. La niña tenía dieciseis años, se llamaba Josefa y vivía en una modestísima pensión en la calle San Martín. Desde luego, el dueño de la sombrerería no mostró ningún desacuerdo, pero la familia de Lucio estaba dispuesta no ya a mandarlo otra vez de viaje, sino a desheredarlo: no iban a permitir que alguien de su abolengo se casara con una pobre obrera. Inspirados tal vez en la novelesca historia de Camila y Ladislao, la pareja planeó una fuga a Montevideo. Lucio vendió algunas joyas que había robado a su hermana, Eduarda, y escribió una carta a su enamorada dándole las coordenadas para encontrarse en el puerto y embarcar juntos rumbo a la Banda Oriental. Sin embargo, el mensajero los traicionó y la carta, en lugar de llegar a manos de Josefa, cayó en las de la familia Mansilla. En el momento en que estaban a punto de abordar, fueron detenidos por la policía. Otra vez el escándalo envolvió la figura de Lucio: él fue a dar a la cárcel y ella quedó recluida en un convento.

Luego del castigo ejemplar tras las rejas, la familia, como era costumbre, decidió quitar al hijo rebelde de la mirada pública y lo envió al campo. Tal vez la dura vida rural consiguiera ponerlo en la buena senda. Así, partió a *El Rincón de López*, una extensa estancia a orillas del río Salado, propiedad de su tío materno Prudencio Ortiz de Rosas. Lejos de las tentaciones que ofrecía la ciudad, abocado por completo a las tareas del campo, el joven parecía reencauzarse. Se levantaba con las primeras luces del alba, iniciaba las labores luego de un desayuno copioso y, junto a su tío y sus primas, no cesaba en el trabajo hasta la caída del sol. Sólo entonces, una vez terminada la faena, munido de papel y pluma, se entregaba a la escritura. En *Mis memorias*, Lucio evocaría este pasaje de su vida con bucólica alegría.

La vida del otrora joven díscolo transcurría con una calma inédita y parecía

definitivamente encarrilado. Un día, el tío Prudencio entró en uno de los corralones buscando una herramienta y, con espanto, descubrió a su sobrino entreverado con una muchacha sobre un fardo de alfalfa. Pero mayor fue la sorpresa cuando descubrió que la niña en cuestión era su propia hija, Catalina, es decir, la prima de su sobrino. Las cosas habían ido mucho más lejos de lo tolerable: la hija del director de la escuela, vaya y pase; la muchacha que fabricaba sombreros, un capricho de juventud; pero su propia prima Catalina, cuyo apellido era el de su madre, Ortiz de Rosas, era demasiado. Por más que los jóvenes explicaron que estaban realmente enamorados, que no había sido un desliz producto de la fogosidad de la carne, sino del llamado de los corazones, ese mismo día despacharon al joven libertino de regreso a Buenos Aires. Nuevamente le ordenaron hacer las valijas y otra vez lo mandaron a Europa.

Con veinte años, una fortuna a su disposición, una locuacidad seductora, un porte distinguido y la fogosidad de un... Mansilla, Lucio era visto en París como un extravagante galán porteño. Estuvo con varias mujeres de la nobleza: marquesas, duquesas y damas de la más rancia aristocracia europea. Sin embargo, el hastío no tardaría en llegar. Por otra parte, nunca había olvidado a Catalina; de modo que, decidido a enfrentar las consecuencias, volvió a Buenos Aires resuelto a casarse con su prima.

Después de muchas deliberaciones, la familia determinó que tal vez el casamiento fuese el remedio a la incontinenencia venérea de Lucio y autorizaron el matrimonio. Sin embargo, la consanguinidad era un obstáculo que solamente la Iglesia podía remover. Luego de una infinidad de gestiones oficiales y oficiosas, de trámites burocráticos y legales, después de innumerables declaraciones de testigos, presentaciones de escritos y alegatos, la Iglesia, por fin, les otorgó la dispensa para que pudieran casarse. El 18 de septiembre de 1853, Lucio V. Mansilla y su prima Catalina Ortiz de Rosas contrajeron matrimonio en la iglesia de La Merced.

¿Pudo el matrimonio apaciguar los ímpetus del escritor? El mismo Mansilla parece dar la respuesta en una frase de su autoría:

Si podemos querer a varios amigos a la vez con sus buenas y malas cualidades, ¿por qué no hemos de poder amar a varias mujeres al mismo tiempo?

La Dulcinea de Lavalle

Si el caso de Mansilla demuestra cómo, en ocasiones, el fragor de la batalla puede obnubilar el entendimiento en los asuntos de la carne, el caso del general Lavalle es el testimonio de cómo, a la inversa, los avatares del amor pueden enceguecer hasta provocar la derrota en el campo de batalla.

En 1839 Juan Galo Lavalle partió desde la Banda Oriental para emprender la Campaña Libertadora. Mucho se ha escrito sobre esta empresa signada, desde el principio, por el fracaso. Cada jalón de la gesta se agregaba como un nuevo eslabón a la larga cadena de derrotas políticas y militares. Se han señalado dos hechos cruciales como determinantes de la debacle de la expedición: por un lado la aplastante derrota en la batalla de Quebracho Herrado a manos del ejército federal de Manuel Oribe sobre las tropas de Lavalle y, por otro, la salida de Francia de la coalición de fuerzas orquestada para derrocar a Juan Manuel de Rosas. Sin el respaldo de los recursos financieros y militares de Francia, la gesta se tornaba cada vez más ardua. La sucesión de fracasos en el terreno político y en el campo de batalla sumieron al general Lavalle en un hondo abatimiento; envuelto en una nube negra de melancolía, el jefe unitario se sumergía en largos estados de silencio y, con la mirada perdida en ninguna parte, se dejaba caer junto a los leños ardientes de la fogata de campaña. Así, en una vigilia hecha de desazón, se pasaba las noches en vela iluminado por el fuego. El militar y cronista Tomás de Iriarte nos dejó una elocuente descripción del estado espiritual de Lavalle: «una apática y criminal indiferencia aparecía en todas sus acciones y objetos de goces privados absorbían toda su atención». Es esta última una frase, cuanto menos, curiosa: por una parte, contiene una acusación gravísima y, por otra, menciona ciertos misteriosos «goces privados». Ahora bien, ¿qué se ocultaba detrás del patético estado de Lavalle? Para responder esta pregunta, debemos apelar, otra vez, a una de las principales hipótesis que guían estas líneas, según la cual muchas de las acciones públicas de los hombres que forjaron la historia de una nación sólo se explican a partir de ciertos hechos que dominaban su vida privada.

Como hemos dicho, la derrota en Quebracho Herrado y el retiro del apoyo francés fueron decisivos en el desarrollo de los acontecimientos; pero, acaso, tan determinantes como otro hecho mucho menos conocido. Fueron las crónicas del mismo Iriarte las que nos pusieron en la pista de las ocultas cuestiones que aquejaban a Lavalle:

El general Lavalle estaba enamorado, enamorado torpemente, como un cadete y no se ocupaba más que de su Dulcinea de la que le costaba separarse.

Por muy increíble que suene, mucho más aún si se mensura el enorme peso histórico que tuvo la Campaña Libertadora, la gesta de Lavalle se vio frustrada, en gran medida, porque su corazón y su juicio estaban en otra parte. La pluma de Iriarte resulta sumamente aguda y certera al poner el mote de Dulcinea a la heroína de la íntima novela que protagonizaba el general. En realidad, Iriarte apela a la figura de Dulcinea para poner en evidencia, elípticamente, un hecho indiscutible: que Lavalle había perdido la razón igual que Don Quijote. El general unitario emprendió la campaña enceguecido como el célebre personaje de Cervantes. Hasta tal punto resulta cierta la analogía que sólo así se explica el final novelesco de esta expedición. La triste figura errática del flaco y barbado Lavalle cabalgando a la deriva por los caminos del noroeste sin un plan, casi sin armas y con sus enormes ojos negros alucinados, constituye el retrato viviente del caballero andante Don Quijote de la Mancha.

Ahora bien, ¿quién era la misteriosa Dulcinea de Lavalle, la que ocupaba su pensamiento y consumía su razón? Todo se inició durante una recepción que ofrecieron a Lavalle y sus altos oficiales en Anjuli. Allí el coronel Bildoza le presentó una «sobrina», quien le brindó su más cálida hospitalidad luego de la cena que dieran en su honor. La dama, cuyo nombre quedó en el anonimato, evidentemente, sabía cómo tratar al célebre huésped. A punto tal que aquella breve parada en Anjuli se extendió unos días más de los previstos. Lavalle, muy cómodo en su alcoba en la compañía de «Dulcinea», no se mostraba demasiado proclive a retomar la marcha. Completamente enamorado, el general pasó la mayor parte del día con su nueva amiga y no parecía dispuesto a dejarse importunar por nada ni por nadie. Así fueron pasando los días y su edecán le informó las malas nuevas: las tropas federales de Pacheco habían aniquilado a la división al mando de Vilela. Las noticias, demoledoras, mellaron el espíritu del general, que sólo habría de encontrar consuelo entre los brazos comprensivos de su amante. Algunos días después, el edecán volvió a golpear la puerta del cuarto en el que Lavalle purgaba sus penas bajo las cobijas junto a su «Dulcinea de Anjuli». Con fastidio, el general se levantó de la cama y preguntó por qué razón lo molestaban ahora. Nuevamente, malas noticias: la mayor parte de las tropas de Acha que marchaban hacia Santiago acababan de desertar. Los hechos obligaban a Lavalle a tomar una decisión urgente. Yendo y viniendo de aquí para allá en ropa interior, debía pensar en algo. La mano extendida de su amante asomando desde las cobijas era una invitación a reflexionar con calma. Entonces volvió a la cama y mientras acomodaba su cuerpo al de la mujer, se dijo que ya se le ocurriría algo. No había que precipitarse.

Y así se sucedían los días y las peores catástrofes y el general no mostraba signos de querer abandonar su cálido refugio de Anjuli. El general Lamadrid, harto de la inexplicable apatía de Lavalle, decidió separarse y retomar la marcha con el Segundo Ejército. Pero ni siquiera esto alteró la actitud del jefe enamorado. Según el relato de Iriarte, Lavalle «se manifestó muy indiferente, contentándose con decir que Lamadrid

era un loco». La tropa, varada en Anjuli en la más completa inacción, asistía con preocupación al encierro de su jefe máximo, que ni siquiera salía de la alcoba para ver la luz del sol. Iriarte, desesperado ante el avance de las tropas de Oribe, apuntó:

¡El tahalí del soldado ha sido reemplazado por la cintura de Venus! [...] Entre tanto conciliaba el no separarse de su nuevo *adorado tormento*, pues se había entregado en cuerpo y bienes a los encantos del amor.

Tan insostenible se tornó la situación, que gran parte de los oficiales, incluso los más fieles e incondicionales, decidieron abandonarlo y marchar junto al general Lamadrid. Era el comienzo del fin de la Campaña Libertadora. Sin embargo, no iban a terminar allí las aventuras amorosas de Juan Lavalle.

5. Durmiendo con la mujer del enemigo

Si las diferencias entre Lavalle y Lamadrid fueron bien conocidas, las disputas entre el jefe unitario y Tomás Brizuela, a la sazón gobernador de La Rioja, fueron proverbiales. Se ha intentado explicar esta enemistad a partir de divergencias políticas, estratégicas y militares. Lo cierto es que esta beligerancia constante entre el gobernador y el general tuvo consecuencias nefastas y, sin dudas, fue uno de los principales motivos del fracaso militar de la Liga del Norte contra las huestes rosistas. Pero ¿cuál era la verdadera razón de la irreconciliable antipatía que se prodigaban?

Examinemos el caso. Tomás Brizuela fue un personaje oscuro y misterioso, cuya biografía se ha disipado en la historia sin dejarnos, siquiera, un retrato que diera cuenta de su figura. Por otra parte, su origen es igualmente oscuro, ya que su persona aparece como una hoja otoñada arrancada del árbol genealógico de los Brizuela-Doria: ninguna de sus ramas conduce a él ni explica su ascendencia. Carolina Peiretti, biógrafa inédita del gobernador riojano, escribió:

Su paso por la Tierra está cubierto por una intensa bruma que no deja descubrir cómo apreciar en su correcta dimensión a este personaje.

Tales palabras no hacen más que agregar intriga a la incógnita. Se sabe que fue lugarteniente de Facundo Quiroga, gobernador de la provincia entre 1836 y 1841 y que murió luchando contra el régimen de Juan Manuel de Rosas. Muchos de los epítetos con que se lo describe parecen más cercanos a la calumnia que a la realidad, ya que no se condicen con sus actos de gobierno ni con sus ilustres interlocutores de la época. «Borracho, sucio, indolente e ignorante» son sólo algunos de los apelativos que le han dedicado sus detractores. Por otra parte, es muy poco lo que se sabe sobre su vida privada; habida cuenta de que jamás se halló un documento que acreditara el casamiento, muchos sostuvieron que era soltero. Sin embargo, una crónica señala que tenía una mujer:

Tomás Brizuela vivió amañado con una muchacha riojana de nombre Solana Sotomayor, también conocida como la Solanita. Habrá que creer en la tradición transmitida de voz en voz por las generaciones, pues no se ha encontrado el acta de matrimonio que demuestre lo contrario.

En este punto, tal parece, nos vamos aproximando al núcleo de la enemistad entre Brizuela y La valle. De acuerdo con tres crónicas diferentes, mientras Lavalle se aproximaba con sus tropas a Catamarca avistó una pequeña división la que, al ver a

los soldados, intentó darse a la fuga pero, finalmente, fue interceptada. Luego de ser interrogados por Lavalle, y al comprobar que no se trataba de tropas enemigas, el general ordenó dejarlos en libertad. Sin embargo, antes de que pudieran irse, uno de los hombres de Lavalle descubrió que, oculta entre los soldados, había una mujer. El general se aproximó y al quitarle el sombrero que le cubría parte del rostro, se encontró con los ojos más hermosos que jamás hubiese visto. Al menos, eso se infiere del relato que nos legara el historiador Dardo de la Vega Díaz:

Sus grandes ojos bañan con violenta mirada al cortesano capitán.

Tal fue el impacto que causó la muchacha en Lavalle que, con el único propósito de retenerla, ordenó hacer prisionera a la pequeña división y trasladar a la mujer a su campamento en Hualfín. Una vez allí, la cautiva del general le hizo saber, en tono amenazante, que era la mujer del gobernador de La Rioja. Lejos de amedrentarse, el jefe porteño le dijo que no era razón suficiente para liberarla. En realidad, quien había quedado cautivo de aquellos ojos negros y de la figura sensual de la Solanita, era Lavalle. La mujer pasó de las palabras fuertes a los insultos y de las amenazas a los gestos de violencia física. Lavalle la miraba fascinado y, cuanto más se enojaba la muchacha, más hermosa la veía. Indignada ante la sonrisa divertida del insolente porteño, la Solanita se abalanzó sobre él, dispuesta a defenderse con las uñas de semejante atropello. Pero una vez entre los brazos fornidos del militar, inmovilizada y a su merced, primero no pudo y luego no quiso resistirse al beso apasionado de Lavalle. Fue aquél el comienzo de un nuevo romance del jefe unitario. Tan hermosa era la niña que el general volvió a olvidar el motivo que lo había llevado hasta el norte y resolvió retirarse una temporada al Paraíso en compañía de su Eva.

Lavalle, que ha recorrido todo el oeste de la provincia en busca de prosélitos y aprovisionamiento, sabe que ningún sitio mejor para esconder su idilio que Hualfín, un fundo, un paraíso terrenal...

Con estas palabras se refiere Vega Díaz al encandilamiento de Lavalle con la Solanita. Como lo hiciera en Anjuli, otra vez el general entra en una suerte de «retiro carnal» y pide a sus hombres que no lo molesten. Los pocos oficiales que habían tenido la infinita paciencia de esperar que su jefe se dignara a concluir su voluntaria reclusión en Córdoba, ahora asistían atónitos a este nuevo romance. Comenta Vega Díaz:

Más de una vez los compañeros de armas de Lavalle lamentaron la llegada de la cautiva a la tienda del desdichado jefe.

Los impulsos sexuales de Lavalle eran irrefrenables y, ciertamente, atentaban contra el éxito de la campaña. Por su parte, la «cautiva» no daba muestras de querer volver a La Rioja. Pero quien había acusado recibo de la traición era Tomás Brizuela. Al enterarse de que la Solanita no estaba dispuesta a volver a su lado, pasó de la

indignación al desconsuelo.

No bien el general Brizuela supo de la mala pasada que cuentan le jugó la Solana Sotomayor, fue como si se apeara del caballo para siempre y guardara la *lanza*. Con ser hombre de coraje y audacia, ya no le importó la guerra ni el mando para nada. Bebía. Parecía una cosa de trapo. Y diz que a su mismo hombre de confianza, Germán Villafañe, le pidió que lo matara antes de caer preso y con vida en las tropas de Aldao.

Este testimonio descarnado pertenece a Felipe Peralta, un lancero de Facundo, y explican el trágico fin no sólo de la gesta, sino del propio gobernador de La Rioja. Tal como pidió, Brizuela fue asesinado en un acto de piedad por su mano derecha, Germán Villafañe.

Pero para Lavalle, colmado de éxitos amorosos y fracasos militares, la campaña todavía no había terminado. Aún quedaban el último triunfo y la derrota del final.

6. Durmiendo con el asesino

El último punto de la fallida Campaña Libertadora fue Salta. Aquí tuvo lugar el capítulo más increíble de la novela de los romances de Juan Lavalle. Exhausto, sin esperanzas y con su ejército diezmado, el general avanzaba hacia su trágico final. El 19 de septiembre de 1841, las tropas de la Liga del Norte cayeron derrotadas a manos de las huestes de la Confederación. Lavalle consiguió escapar del enemigo, pero no de su negro destino. Deambulando sin rumbo fijo, enfermo y perdido, el general erraba en su noche más negra. Cuando ya no advertía luz alguna que permitiera ver un intersticio para la victoria, de pronto salió el sol para Lavalle. Ese súbito amanecer tenía nombre y un apellido memorable para el general: Damasita Boedo. No bien Lavalle vio a la muchacha, que no llegaba a los veinticinco años, pasó del desconsuelo a la euforia. Su pelo, dorado como el sol, sus ojos azules y luminosos se convirtieron en el nuevo Norte de Lavalle. El corazón abatido de aquel Quijote porteño, otra vez latía con la fuerza de la pasión. De acuerdo con una descripción de la época, la rubia Damasita era dueña de una belleza infrecuente:

Tenía los ojos glauco-azulados velados por largas pestañas negras; la boca carnososa y pequeña, y toda aquella cabeza luminosa sostenida por un cuello largo y bien plantado sobre dos hombros de líneas huidizas.

La prudencia o, al menos, el decoro deberían haber impedido a Lavalle acercarse a la mujer. Sin embargo, como hemos podido comprobar, al general no lo guiaba la razón sino, más bien, todo lo contrario. Aunque nunca antes se habían visto cara a cara, ella tenía más motivos para odiarlo que para amarlo. Cuando sus miradas se encontraron por primera vez, fue como si hubiesen chocado dos espadas: se produjo un chispazo hecho de odio y encantamiento. La tragedia de Romeo y Julieta era un sainete menor en comparación con la historia que debía separarlos y, sin embargo, los unía extraña e incomprensiblemente. Cada uno pertenecía a un mundo no sólo diferente, sino irreconciliable. Uno y otra representaban, en sí mismos, la tragedia de la guerra civil: ella era hija de José Francisco Boedo, general rosista que había muerto a manos de los unitarios. Según todas las crónicas, Lavalle y Damasita no pudieron separarse desde el momento en que se conocieron. Suena escalofriante, pero lo cierto es que ni la muerte pudo separarlos, porque la muerte los había unido. La primera noche que pasaron juntos en Salta, una noche de amor apasionado, ella no ignoraba que había dormido con el verdugo de su propio padre y, sobre todo, con el asesino de su tío. Poco tiempo antes, Lavalle, en persona, había mandado a fusilar a Mariano

Boedo, el hermano del padre de la mujer que acababa de entregarle su cuerpo.

Damasita Boedo había dormido con Lavalle la primera noche que el general llegó a Salta y estaba por acostarse con él en una alcoba del caserón de Alvarado en Jujuy, la misma noche en que el general fue asesinado. El 8 de octubre, un escuadrón federal, sabiendo que el jefe unitario estaba en la casa, atacó el frente de la finca de Alvarado. Una bala atravesó el portón de madera e impactó en pleno rostro de Juan Lavalle, terminando con su vida. Esto, al menos, es lo que dice la historia oficial. Sin embargo, no han sido pocos los que conjeturaron que fue la propia Damasita Boedo quien franqueó la puerta a la partida federal, vengando así la muerte de su padre y de su tío.

Lo cierto es que cuando los hombres de Lavalle decidieron llevar el cadáver de su jefe a Bolivia, ante el ofrecimiento de llevar a Damasita de regreso a Salta, la mujer se negó rotundamente: quería acompañar los restos de su amante hasta su reposo final.

Señor general, cuando una joven de mi clase pierde una vez su honra, no puede volver jamás a su país; prepáreme usted una mula para seguir yo también adelante, y vivir y morir como Dios me ayude.

Qué fue lo que sucedió en realidad el día en que mataron a Lavalle, nadie lo sabrá. Sin embargo, existe una crónica, tan misteriosa como elocuente, que ha dejado Bernardo Frías. Muchos años más tarde, el jurista salteño decidió preguntarle sin rodeos a la ya madura Damasita Boedo cómo habían sido exactamente los hechos acaecidos en casa de Alvarado la noche en que cayó muerto Lavalle. La respuesta que le diera la mujer resulta inquietante:

Sólo recibí una mirada intensa de sus bellos ojos azules y una sutil sonrisa.

Romance de la viuda y el difunto

El enfrentamiento entre unitarios y federales dio lugar a un sinnúmero de historias, unas cercanas a la épica, otras a la tragedia y algunas, vistas a la distancia, si pudiera hacerse abstracción de la calamidad que significó la guerra civil, se dirían salidas de un sainete. Hemos visto, por otra parte, el drama de aquellos que padecieron la reclusión, tal como testimonia el caso de María Eugenia Castro y sus hijos. Asistimos, también, al ocultamiento de amantes y a la hipocresía de aquellos que, por distintas causas, renunciaron a la paternidad, dejando a sus hijos en el abandono y la miseria. Pero la guerra produjo situaciones inéditas que sólo pueden ocurrir en circunstancias tan extremas como las que impone un enfrentamiento de tales dimensiones. No resultaría extraño ni poco habitual que una mujer ocultara a un amante en el ropero, como lo hiciera con poca fortuna Aurelia Vélez, cuyo galán terminó muerto a balazos dentro de su escondite. Pero no debe ser frecuente que una mujer oculte en el sótano de su casa durante doce años al hombre que ama, menos aún cuando este hombre no es un amante sino su propio marido.

Tal fue el caso de Josefa Valle, casada con José María Salvadores, un primo de Mariano Moreno. José María tenía doce hermanos y todos tuvieron una participación destacada en los numerosos conflictos político-militares de la época. Idealistas fervientes, siempre que se presentaba la oportunidad, los Salvadores estaban dispuestos a defender sus principios hasta con las armas. Tan así, que seis de los hermanos habían entregado su vida por la causa de la Independencia, cayendo en los campos de batalla en Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú. Viendo el fatídico destino de los Salvadores, Josefa accedió a casarse sólo si el hombre le prometía que renunciaría a la lucha; no estaba dispuesta a verlo correr la misma suerte que sus hermanos. A sus diecinueve años, la muchacha quería marido para rato. El hombre, que estaba realmente enamorado de su novia, accedió no sin mostrar alguna resignación.

El flamante matrimonio vivía el apasionado romance de los primeros tiempos; José María era funcionario y trabajaba cómodamente en su despacho. Cuando al atardecer volvía a su casa, con el ímpetu de los jóvenes amantes que acaban de descubrir las delicias de la carne, él se abalanzaba sobre su pulposa mujer y, antes de que cayera la noche, ya estaban revolcándose entre las cobijas. Y así pasaban los días, entre la monotonía del despacho y los apasionados embates que, al no poder darse en el campo de batalla de acuerdo con la promesa, tenían lugar en la cama.

Todo transcurría con previsible calma, hasta que Juan Manuel de Rosas se

entronizó en el poder. Familia de reconocidos ideales unitarios, los Salvadores estaban en problemas. Los hermanos que sobrevivieron a las luchas independentistas, caían ahora combatiendo en el nuevo escenario: uno fue fusilado en Santos Lugares, en el mismo paredón en el que murieron Camila y Ladislao; otro murió peleando junto al general Paz y el último perdió la vida bajo las balas rosistas en Mendoza. Sólo quedaba José María, quien fiel a la promesa que hiciera a su mujer, asistía con espanto al exterminio de su familia.

Pero tanto él como su esposa sabían que, más tarde o más temprano, la temible Mazorca habría de venir por él. De manera que, ante tan sombrío destino, planeó fugarse al Uruguay. El 3 de mayo de 1840 José María Salvadores, junto con José María Riglos, Isidoro Oviden, Francisco Lynch y otros insignes personajes, pusieron en práctica el plan. De acuerdo con lo previsto, fueron hasta un muelle de la Rivera de las Barracas de San Telmo, pero, en el mismo momento en que estaban por abordar el vapor rumbo a Montevideo, fueron interceptados por un escuadrón de la Mazorca: habían sido delatados. El grupo fue salvajemente atacado y sus integrantes murieron degollados por la partida rosista. Los cadáveres fueron abandonados a la orilla del río para que quedara claro cuál era el destino de los opositores.

Josefa Valle recibió la noticia de la muerte de su marido con una mezcla de desconsuelo e incredulidad. Ninguno de los hermanos Salvadores había podido huir de su destino. O al menos, eso era lo que todos creían. A la medianoche, la mujer escuchó con pánico que alguien llamaba a su puerta; segura de que ahora venían por ella, abrió con resignación: sin su marido no valía la pena seguir viviendo. Pero en el momento en que extendía sus brazos para entregarse, descubrió que quien estaba parado bajo el vano de la puerta, herido, tembloroso y casi sin poder sostenerse, era su esposo. José María se había hecho pasar por muerto y, cuando estuvo seguro de que los atacantes ya se habían fugado, se ocultó en una barraca hasta que oscureció. Bien entrada la noche, partió furtivamente de regreso a su casa. Si todo el mundo estaba convencido de su muerte, razonó el matrimonio, mejor sería que siguieran creyéndolo muerto y así podrían continuar viviendo juntos. Esa misma noche, Josefa acondicionó el sótano de la casa convirtiéndolo en una acogedora y pequeña vivienda, guardó riguroso luto y a partir de entonces comenzó a interpretar la parodia de la viuda.

Celosa como era, Josefa no tenía motivos para temer: aislado de otras mujeres, alejado de la guerra y a salvo de la Mazorca, ahora tenía a su marido sólo para ella. La «viuda» bajaba al sótano varias veces por día para disfrutar de su preciada posesión. El secreto y la clandestinidad agregaban condimento a la relación: Josefa gozaba de su marido como si realmente tuviese un amante oculto. Todos ignoraban que la mujer llevaba una peculiar doble vida. Siendo que ahora la casa le quedaba grande, Josefa aprovechó el salón que daba a la calle para montar una sastrería y zapatería. Los clientes cada vez más numerosos, veían con admiración cómo la mujer se daba maña para afrontar sola semejante trabajo. Desde luego, nadie sabía que el

«difunto», oculto en el subsuelo, hacía la mitad de la tarea. La viuda y el muerto eran un matrimonio feliz y perfecto, hasta que sucedió lo previsible: Josefa quedó embarazada. Los vecinos veían con estupor cómo el vientre de la mujer, que aún guardaba luto, crecía día tras día. La respetable viudita se convirtió, de pronto, en una traidora de la memoria de su pobre esposo, muerto de forma tan cruel. Muchos le retiraron el saludo y sus propios familiares le preguntaban, inquisidores, quién era el padre de la criatura. Ella se refugiaba en el silencio, negándose a dar explicaciones.

La «viuda» crió a su hijo completamente «sola» y llevó su indecorosa maternidad con orgullo. Prefería perder la reputación a que las huestes de Rosas descubrieran su secreto. Mientras tanto, entre pilas de zapatos y trajes para remendar, Josefa y José María continuaban con su romance clandestino. Así llegó el segundo embarazo. La indignación de los vecinos empezaba a poner en riesgo el negocio: en castigo por su deshonor, a Josefa cada vez le llegaba menos trabajo. La tienda se encaminaba a la ruina cuando, providencialmente, llegó la batalla de Caseros y, por fin, cayó el gobierno de Juan Manuel de Rosas.

Todo el barrio salió a festejar; uno de los primeros y, acaso el que más motivos tenía para celebrar, fue el difunto José María Salvadores quien, no bien escuchó la noticia, salió corriendo escaleras arriba rumbo a la calle. La gente, alelada, miraba cómo el muerto, encandilado, pálido y con el aspecto de ultratumba que le conferían los doce años de ocultamiento en el sótano, gritaba festejando la caída del tirano. Josefa corrió junto a su esposo; ante las miradas de estupor, elevó los ojos al cielo y alzando los brazos, de pronto clamó:

—¡Milagro, milagro!

La guerra de los Paz

El retrato muestra a un hombre de patillas triangulares y pobladas, cejas generosas y mirada severa, en cuyo regazo descansa una niña rubia de cinco años. El hombre, con uniforme de gala, es el general José María Paz y su gesto circunspecto mal puede disimular la fatiga de la batalla reciente. El nombre de la niña de mofletes colorados y saludables es Margarita Weild; sus ojos infantiles están fijos en las trencillas doradas de las charreteras del uniforme militar. Este retrato podría llevar al pie la leyenda:

El general Paz y su pequeña sobrina, Margarita.

Sin embargo, esta misma pintura bien pudiera presentar un título diferente que desmintiera al anterior:

Primera imagen de José María Paz y su esposa Margarita Weild.

¿Cuál de las dos leyendas sería cierta?

La historia de amor entre el tío y su sobrina data de la época en que el general, entonces teniente coronel, regresó a su Córdoba natal el primer día del año de 1819, luego de cinco años de ausencia. El coronel Paz, hombre de convicciones firmes y una moral incorruptible, se sorprendía a sí mismo deleitándose mientras veía cómo su pequeña sobrina correteaba de aquí para allá y, amorosamente, se trepaba a su regazo para jugar con las medallas y las borlas que adornaban su uniforme. El hombre, encandilado con el azul celestial de los ojos de Margarita, con sus muslos rollizos y su sonrisa candida, tenía que hacer esfuerzos para desviar la mirada de su amorosa sobrina. El militar, fatigado, su cuerpo tullido por el fragor de tantas batallas, el ánimo quebrado por años de privaciones, de pronto encontró en aquella niña un universo de paz y candor, un amor incondicional declarado una y otra vez con esa vocecita primorosa que, llamándolo «tío», lo invitaba a compartir esa patria libre y pura: la lejana patria de la infancia. Ese hombre hubiese dado su brazo derecho por su amada sobrina, de no haber sido por el hecho de que ya lo había perdido en la guerra. El Manco Paz, tal su viril apelativo, había vuelto a sonreír después de muchos años gracias a la luminosa presencia de Margarita. Una mezcla de sentimientos se desataba en su alma cada vez que veía a la pequeña hija de su hermana: ternura, amor protector y otras emociones, menos explicables, de las que intentaba deshacerse cada vez que lo asaltaban.

Margarita era hija de María del Rosario Paz y de Andrés Weild, un cirujano

nacido en Escocia que murió poco tiempo después de que naciera la niña. Su familia materna, en cambio, era criolla en segunda generación y, ciertamente, sus miembros estaban comprometidos con la Revolución. Tiburcio Haedo y José de Paz, abuelos de Margarita, fueron los primeros cordobeses que apoyaron la Junta de Mayo. Sus hijos Julián y José María eran muy jóvenes cuando se alistaron en el Ejército Libertador. De modo que en Margarita se mezclaba la sangra céltica con la orgullosa estirpe criolla. Su madre, María del Rosario, que, como hemos dicho, había enviudado siendo muy joven, volvió a casarse con Juan José Elizalde, capitán del Batallón de Infantería, quien se encariñó tanto con la pequeña que la crió como si hubiese sido su hija.

Sólo una semana permaneció José María Paz en Córdoba. Una semana en la que pudo descansar de los horrores de la guerra distrayéndose con la alegre presencia de su sobrina. El coronel manco, de carácter parco y siempre cejijunto, de pronto se había convertido en un hombre rejuvenecido, alegre, que dedicaba su tiempo a jugar con Margarita como si fuese, también él, un niño. El día que debió marchar nuevamente al frente de batalla se lo veía menos afligido por la inminencia del encuentro con el enemigo, el temible Estanislao López, que por el hecho de tener que separarse de esa adorable niñita que acababa de conocer y que las circunstancias le obligaban a abandonar. Esa misma extraña mezcla de sensaciones que no sabía cómo definir lo asaltó cuando llegó la hora de despedirse de Margarita; la abrazó con fuerza y, de no haber sido por la alta misión que lo esperaba, nunca se hubiera separado de su sobrina.

Pese al anhelo de José María Paz, los acontecimientos políticos y militares le impedían, una y otra vez, volver a Córdoba para reencontrarse con su familia. De hecho, sus destinos tomaron rumbos opuestos: él debía partir hacia el norte para sumarse a la campaña de San Martín en el Alto Perú, mientras su hermana y su sobrina seguían a Juan José Elizalde a su ciudad natal: Buenos Aires. Margarita tenía diez años cuando llegó a la gran ciudad y se deslumbraba a cada paso. En aquel entonces Córdoba era una suerte de ciudad medieval dominada por el pensamiento eclesiástico. En Buenos Aires, en cambio, se respiraba un aire de libertad inédito por estas tierras: las porteñas se vestían de forma tan provocativa que, en algunos casos, exhibían los tobillos y parte de la pierna con deliberada indiferencia. Margarita descubría fascinada esta nueva moda y no podía sustraerse a la comparación: en su provincia las mujeres mantenían todavía la vetusta tradición española y, por más jóvenes que fuesen, llevaban vestidos oscuros y la rigurosa mantilla que ocultaba el rostro. Las únicas salidas en Córdoba consistían en ir a la misa y volver, mientras en Buenos Aires había muchas cosas para hacer. Con frecuencia Margarita y su madre iban al teatro o, sencillamente, a caminar por la ciudad que, ya de por sí, constituía un alegre espectáculo.

En contraste con esta nueva vida porteña, despreocupada y feliz, José María Paz debía enfrentarse no sólo a la ferocidad del enemigo en el campo de batalla, sino a las

infinitas adversidades que se presentaban a medida que avanzaba hacia el norte: el hambre, el frío, la falta de provisiones y la pobre preparación de la tropa que conseguía reclutar, hacían que la marcha se convirtiera en un lento calvario. A las privaciones del hambre surgido de las tripas, se sumaba el apetito de las carnales pasiones y al frío provocado por la carencia de abrigo se agregaba la falta del calor que aporta la compañía femenina. Sin embargo, el general Paz sostenía que para mantener la moral militar era necesario preservar la moral sexual. Existe un testimonio escrito por el propio general Paz en ocasión de los festejos del 25 de mayo en plena campaña:

He tenido que hacer algo para impedir que vengan las mujeres. No era regular que nosotros nos entregásemos a los placeres que trae consigo el trato de este sexo encantador cuando la tropa está en una sujeción que ha sido precisa. Además sería avivar sus deseos, cuya comprensión no será una de las menores privaciones que sufre. Una fiesta cívico-militar nada debe tener en común con otras.

Para José María Paz, mezclar las apetencias sexuales con los asuntos castrenses, a diferencia del criterio de otros célebres militares, constituía una falta gravísima.

Por su parte, en la alocada Buenos Aires, también su hermana, Rosario Paz, mantenía la moral de su pequeña tropa con mano férrea, sin dejar que las costumbres porteñas «corrompieran» a su hija. Considerando que por entonces las mujeres se casaban y empezaban a tener hijos a los trece años, Margarita, que tenía diez, estaba ya muy cerca de convertirse en una mujer en edad de merecer, hecho que no escapaba a los hombres que frecuentaban las mismas tertulias que la familia Paz. En tanto, el general José María Paz nunca perdía oportunidad para preguntar por su querida sobrina, a la que recordaba con nostalgia y cuya evocación lo ayudaba a seguir en la lucha y agregar al éxito militar otro motivo para regresar.

Cuando finalmente José María Paz volvió de la guerra en el año 1829, corrió a reencontrarse con su familia. Para su completa sorpresa, el general pudo comprobar que aquella niñita de mejillas redondas que solía sentarse en su regazo, se había convertido en una bellísima mujer de quince años. En el prolongado abrazo del reencuentro, aquel hombre al que la guerra había arrancado parte de su cuerpo y desgarrado su alma, descubrió cuáles eran aquellos sentimientos que se despertaban en su espíritu cada vez que la veía y de los cuales no sabía cómo desembarazarse. Pero ahora que la niña era una mujer, no existían motivos para deshacerse de aquel torrente de emociones. Margarita, por su parte, había escuchado tantas aventuras protagonizadas por ese hombre que, aunque no había vuelto a verlo, lo recordaba como un héroe. En ese abrazo del reencuentro, sin pronunciar palabra, José María y Margarita se declararon su amor. Y aunque el parentesco era demasiado cercano, no pudieron evitar imaginarse coma sería su vida si se casaran.

No resultaría sencillo: en el mismo momento en que Margarita se convirtiera en la esposa de su tío, su abuela se transformaría en su suegra. Rosario sería al mismo tiempo madre y cuñada de Margarita y, a la vez, suegra de José María. Pero más

tortuosos habrían de tornarse los lazos familiares cuando el matrimonio dejara descendencia: Margarita no sólo sería la madre de sus hijos, sino también prima de ellos. José María sería el padre pero también el tío abuelo de sus propios hijos. Rosario, por su parte, sería tía y abuela al mismo tiempo y su madre, Tiburcia, se convertiría en la abuela y bisabuela de los niños. Sin embargo, pese a que aquel silencioso romance, todavía conjetural, parecía destinado al fracaso, ambos supieron que, en algún momento, sus vidas habrían de fundirse.

Sin embargo, el destino parecía haberse obstinado para que los amantes no pudieran unirse. Primero el general Paz cayó preso a manos de Estanislao López y fue a dar con sus huesos a una oscura celda de la Aduana de Santa Fe. Margarita no sólo estaba dispuesta a esperarlo el tiempo que fuese necesario, sino que, durante aquel horroroso cautiverio, ella le llevaba libros, cuadernos, tinta, plumas y velas para iluminarse mientras leía o escribía. También se ocupaba de lavar y remendar su ropa, de cortarle el pelo y afeitarlo. Si acaso lo atacaba la terciana y la fiebre le impedía mantener los ojos abiertos, la sobrina se ocupaba de leerle los libros que le había llevado. El general Paz seguía preso cuando Margarita anunció a su abuela Tiburcia que habían resuelto casarse.

José María, profundamente enamorado, no ignoraba, sin embargo, lo que habría de significar dejarse llevar por sus sentimientos: el lazo de sangre que los unía era un estigma que no sería fácil de sobrellevar a los ojos de la sociedad. Cuando Margarita le hizo saber que estaba preparada para soportar el escarnio con tal de casarse con él, su tío se negó terminantemente a semejante posibilidad. Pero ella conocía su punto débil: lo abrazó tiernamente y así, consiguiendo despertar en su espíritu esa mezcla innombrable de emociones, hizo que, por fin, se rindiera ante sus propios sentimientos.

Se casaron secretamente en la cárcel; ofició la ceremonia el cura de la familia, quien había podido conseguir las dispensas para unirlos, siendo familiares tan próximos. Así, lograron casarse el 31 de marzo de 1835.

En estas circunstancias, acompañando a su marido en la cárcel, Margarita quedó embarazada. Entonces el general decidió que regresara con su madre para que su hijo naciera en libertad. Pero ella, dueña de un carácter inquebrantable, le dijo:

No tiene importancia dónde nazca. Todo el país es una cárcel.

Como siempre, estaba dispuesta a mantenerse junto a su marido en las circunstancias que fuesen. Sin embargo, Rosas todavía les habría de deparar un destino aún más cruel: decidió trasladar al prisionero a Lujan, antes de que su esposa diera a luz, separando así a los cónyuges. Luego de meses de sufrimiento e incertidumbre, Margarita consiguió el permiso para convivir con el general recluido. Cuando finalmente nació el primer hijo, resultaba patético ver los pañales colgados de las rejas del ventanuco de la cárcel. Algún tiempo después, Margarita volvió a

quedar embarazada, pero la niña murió a poco de nacer. Ni siquiera el nacimiento de los hijos que tuvieron durante los años siguientes habría de mitigar el dolor por la pérdida de la pequeña.

En 1839 José María Paz consiguió por fin la libertad. Sin embargo, allí no iban a terminar sus padecimientos; luego de innumerables traslados, traiciones e infortunios políticos, cuando Margarita esperaba el octavo hijo, decidieron marchar a Río de Janeiro. Sumidos en la pobreza, se afincaron en el campo. El 5 de junio de 1848, Margarita murió en pleno alumbramiento del noveno hijo.

Desde aquel primer retrato en que se veía al general Paz alzando en su regazo a su pequeña sobrina, hasta la triste imagen del hombre derrotado escribiendo en soledad sus *Memorias*, pasó un océano de tiempo de apenas treinta años.

Facundo y Severa

La Historia se construye como una suma de relatos. El resultado de esta combinatoria de voces no es una narración aséptica despojada de intenciones. Por el contrario, la mayoría de las veces, esta construcción tiene una finalidad muy precisa. Esto, claro, no es novedad. Sin embargo, resulta revelador encontrar las fuentes dispersas que dieron origen a determinado capítulo histórico y examinar con qué intenciones se fundaron estos relatos. No existe leyenda que no incluya, explícita o implícitamente, a la sexualidad. En efecto, a lo largo de este trabajo hemos podido ver cómo el sexo resulta una pieza fundamental de la historia, ya sea por su carga moral, por su peso narrativo o por su carácter condenatorio.

En este sentido, Sarmiento resulta ser un autor paradigmático, por cuanto en su figura se reúnen el escritor, el político, el estadista y también el cronista de su tiempo. Como hemos podido comprobar, Sarmiento nunca ha rehuído al sexo; al contrario, en sus propias cartas y en sus notas ha dejado su testimonio en primera persona. De hecho, este trato exento de perífrasis que estableció con la sexualidad ha sido utilizada por sus enemigos para acusarlo y hasta para difamarlo. Sin embargo, en esta ocasión descubrimos, no sin asombro, que el propio Domingo Faustino Sarmiento también hizo uso del sexo como elemento narrativo para denigrar a sus adversarios.

En el capítulo décimo de *Facundo*, la obra cumbre del escritor sanjuanino, aparece una curiosa mención acerca de un personaje ciertamente misterioso: Severa Villafañe o «la Severa», como la llama el autor. A partir de algunos fragmentos de este pasaje, intentaremos reconstruir la historia de esta mujer que ha pasado injustamente inadvertida para muchos historiadores. Escribió Sarmiento:

La historia de la Severa Villafañe es un romance lastimero, es un cuento de hadas, en que la más hermosa princesa de sus tiempos anda errante y fugitiva, disfrazada de pastora unas veces, mendigando un asilo y un pedazo de pan en otras, para escapar a las acechanzas de algún gigante espantoso, de algún sanguinario Barba Azul.

Ciertamente, estamos ante el inicio de un relato fascinante. Los personajes y los primeros trazos del argumento ya están presentados: la bella heroína huyendo de su cruel victimario. Sarmiento no ahorra adjetivos para retratar al villano, «espantoso» y «sanguinario», que emprende una persecución implacable tras los pasos de la niña. Nos ha dicho el nombre de la víctima, Severa, aunque no el del verdugo. El lector deberá anticipar el nombre de la bestia. ¿Será, acaso, el mismísimo Facundo Quiroga?

La Severa ha tenido la desgracia de excitar la concupiscencia del tirano, y no hay quien lo valga para

librarse de sus feroces halagos. No es sólo virtud lo que la hace resistir a la seducción: es repugnancia invencible, instintos bellos de mujer delicada que detesta los tipos de la fuerza brutal, porque teme que ajen su belleza.

Sí, en efecto, tal como sospechaba el lector, se trataba del «tirano». Entonces la trama adquiere nuevos ribetes: podemos imaginar a Severa, «la más hermosa princesa», escapando desesperada de las garras de Facundo. La muchacha, solitaria e indefensa, corre con los pies llagados, abriéndose paso a los tropiezos entre la maleza. Su perseguidor, en cambio, paciente pero tenaz, va siguiendo su rastro de a caballo. Por supuesto, no está solo: lo asiste un ejército. Es una persecución desigual, una cacería. Pero ¿qué busca Facundo, por qué tanta saña?

Una mujer bella trocará muchas veces un poco de deshonor propio, por un poco de la gloria que rodea a un hombre célebre; pero de esa gloria noble y alta que para descollar sobre los hombres, no necesita de encorvarlos ni envilecerlos, a fin de que, en medio de tanto matorral rastrero, pueda alcanzarse a ver el arbusto espinoso y descolorido [...] La Severa resiste años enteros.

Los elementos del relato empiezan a cobrar sentido. Facundo Quiroga, como un animal, va detrás de la pobre Severa llevado por la pura lascivia. Uno de los rasgos que constituyen al tirano, además de su carácter «espantoso» y «sanguinario», es la lujuria. He aquí el primer componente sexual del relato. Muchas mujeres, dice Sarmiento en otras palabras, estarían dispuestas a entregar algo de su honor por vivir al calor de un hombre poderoso. Pero nuestra heroína, no. Se niega a echarse a los brazos del tirano, cuyas manos están manchadas de sangre. Prefiere vivir como una paria antes que como una reina prostituida. Pero la historia de la Severa, para construirse como novela y no sólo como tradición, necesita ramificarse, introducir elementos que enriquezcan a los personajes y tornen más emocionante el argumento. Sarmiento lleva al lector a los orígenes del drama:

Una vez, escapa de ser envenenada por su Tigre, en una pasa de higo; otra el mismo Quiroga, despechado, toma opio para quitarse la vida. Un día se escapaba de las manos de los asistentes del general, que van a extenderla de pies y manos en una muralla, para alarmar su pudor; otro, Quiroga la sorprende en el patio de su casa, la agarra de un brazo, la baña en sangre a bofetadas, la arroja por tierra y con el tacón de la bota le quiebra la cabeza.

En pocas líneas, con un poder de síntesis magistral, Sarmiento nos hace una pintura del tirano mostrándonos su crueldad, su lascivia, su ferocidad, pero también su drama existencial: estaba dispuesto a matar o morir por su enfermiza pasión. Pero ¿qué sabemos de la pobre víctima? El monstruo ya ha sido representado en toda su horripilancia. Ahora es necesario pintar a la heroína:

¡Dios mío! ¿No hay quien favorezca a esta pobre niña? ¿No tiene parientes? ¿No tiene amigos? ¡Sí tal! Pertenece a las primeras familias de La Rioja: el general Villafañe es su tío; tiene hermanos, que presencian estos ultrajes; hay un cura que le cierra la puerta cuando viene a esconder su virtud detrás del santuario.

En la figura de la Severa de Sarmiento están presentes todos los elementos de la heroína clásica: ha sido abandonada por su propia familia, por su gente y hasta por los que traicionan la fe. Todo indica que se aproxima a un final semejante al de Juana de Arco.

La Severa huye al fin a Catamarca y se encierra en un beaterío. Dos años después, pasaba por allí Facundo, y manda que se abra el asilo y la superiora traiga a su presencia a las reclusas. Una hubo que dio un grito al verlo y cayó exánime. ¿No es éste un lindo romance? ¡Era la Severa!

El lector pasa las páginas para conocer el final. Sin embargo, da vuelta la hoja y descubre, con desánimo, que Sarmiento lo deja en ascuas. Allí termina la historia. En realidad deja el final deliberadamente abierto para que el lector, ya convencido de la ferocidad del tirano, lo convierta en el asesino de la víctima. Además, Sarmiento elige las palabras con sumo cuidado: «exánime» es un término lo suficientemente ambiguo para que dudemos si el ánimo de Severa la abandonó sólo por un rato o definitivamente. ¿Simplemente se desmayó al ver a Facundo o cayó muerta? En este último caso, ¿murió del susto o el asesino la atacó? Sarmiento sabía que su final abierto habría de contar con varios exégetas. De hecho, fueron muchos los que se atrevieron a escribir el último capítulo de la historia de Severa.

Veamos los diversos finales de la leyenda que establece Sarmiento. El articulista Rodolfo Borillo se inclina por el final más obvio, aunque no arriesga ninguna hipótesis sobre el desenlace de los hechos:

(...) [Sarmiento] se mete directamente en el cuadro, como si quisiera intervenir en la acción que está contando; así (es) cuando narra la triste historia de la Severa Villafañe, golpeada y asesinada por su feroz enamorado.

Resulta curiosa esta interpretación, ya aquí la Severa es, lisa y llanamente, asesinada por la «feroz» acción de Facundo. La niña muere a causa de los golpes del tirano. Pero lo más sorprendente del caso es que no cita a otros autores, sino al propio texto de Sarmiento, en el que, como hemos visto, la Severa sólo cae exánime. Sin embargo, es probable que su lectura haya estado influida por otras tradiciones. Pero tal vez, para conocer el final haya que remontarse al principio de la historia.

No resultó un trabajo sencillo conocer el final del relato. Para eso, hubo que apelar al testimonio de los propios descendientes de la Severa. Resulta ciertamente revelador conocer la versión de Gloria de Villafañe:

La tradición oral de mi familia me llegó cuando, en el secundario, leímos a Sarmiento. A raíz de ello, mi padre, el Dr. Tomás A. de Villafañe Lastra, me contó la historia de Severa: «Estando ella refugiada en el Convento del Huerto de Catamarca con otras mujeres y niñas, entre ellas mi bisabuela de 11 años (en el patio), entró él y quiso sacarla de allí a la rastra, al resistirse fue golpeada por él. A raíz de ello, Severa nunca se recuperó, vivió como apagada, perdida, no comía y al poco tiempo falleció». En muchos aspectos, esta descripción le parecía a él coincidente con la hecha por Sarmiento. Mi padre hacía la siguiente reflexión, él era un jovencito cuando su abuela, Cándida Rosa de Villafañe y Ocampo, le contó esto y le quedo muy vivida la frase de ella «A Severa la *cabeza* le sangraba, quedó en el piso como muerta y nunca más se recuperó, murió al poco tiempo». Y agregaba que, ya siendo médico, al releer Sarmiento

recordó lo dicho por su abuela, ya que el «quedó exánime» describía médicamente lo mismo.

Es válido, sin embargo, preguntarse si esta versión, aunque parezca proceder de una fuente anterior al *Facundo* y más próxima a Severa, no estará influida de manera retroactiva por el ambiguo relato de Sarmiento. Es muy probable, ya que existe otra versión ligeramente diferente, según relata la misma Gloria de Villafañe:

Flora de Villafañe Echegaray, hija de Cayetano de Villafañe Lastra y prima hermana mía, me dio la segunda versión familiar. La historia que ella había escuchado en su casa coincidía en sus detalles generales con la de mi padre, salvo en que Facundo le habría pateado la cabeza cuando cayó al piso al resistirse a ser llevada por él.

Pero para agregar un poco más de condimentos a esta trama casi detectivesca, encontramos que esta versión tampoco es la última, ya que aparece una tercera:

De la rama familiar que desciende del primer matrimonio de mi bisabuelo, con Tránsito Cano y Navarro, me llegó la tercera versión oral: «... vestida con una túnica y como una imagen más en el altar de la capilla, Severa temblaba de terror cuando Facundo entró a caballo a la iglesia y, por ello, la descubre en la penumbra del altar, se arrima y levanta con la punta de la espada el velo que cubría su rostro de santa. Severa grita aterrorizada y cae del altar desmayada golpeando su cabeza, nunca más se supo de ella, quedó enferma y murió». Esta versión proviene de Severa Deydamia de Jesús, 2ª hija del primer matrimonio de Tomás Antonio, hermano mayor de Severa, quien contó esta versión a su sobrina nieta, la abuela de mis primas de Tucumán.

Si nos extendemos tan profusamente en este caso es porque ilustra claramente cómo se escribe la historia; se ve con transparencia de qué forma, a partir de un relato novelesco, como finalmente lo es *Facundo*, se establece una página de la Historia que se reescribe una y otra vez como una suerte de palimpsesto. Hasta tal punto que, cuando ya parece haberse dicho todo, aparece una cuarta versión de boca de la propia Gloria Villafañe:

En mi infancia, la abuela de una amiga, Ana Inés Loinas, me brindó la cuarta versión. Sara Paz de la Colina nos contaba en Unquillo que su suegra, riojana, le refirió la historia de Severa en los siguientes términos: «Quiroga fue a buscar a Severita a su casa y la halló en el patio junto a su familia. Facundo quiso llevarse a Severa y frente a su firme rechazo, él se encolerizó y quiso arrancarla de su casa con violencia. Severa resistió y enloqueció y al poco tiempo murió».

Cuál de todas estas versiones será cierta. Acaso ninguna de todas las expuestas ya que, aunque parezca increíble, existe otra versión:

Una amiga tucumana, Nora Elias, me hace llegar una quinta versión, siempre oral, que provenía de las monjas de la escuela del Huerto de Catamarca donde había estado pupila siendo niña, el mismo convento en el cual Severa se refugió. Dice esta versión que «las alumnas internas mayores asustaban a las más pequeñas con el fantasma de Severa que se paseaba por las galerías todas las noches y se veía tras las columnas». Cuando alguna de las alumnas más traviesas hacía alguna diablura «las amenazaban con encerrarlas en el coro de la iglesia y con que si se portaban mal les iba a pasar lo mismo que a Severita».

Las leyendas se fundamentan en, al menos, dos grandes pilares: uno de orden sexual y otro de índole fantástica. Así, sobre estos cimientos, es como se va

construyendo un relato. Parece increíble que aquel par de líneas tan escuetas como ambiguas presentadas por Sarmiento hayan dado lugar a semejante cantidad de literatura. Pero aquí no terminan las versiones. Gloria Villafañe recuerda la narración del escritor Pedro Bazán:

Facundo obliga a la Superiora a hacer comparecer ante él a todas las monjas, novicias y alumnas que se hallen en éste. Recorre las filas de mujeres hasta que encuentra a Severa rodeada de novicias, aterrorizada y temblando, se desmaya y al volver en sí y mirar a Quiroga, enloquecida habla sin parar, ve alucinaciones, se ríe y se apodera de la cuerda de las campanas que toca a muerto. Quiroga derrotado se retira y promete a la superiora mandar «... el médico de su ejercito». En el Epílogo Bazán dice «... no me preguntéis lo que fue de Severa...», «Desaparece en la noche negra de la tiranía...».

El relato adquiere aquí el tono y los elementos de la novela romántica europea. A los componentes fantásticos se agrega la sordidez de la locura con su retahíla hecha de alucinaciones, carcajadas, las campanadas y la desaparición misteriosa. Podríamos citar cientos de páginas, versiones más o menos verosímiles, más o menos descabelladas, ensayos, estudios, novelas e hipótesis. Hasta se ha compuesto un vals en homenaje a la pobre Severa.

Sin embargo, a pesar de semejante profusión de literatura, solamente existe un documento cierto, tangible e indiscutible. Y cuando encontramos esta prueba no pudimos evitar un escozor. Se trata de una carta escrita por la propia Severa Villafañe. ¿A quién estaba dirigida la carta? Al mismísimo Facundo Quiroga. Podrá imaginar el lector que se trata de una misiva llena de odio, temor o súplicas para que la dejara en paz. Nada de eso. Esta carta que, por otra parte, se halla en el Archivo de Facundo Quiroga, está llena de afecto, de admiración y en ella Severa le agradece al general los regalos que le enviara. Es decir, todo indica que entre ellos existía una relación amorosa. Ésta es la única prueba. Parece increíble que unas pocas palabras de Sarmiento hayan podido construir un mito semejante. Nadie podría discutir las habilidades literarias de Sarmiento: un buen escritor no sólo es aquel que deja una sólida obra surgida de su propia inventiva, sino el que lega su pluma a otros para que continúen la saga del relato que él inició.

III. La Argentina que nació del sexo

1. Los nudistas del Río de la Plata

Durante mucho tiempo y aunque hoy pueda parecer extraño, Buenos Aires era una ciudad con una extensa y muy concurrida playa. Pero además, gran parte de los numerosos bañistas que se acercaban a refrescarse en las aguas del oceánico río de la Plata hacia comienzos de 1800, practicaba el nudismo. Lo que hoy se presenta como una excentricidad venida de Europa, en nuestras playas fue una práctica tan extendida como frecuente y quienes se mostraban escandalizados eran, paradójicamente, los visitantes europeos. El cronista inglés Thomas George Love, sorprendido por estas costumbres «alejadas del pudor», escribió:

A pesar de la falta de casillas para cambiarse, las damas se quitan y ponen la ropa frente a los ojos extasiados que las miran como si se tratara de un grupo de sirenas a las cuales sólo faltara el peine y el espejo para ser perfectas.

Para conocer los hábitos de una época, resulta revelador examinar las prohibiciones; es éste uno de los mejores caminos para conocer cuáles eran las prácticas existentes que se intentaba combatir. En efecto, si revisamos la normativa vigente en aquella sazón, descubrimos que el nudismo era un hábito que se pretendía erradicar. Hacia fines de la época colonial y comienzos del período revolucionario, las ordenanzas policiales impedían que los bañistas de distinto sexo compartieran las mismas playas. En 1830 las autoridades revalidaron una disposición del año '22 que separaba a los hombres de las mujeres: los varones debían permanecer «desde la izquierda del muelle hasta la Recoleta», mientras que las mujeres y los menores de siete años no podían ir más allá del límite establecido «desde la derecha del muelle hasta la Residencia».

Investigando en la legislación de la época, encontramos otra ordenanza policial que multaba «al individuo que no entre al río a bañarse con un traje bastante cubierto de la cintura abajo a cualquier hora que sea». Sin embargo, John Beaumont, otro viajero inglés, pudo comprobar con asombro que:

Los jóvenes de ambos sexos, en general se bañan *nudo corpore* y chapotean en el agua como otras tantas Venus de bronce con sus correspondientes cupidos.

A diferencia de lo que sostenían varias crónicas acerca de la «composición social baja» de los nudistas del Río de la Plata, Beaumont escribió:

Las mujeres de la mejor clase se bañan con vestidos sueltos bajo los cuales antes de entrar al agua se

despojan de sus trajes de calle que dejan a cargo de una esclava.

Examinando la normativa se puede comprobar que algunas cosas permanecieron invariables a través del tiempo: el escaso apego a la ley por parte de la población y la tendencia a los negociados espurios por parte de los funcionarios. Por obra y gracia de un decreto, el ministro Agüero otorgó una licitación a cierta compañía francesa para:

... establecer en el Bajo a la orilla del Río, desde el Retiro hasta la Aduana, habitaciones amovibles y portátiles construidas de madera forrada de lienzo con la separación necesaria para impedir la menor comunicación entre los dos sexos.

El negocio se hizo, pero la obra, no. De manera que hombres y mujeres siguieron mezclándose desnudos en las alegres playas junto al río color de león.

Los ingleses han sido buenos cronistas y acaso dejaron las mejores aguafuertes de la Buenos Aires colonial. Un artículo del *British Packet* deja constancia de cuán alborozada y colorida era la vida de los porteños. A diferencia de los flemáticos londinenses, los habitantes de Buenos Aires no se preocupaban por las formas y, de hecho, andaban por las calles a medio vestir cantando y bailando rumbo a la playa. Veamos un fragmento de la nota:

... me crucé con un grupo de bañistas en el centro de la ciudad que caminaban en doble fila hacia el río vestidos con sus trajes de baño y precedidos por un individuo que llevaba una lámpara y otro tocando la guitarra; ambos en traje de baño.

Pero para los bañistas, la playa no era sólo un lugar de recreación y esparcimiento, sino que, además, usaban sus aguas para higienizarse. Por entonces no existía agua corriente ni todas las casas contaban con aljibes, de modo que si el agua no llegaba hasta la gente, la gente tenía que ir adonde estaba el agua. Las tinas de baño y las bañaderas enlozadas eran un lujo que sólo unos pocos podían permitirse. «El baño», el célebre óleo de Prilidiano Pueyrredón, uno de los primeros desnudos de la pintura argentina del siglo diecinueve, pone de relieve el carácter erótico de la ceremonia del baño. La modelo, recostada sobre la tina, exhibe sus pechos desnudos, mientras el agua muestra a la mujer de la cintura para abajo en forma difusa. La bañadera no sólo denotaba una posición social acomodada, sino que hablaba de cierta amplitud moral en las costumbres. Como no podía ser de otro modo, Mariquita Sánchez de Thompson no sólo tenía el aljibe más lujoso de la ciudad, sino, además, varias tinas que estaban comunicadas a la cisterna por un exclusivo sistema de cañerías y canillas. Veamos una descripción de la época:

Al entrar al patio se ve un artístico aljibe de mármol con sombrero de fierros forjados formando glorieta. Tiene también una curiosa distribución de aguas por tubos desde los patios, que pasan por medio de llaves a las tinas y otras maravillas.

Pero además, la bañadera de Mariquita era de su uso exclusivo ya que, en una

carta, deja constancia de que hizo traer desde Montevideo su tina de baño, porque no estaba dispuesta a usar otra que no fuese la suya. Los baños de Mariquita alcanzaron en su época la estatura del mito. Tal vez el arrebato de Sarmiento, quien, víctima de una pertinaz erección y, según su propia confesión, estuvo a punto de violar a la célebre dama, haya sido producto de haber imaginado a Mariquita desnuda, dándose unos de sus famosos baños. Existe una historia que, sin dudas, fue la que alimentó las fantasías de varios de los hombres cercanos a Mariquita. Santiago Calzadilla, autor de *Las beldades de mi tiempo*, cuenta algunos detalles acerca de los encuentros furtivos que solía mantener Mariquita con su futuro marido:

El inglés que no era lerdo, parodiando al duque de Buckingham con Ana de Austria, se entendió con el aguatero de la casa pues, como es sabido, en ese tiempo no había aguas corrientes, ni pestes; y tomando su traje y pintándose la cara de sucio, para que mamá (todas las criadas, como sucede, estaban en el secreto) no lo conociera, entraba a la casa a distribuir y llenar el baño para su Dulcinea, que lo esperaba con cariñoso anhelo, a recoger una miradita siquiera, del rubio inglés, y darle un pellizco de esos que daban entonces a manera de cariños, como para advertirles que no se demandaran.

Cierta o no, esta historia pone en evidencia las fantasías que solían despertar los baños de Mariquita Sánchez.

2. Historia de la prostitución

Hemos examinado en el primer volumen de este trabajo el origen y la expansión de la prostitución en nuestro país desde la época de la Conquista hasta los tiempos prerrevolucionarios. Las primeras prostitutas que arribaron al Río de Plata lo hicieron en el mismo barco que trajo al fundador de Buenos Aires, Pedro de Mendoza. Desde la llegada de aquellas primeras doce meretrices pioneras hasta la reglamentación de la prostitución, pasaron trescientos treinta y nueve años. El 5 de enero de 1875 la Comisión Municipal de la ciudad de Buenos Aires dio sanción a la primera normativa que habría de legislar el más antiguo de los oficios.

Puede afirmarse que la prostitución y las enfermedades venéreas nacieron junto con la ciudad de Buenos Aires y fueron creciendo parejas. La sífilis llegó a las orillas del Río de la Plata en la misma sangre del fundador de la ciudad: Pedro de Mendoza estaba infectado por la enfermedad. De hecho, al adelantado español no lo impulsaba un afán de conquista ni un espíritu de gloria. La verdadera razón por la que llegó a estas playas fue una y muy concreta: a sus oídos había llegado la noticia de que en las cercanías del río crecía una planta cuyo polen, mezclado con los aires saludables del estuario, tenían un efecto curativo sobre la sífilis.

De hecho, Buenos Aires lleva su nombre gracias a las ilusorias esperanzas de su fundador. Ni los duros cardos de las pampas resultaron tan benévolos ni los aires de Buenos Aires eran tan buenos: de hecho, Pedro de Mendoza murió ardiendo en llagas en el viaje de regreso a España. Pero ya había plantado su semilla.

Revisando la historia, encontramos que varias normativas aludían implícita o explícitamente a la prostitución. La Real Cédula del 14 de noviembre de 1509 prohibía la llegada a América de todos aquellos que no tuviesen oficio o «lícita manera de vivir», eufemismo este último que apuntaba a la prostitución, actividad ciertamente ilícita. En el Archivo General de Indias se conserva otra cédula, que venía a reforzar la anterior, «impidiendo la introducción de esclavas blancas». Sin embargo, nada de esto fue un obstáculo para que Pedro de Mendoza introdujera sus doce mujeres, convirtiéndose, de paso, en el primer tratante de blancas de Buenos Aires.

Ya hemos dicho que hacia comienzos del siglo diecisiete la prostitución se ejercía en las pulperías. Veamos de qué forma se fue expandiendo la actividad en Buenos Aires desde la llegada de aquellas primeras doce fundadoras en 1509: en 1668 había ocho lupanares, en 1718 el número ascendió a noventa y en 1792, a ciento veinte. Pero hacia comienzos del siglo diecinueve, encontramos que el número había crecido

de una manera exponencial: en 1820 se contabilizaban alrededor de seis mil prostíbulos.

La falta de una legislación específica para la prostitución hacía que todos los eslabones y elementos de la actividad fuesen nombrados por un sinnúmero de eufemismos que variaban junto con las usanzas de cada época. Así, en las primeras épocas, las prostitutas eran llamadas sencillamente «blancas», para diferenciarlas del tráfico de esclavos negros, mientras que los prostíbulos se llamaban, genéricamente, «pulperías». Sin embargo, existen pruebas de que muchas esclavas negras fueron explotadas por sus propietarios prostituyéndolas. En cuanto a la legislación, sólo existía una serie de edictos que fijaban los horarios de atención al público, el derecho de admisión y permanencia y las mercancías que podían comerciarse, de modo tal que no quedaran en evidencia los «tratos ilícitos» que en realidad se ocultaban tras la máscara de la razón social, que, por lo general, era un mero nombre de fantasía.

Toda esta legislación tenía un propósito: mantener el equilibrio entre la necesidad social, los negocios espurios y la moral pública. Es decir, se trataba de poner normas a la prostitución y permitir su existencia de manera solapada. O dicho de otra forma, de legislar sin legalizar. Una de las fuentes más valiosas para desenterrar el modo en que se ejercían las actividades al margen de la ley, son los archivos judiciales: existen numerosos registros que dejan la huella de la prostitución en denuncias por «ilícita amistad», escándalo, mancebía, secuestro, estupro y «secuestro de esclavas para prostituirlas».

El virrey Vértiz fundó la Casa de Corrección con el propósito de «dar amparo a las mujeres de mal vivir». Sin embargo, ante el crecimiento de la prostitución, el Cabildo dispuso la creación del «Depósito de mujeres de vida licenciosa, escandalosa o amancebada». Las reglamentaciones francesas impulsadas por Napoleón en 1805, que obligaban a la revisión médica y el control sanitario de las prostitutas, fueron el modelo para las normativas que habrían de adoptar, más tarde o más temprano, diversas naciones.

A partir de la Revolución de Mayo los espacios públicos se multiplicaron, al tiempo que las mujeres ampliaron su movilidad dentro de la sociedad. El ejercicio de la prostitución también habría de extender su frontera: su espacio no habría de limitarse sólo a las pulperías; las mujeres de «vida ligera» tenían cada vez más exposición y podía vérselas en calles más transitadas y menos alejadas del centro de la ciudad y también en tabernas, fondas y cafés. Pero la actividad continuaba al margen de la ley. El advenimiento de la Revolución no significó para la prostitución ningún avance legal. A tal punto, que en todos los censos llevados a cabo entre 1810 y 1836 ni siquiera se menciona el más antiguo de los oficios. Por el contrario, lejos de mostrar alguna tolerancia, luego de los episodios de Mayo se pueden contar numerosos abusos por parte del poder hacia las prostitutas. En 1813, por ejemplo, ante la mirada espantada de los porteños, fueron ahorcadas «algunas mujeres de mal vivir». La crónica, ciertamente desdeñosa, no consigna cuántas fueron ejecutadas ni

cómo se llamaban. Con el evidente propósito de avalar estas atrocidades, pudimos encontrar, en cambio, algunas justificaciones por parte de las autoridades, sosteniendo que «esas mujeres eran escandalosas, alcohólicas y relajadas». Agregaban que el aumento de la prostitución provocaba «la proliferación de recién nacidos abandonados en las puertas de las iglesias, baldíos y descampados. Muchos mueren de frío o comidos por animales sueltos».

En tiempos de la Mazorca, Juan Manuel de Rosas llevó a cabo una «limpieza» de Buenos Aires, consistente en sacar a las prostitutas de la calle por la fuerza y enviarlas a los pueblos del interior. Movidó por un piadoso afán de redención, el Restaurador obligaba a las mujeres a ofrecerse en matrimonio a los soldados para que formaran con ellos «hogares honestos». Las que no tuvieron la suerte de casarse fueron llevadas a la cárcel del Cuartel de Santos Lugares, la misma en la que fue fusilada Camila, y recluidas sin causa ni juicio.

Pero examinemos cómo evolucionó la prostitución en el período correspondiente a la inmigración. Buenos Aires también tuvo sus «años locos». Hacia fines del siglo diecinueve y comienzos del veintela ciudad resplandecía: la nueva arquitectura venida de Francia, el florecimiento de los salones de baile, los *cabarets* más lujosos de América del Sur, el surgimiento del tango, el encanto «canyengue» de los suburbios y el *glamour* de los barrios ricos se mezclaban para dar vida a la legendaria noche porteña. Sin embargo, detrás de esta marquesina esplendorosa se escondía un mundo sórdido en el que convergían la trata de blancas, el tráfico de mujeres traídas mediante engaños desde Europa, la explotación vil de menores prostitutas por la fuerza, el contrabando, las enfermedades venéreas y los vínculos de todos estos factores con el poder político.

No puede comprenderse la vida nacional de aquel período sino a la luz del fenómeno inmigratorio. En aquella ciudad que crecía en forma vertiginosa, de pronto la población local se vio superada ampliamente por los extranjeros; aquí y allá se escuchaba hablar en italiano y en alemán, en yiddish y en gallego, en polaco, en ruso y, en fin, en una cantidad de lenguas jamás oídas por estas playas. Para muchos resultaba sorprendente el hecho de que, incluso, muchos de los policías reclutados no hablaban una sola palabra en castellano. Otro fenómeno determinante para comprender las condiciones en las que creció la ciudad, fue el hecho de que gran parte de los inmigrantes eran solteros jóvenes que llegaban para sumarse, como mano de obra, al proceso de industrialización. Esto produjo un hecho inédito: se invirtió la tasa de hombres y mujeres en condiciones de casarse. Es decir, por primera vez había mayor cantidad de hombres que de mujeres solteras. Esta desproporción facilitó la rápida expansión de la prostitución, que surgió como una súbita y natural necesidad social. Así, la ribera y la zona portuaria que albergaban los más antiguos prostíbulos, de pronto se convirtieron en el centro neurálgico de un sinnúmero de locales que, bajo distintas apariencias, eran, en verdad, lenocinios. En los cafés, en los salones de baile o en las calles, había mujeres que ofrecían sus servicios a la enorme cantidad de

hombres que habían llegado a la ciudad para conseguir un trabajo.

Al ejercicio de la prostitución y aprovechando la fachada legal de esos locales, se sumó una serie de actividades igualmente ilícitas como las apuestas, el juego de naipes y la compra y venta de mercaderías producto del contrabando. A diferencia de lo que ocurría en las llamadas casas de tolerancia, las mujeres que trabajaban en los cafés portuarios podían entrar y salir del local libremente y participaban de las ganancias en calidad de «asociadas». Sin dudas, estas condiciones eran realmente privilegiadas si se las compara con el modo en que luego habrían de ser sometidas a una situación cercana a la esclavitud. La misma inmigración que permitió el florecimiento de la industria, el vertiginoso crecimiento económico y la expansión de la ciudad, tuvo su contracara siniestra: la enorme demanda sexual que produjo esta superpoblación masculina, provocó el creciente tráfico de mujeres traídas desde distintos países europeos para explotarlas sexualmente. La trata de blancas se convirtió en un negocio fabuloso en el que participaban delincuentes a uno y otro lado del océano: comisionistas, empleados de migraciones y funcionarios eran parte de esta lucrativa cadena. Las víctimas no eran prostitutas, sino mujeres jóvenes pertenecientes a familias humildes que, bajo la promesa de un futuro venturoso en América, llegaban engañadas y terminaban siendo prostituidas de manera cruel. Por lo general, los tratantes fraguaban matrimonios con sus víctimas, de manera tal que éstas adoptaran la nacionalidad del «cónyuge» y perdieran la propia. Así, sometidas a un período de reclusión primero y de explotación después, perdían todo derecho a denunciar su situación en las embajadas de sus países de origen. Despojadas de sus documentos, conculcados sus derechos al verse condenadas a la ilegalidad migratoria, doblegadas física y moralmente, sin conocer el idioma y bajo amenazas constantes, finalmente, se entregaban a la voluntad de los rufianes.

El *modus operandi* funcionaba de la siguiente manera: luego de reunir en Europa un grupo de alrededor de diez mujeres, las embarcaban en el puerto de Marsella rumbo a Montevideo. Desde Uruguay las cruzaban a Buenos Aires, ya que en este tramo era más fácil sortear el control de las autoridades. Hacia 1860 ganaron triste notoriedad Adolph Weismann y Jacobo Hónig, dos traficantes que abrieron el legendario burdel de Cerrito 123, cuyas pupilas eran las más bellas y solicitadas de América del Sur. Estos locales pronto habrían de multiplicarse en la cercanías de aquél. Para ver de qué modo se produjo el crecimiento exponencial de los prostíbulos, resulta elocuente revisar los registros de la época; por ejemplo, en la calle Uruguay y Rivadavia, encontramos que casi todas las casas eran, en realidad, lenocinios: sólo en la vereda sur se advierte que los números 8, 10, 12, 14, 16, 18, 24 y 26 eran burdeles. En la calle Esmeralda comprobamos que el 168, el 176, el 184, el 188 y, en la vereda de enfrente, el 155, el 163 y el 179 eran todos prostíbulos. Lo mismo sucedía en el rectángulo determinado por las calles Tucumán, Libertad, Corrientes y el Parque de Artillería (actualmente Tribunales). Las noticias que han llegado hasta nuestros días sobre la existencia de estos lupanares y su ubicación exacta tienen origen en las

numerosas denuncias policiales y judiciales a causa de ruidos molestos, escándalos, trifulcas, riñas y heridos con armas blancas. Sin embargo, la complicidad con la policía y las autoridades hacía posible su funcionamiento, pese a las numerosas denuncias. Cuando mucho, se clausuraban durante un tiempo breve y, poco después, volvían a abrir sus puertas. A propósito, resulta interesante examinar el siguiente documento, escrito el 3 de julio de 1874 por el comisario de la seccional 1ª:

En la mañana de hoy al querer salir del lupanar calle de Corrientes N° 35 las mujeres Margarita Brut, Emilia Cavendiche, Elisa Nidercan y Luisa Cuneo fueron detenidos por Carlos Rock y Anita Rock, dueños de dicho lupanar, tomándolas a golpes ayudados por el mozo Francisco Pose. Enseguida fueron despedidas de la casa pero sus ropas se las detuvieron con la excusa de que debían en la casa y concluyeron por despojar por métodos violentos de las carabanas y un medallón que tenía puestos la mujer Emilia. Unas presentaban varias contusiones de los golpes que habían recibido. Lo mismo que Margarita que venía con la boca llena de sangre cuando se presentó en esta comisaría a quejarse de lo que pasaba. A Elisa le rompieron sus ropas cuyos pedazos remito a usted. Doña Analía Araujo, que sirve en la casa contigua a este lupanar dice que oíó salir llorando a algunas mujeres y quejándose de que las habían estropeado... Por esta causa constituí en prisión en este departamento a Carlos Rock que es polaco, de 41 años, casado, dueño del lupanar calle de Corrientes N° 35 y Anita Rock, polaca, de 30 años, casada, dueña de la misma casa y a Francisco Pose, francés de 29 años, soltero, mozo del mismo establecimiento; lo que aviso a usted a sus efectos.

Este documento de 1874 pone claramente de manifiesto la violencia con que se sometía a las mujeres y cuál era el ámbito, sórdido y peligroso, en el que se desenvolvía la prostitución. Ante la proliferación de tantos males asociados a estas prácticas, el año siguiente tendría lugar la primera normativa que habría de regir al más antiguo de los oficios. En efecto, en 1875 se sancionó la primera ordenanza que reglamentaba el ejercicio de la prostitución. Por primera vez los lenocinios tenían existencia legal y las mujeres que trabajaban en ellos debían inscribirse obligatoriamente en un registro en el que constaban, entre otras cosas, las revisiones médicas periódicas a las que debían someterse. Ahora bien, vale la pena preguntarse si esta legalización tenía por objeto otorgar a las mujeres una serie de derechos hasta entonces inexistentes o si, al contrario, esta normativa no era más que una suerte de *ghetto* legal para limitar el ejercicio de la prostitución. Bajo la excusa de mantener a raya las enfermedades de contagio sexual, muchas veces se restringieron las libertades sexuales. De hecho, los defensores de la legislación, ante el ataque de los opositores, por lo general sectores vinculados a la Iglesia, argumentaban que la nueva normativa no significaba suavizar los cánones morales:

Se intenta conciliar la tolerancia de la concupiscencia masculina con la profilaxis de las enfermedades de transmisión sexual.

Pese a las críticas de diverso signo, la nueva legislación pronto se hizo extensiva a varias ciudades del interior. Sin embargo, los anunciados beneficios que habrían de traer los reglamentos no solamente no se advertían, sino que, por el contrario, los males que se pretendía combatir iban en aumento. Las enfermedades venéreas seguían creciendo entre la población y la trata de blancas, lejos de mermar, se

multiplicaba. En efecto, cuando las leyes están destinadas a coartar derechos antes que a otorgarlos, cuando su función no consiste en extender las libertades públicas sino, al contrario, limitarlas, suelen estar condenadas al fracaso. No obstante, la normativa se mantuvo en vigencia durante sesenta años, en el curso de los cuales se introdujeron diversas enmiendas y modificaciones que, sin embargo, nunca alcanzaron para que la Ley llegara a ser eficaz. En el año 1934 la reglamentación, finalmente, fue derogada y todos los prostíbulos de Buenos Aires fueron, al menos formalmente, clausurados. Tres años más tarde, en 1937, se sancionó la ley 12 331 que ordenaba cerrar todos los lenocinios en el territorio nacional. Desde luego, la derogación de las ordenanzas fue tan ineficaz como su puesta en práctica sesenta años antes, ya que la prostitución, y todas sus consecuencias, no dejaron de crecer y multiplicarse.

El tango y el sexo

Tal vez ningún acontecimiento popular como el tango haya puesto en evidencia los vínculos no siempre visibles entre la cultura y la sexualidad. Esta afirmación, hecha en un sentido amplio, puede ajustarse, sin embargo, a diferentes áreas específicas de la producción artística y a las más diversas manifestaciones sexuales. La música, la poesía y la danza se mezclaban en los prostíbulos, los salones de baile y luego los *cabarets*, en un movimiento que, conforme se extendía, iba ascendiendo desde las clases más bajas y los arrabales hacia los sectores acomodados y los barrios ricos. Desde luego, éste fue un progreso lento, por momentos tortuoso y conflictivo.

Para comprender la génesis del tango como fenómeno cultural es preciso considerar el cambio que se produjo en Buenos Aires entre las postrimerías del siglo diecinueve y los albores del veinte. Hacia el año 1900 la ciudad presentaba un aspecto apocalíptico; el otrora suntuoso barrio de San Telmo, cuyos caserones coloniales albergaban a las familias más ricas, era por entonces una ciudadela fantasmal y vacía: las calles desiertas y las casas abandonadas, las puertas y ventanas rechinando a merced de la brisa del río, eran el testimonio de la catástrofe reciente. Dos temibles palabras resumían la devastación: fiebre amarilla. La peste había diezmado a la población porteña, obligando a los sobrevivientes a un éxodo perentorio hacia los descampados del norte de la ciudad. Esta migración doméstica coincidió con las grandes inmigraciones de aquellos que venían del otro lado del océano Atlántico. Así como las ricas familias de Buenos Aires huían de la enfermedad, nutridos contingentes formados principalmente por italianos y españoles venían de su tierra escapando del hambre y la miseria. Así, los recién llegados, a medida que bajaban de los barcos, iban ocupando los ruinosos caserones vecinos al puerto, abandonados por las ricas familias criollas que habían construido sus nuevos palacetes en la zona de las quintas de Retiro y Recoleta. De esta manera, Buenos Aires asistió al nacimiento de un nuevo e inédito espacio de integración cultural: el conventillo. Los inmigrantes europeos que se instalaron en las casas coloniales de San Telmo, pensadas originalmente para una sola familia, transformaron aquellas residencias espaciales en hogares para varios grupos familiares. Cada cuarto, habitado por matrimonios con hijos, constituía el espacio íntimo, mientras que el patio central era el lugar social en el que se reunían todos, mezclándose numerosos idiomas y diferentes culturas que pronto habrían de sintetizarse, otorgando a la ciudad una nueva identidad.

A lo largo de la historia argentina pueden identificarse al menos cuatro grandes

políticas sexuales concebidas e instrumentadas desde el poder: la primera tuvo lugar durante la época de la conquista: como ya hemos visto, la corona española llevó a cabo un plan de dominio no sólo político y social sobre los pueblos originarios, sino también, de carácter sexual. La violación sistemática, la apropiación de mujeres y niñas para el comercio sexual, los actos de proxenetismo llevados a cabo por el mismo Cristóbal Colón, demuestran que no se trató de casos aislados ni de excesos, sino de un plan preconcebido, surgido del corazón del poder monárquico español. La segunda herramienta forjada en función de una política sexual concreta tuvo lugar durante el mestizaje: fue éste un proceso perverso, consistente en mezclar la sangre española con la de los aborígenes con el único propósito de expandir la estirpe europea en territorio americano, negando a los hijos mestizos el derecho a la herencia. Acaso la humillación impuesta al mestizo haya sido la remota simiente de los posteriores movimientos independentistas. La tercera planificación sexual fue la que llevó a cabo la oligarquía: los matrimonios se arreglaban de tal modo que aquellos enormes latifundios permanecieran en pocas manos; así, los lazos sexuales, circunscriptos a tan pocas familias, produjeron un orden endogámico cuando no incestuoso. La última política sexual concebida por el Estado fue la que tuvo lugar a partir de la inmigración que se inició durante la segunda mitad del siglo XIX. Resulta sumamente interesante ver de qué modo se mezclaron en este proceso los factores políticos, sociales, económicos y sexuales, para dar lugar a un fenómeno cultural que, a su vez, creó las condiciones que dieron a luz nuevos escenarios políticos, económicos, sexuales y culturales.

Hacia 1850 la Argentina iniciaba la fase de organización y consolidación de un Estado inspirado en un proyecto tendiente a proveer materias primas a una Europa necesitada de granos, cereales, carne, lana y, en fin, de todo aquello que pudiera dar el fértil suelo de la Pampa Húmeda. Es el inicio de aquello que, años más tarde, habría de afianzarse como el modelo agroexportador, cuya implementación hacía imprescindible esta corriente inmigratoria dispuesta a poblar y trabajar el campo. Sin embargo, el carácter latifundista que habían impuesto los grandes terratenientes hizo que el plan fuese de imposible aplicación: la resistencia de los dueños de los campos a la distribución de la tierra, obligó a los inmigrantes a quedar varados en las ciudades en situación de hacinamiento.

La composición de los diferentes grupos de inmigrantes cambió drásticamente la semblanza criolla que había caracterizado la época de la colonia primero y de la independencia después. Sicilianos, calabreses, napolitanos, gallegos, asturianos, vascos y catalanes se mezclaban en los conventillos porteños como no lo habían hecho siquiera en Europa. En menor número llegaron también franceses, ingleses, alemanes y suizos. Más tarde arribarían rusos, sirio-libaneses, judíos de distintos países del centro y el este europeo, todos conviviendo en inédita armonía en los conventillos de San Telmo, Barracas y la Boca del Riachuelo.

Resulta imprescindible en este punto examinar cómo era la composición social de

Buenos Aires para ver de qué modo la inmigración modificó el panorama nacional. Por entonces, aquella aristocracia dueña de los latifundios estaba fuertemente unida por verdaderos lazos de sangre que, igual que las antiguas monarquías, se resistía a renunciar a sus prerrogativas y privilegios a manos de los «plebeyos». Constituían aproximadamente el uno por ciento de la población y aunque pudiese parecer una contradicción, pese a que tenían sus ojos puestos en Europa, veían con desagrado la llegada de aquel aluvión de inmigrantes hambrientos y desharrapados. La clase media alta estaba compuesta por comerciantes prósperos, profesionales acomodados y chacareros criollos que se vieron beneficiados con la súbita y extraordinaria alza del valor de sus campos. Este sector no llegaba al diez por ciento de la población. La clase media baja estaba compuesta por pequeños comerciantes, profesionales incipientes y empleados más o menos jerarquizados y, contando con algunos recursos financieros, representaban aproximadamente la cuarta parte de la población.

Los inmigrantes recién llegados pasaron a engrosar la base de la pirámide, es decir, la clase baja que, desde luego, era la gran mayoría.

Los nuevos habitantes de la ciudad originaron el mayor cambio cultural en la historia de Buenos Aires: se produjo una explosión demográfica sin precedentes; las semillas del socialismo y del anarquismo encontraron un suelo fértil para arraigarse y propagarse, dando lugar a los movimientos que, más tarde, conformarían los primeros sindicatos. Aquella Buenos Aires fundada por Pedro de Mendoza, un sifilítico en fase terminal que había llegado a estas lejanas latitudes con la esperanza de curarse, era una aldea tradicionalmente pobre: no tenía las riquezas auríferas de Potosí o El Cuzco, ni la importancia política de Lima o Potosí. La oleada inmigratoria otorgó a la ciudad un carácter cosmopolita muy diferente del aire colonial que aún se respiraba en otras urbes de América; el lenguaje, las costumbres, el vestuario, la arquitectura, la música y, en fin, todas las manifestaciones culturales se vieron fuertemente conmovidas. Era el fin de una época y el comienzo de otra.

Tango y prostitución

Para estimar en su verdadera dimensión el fenómeno de la inmigración, basta señalar el hecho de que, en la, Buenos Aires de fines del siglo diecinueve, siete de cada diez habitantes eran extranjeros. La ciudad cobró una nueva vida con sus calles transitadas por hombres y mujeres que traían en sus ojos el azul del Mediterráneo, las lenguas y dialectos de cada península, la cultura de siglos en cuya memoria ancestral se mezclaban el orgullo de un pasado imperial, un presente de hambre y un futuro que vislumbraban promisorio. Fue este magma el que produjo el estallido cultural que habría de sepultar para siempre la aldea criolla. Sin embargo, la aristocracia asistía con espanto y preocupación a ese aluvión que venía a romper la previsible, monótona y controlada aldea porteña. Si hasta entonces el apotegma de «civilización o barbarie» aludía a la antinomia de la ciudad ilustrada contra el campo brutal del gaucho y el indio, de pronto los términos se invirtieron: ahora la ciudad había sido tomada por hordas de extranjeros zaparrastrosos, hambrientos y, por si fuese poco, con ideas socialistas, cuando no anarquistas. Eran, sin dudas, más temibles que los malones y los gauchos «vagos y mal entretenidos» que tanto abominaba Sarmiento. Entonces la oligarquía se refugió en sus estancias, fundó su propia literatura, una épica que reivindicaba al campo, otrora denostado como tierra de bárbaros. Hasta los antiguos unitarios empezaban a reconciliarse con la rural figura de Rosas. Ahora no sólo había que aniquilar al indio, sino mantener a raya al «gringo» que venía a quedarse con la nación. Ése era el ideario que impulsaba a Mitre y Ramos Mejía; en ese contexto, Roca era la espada y Eugenio Cambaceres, la pluma.

La generación que propició la inmigración imaginó un europeo ideal: franceses que habrían de traer el último grito de la moda parisina, italianos con su equipaje colmado de partituras operísticas y flemáticos ingleses como los que habían llegado a Estados Unidos. Nada más lejano: estos inmigrantes, a los ojos decepcionados de la aristocracia, eran la lacra iletrada vomitada desde las entrañas profundas de su propia cultura. Genoveses analfabetos, prostitutas raquílicas, gallegos hambrientos, rusos socialistas y polacos perseguidos convivían en el conventillo. Todos se reunían en el patio, a la sombra de la parra, para cambiar experiencias; cada uno añoraba su terruño y así, hablando en un castellano hecho de retazos de otros idiomas y dialectos, reinventaron una pequeña Europa en suelo criollo. Ese patio común fue la cuna del tango. El cuarto del conventillo donde habitaba cada familia se convirtió en la aldea, el patio se transformó en continente y la ciudad, en el universo. El tango, en su origen, fue universal en la medida en que supo pintar esa aldea hecha de nostalgia.

Como toda gran poética clásica, el tango hablaba del destierro y el exilio. Igual que en la poesía griega, el desterrado se preguntaba por su condición, por su origen y su destino. Hornero Manzi era, en principio, Hornero: la épica del extranjero que navegaba a tierras desconocidas era la misma de la *Ilíada* y la *Odisea*. Pero además de Hornero era Manzione, un niño que se crió en Pompeya, a orillas del Riachuelo. El tango fue la síntesis de la tradición poética universal amasada con el fango de los arrabales y el de los prostíbulos cercanos al puerto. Nada más lejano al naturalismo que Cambaceres tuvo que importar de París, ya que en los barcos no venía, precisamente, el espíritu de Émile Zola.

Pero antes que la poesía fue la música: el bandoneón, alemán, llegó luego de las flautas primitivas que le daban al género en ciernes una cadencia habanera; el ritmo africano aletargado, las armonías tomadas de la *canzoneta* napolitana, las melodías genovesas y vascas se mezclaban para que los cuerpos se fundieran en una danza hecha de *glamour* francés y sensualidad negra. Fue ese baile escandaloso el que confinó al tango, en sus orígenes, al ocultamiento y lo llevó a los salones más o menos clandestinos de los burdeles. Así, el tango y la sexualidad quedaron hermanados en aquellos tugurios marginales que constituían la cuna recóndita de una nueva cultura. El tango era cosa de hombres; hasta tal punto esto era así, que los primeros pasos de esta danza inédita fueron inventados por parejas masculinas que esperaban su turno para pasar con las mujeres. Algunas letras de la época reflejan de manera burlona este juego cercano a la homosexualidad:

*Qué dicha tan singular
y qué emoción
se siente bailando un tango,
cuando el que baila es un pierna
y con calor
se balancea al compás.
Se siente por todo el cuerpo,
sin cesar
un voluptuoso mareo;
con el balanceo
me da un cosquilleo
que no es posible explicar.*

A nadie podía escapar que este procaz baile entre hombres tenía un decidido componente homosexual; la única forma de dejar en claro que esto no era más que un juego, era admitiendo, mediante el humor, que el tango se bailaba entre hombres:

*Es el tango para bailar
una danza muy singular*

*que el alma nos enajena
y de emociones nos llena.
Es el tango mi gran pasión
y palpita mi corazón
cuando bailo con un criollo
buen pierna y se hamaca mi corazón.*

Fue justamente este carácter fuertemente ligado al sexo lo que despertó la aversión de los sectores más acomodados, siempre tan proclives a escandalizarse y rasgarse las vestiduras en público. El tango se convirtió en la síntesis de todo aquello que espantaba a la aristocracia; en esta repulsión se mezclaban expresiones xenófobas, temores de clase y el más profundo desprecio por la cultura popular, todo bajo el disfraz de la defensa de los valores morales, cuyos pilares, según clamaban, temblaban ante el taconeo orgulloso de los botines embarrados.

La generación del 80 escribirá novelas, leyes, disposiciones, edictos, reglamentos, vinculará al inmigrante con la peste y el tango recibirá los mismos adjetivos despectivos que el extranjero. Su música es la expresión de una moral repugnante que da cuenta de la repugnancia que producen los inmigrantes en las élites. El extranjero, como el tango, es la amenaza de una infección que es necesario extirpar. Y para ello serán necesarios los médicos, diestros en el manejo del bisturí.

Esta descripción de Gustavo Várela ilustra la brecha entre aquello que imaginó la generación del 80 y la forma en que luego combatió su propia política de inmigración. Como hemos visto, primero llegó la música, luego la danza y bastante más tarde llegaría la poesía. Antes de que el tango alumbrara poetas como Celedonio Flores, Hornero Manzi, Cadícamo o Discépolo, antes de que surgieran letras como la de *Cambalache*, *Naranja en flor* o *Tinta roja*, el tango primitivo estaba muy lejos aún de fundar una poética como la que hubiese esperado la aristocracia. Hagamos un repase de los títulos de los primeros tangos que se cantaron: *Empuja que se va a abrir*, *Échale aceite a la manija*, *Se te paró el motor*, *Va Celina en punta*, *Afeitáte el siete que el ocho es fiesta*, *Tócamelo que me gusta*, *Viejo encendé el calentador*, *Métele fierro hasta el fondo*, *Déjalo morir adentro*, *El movimiento continuo*, *Date vuelta*, *Pan dulce*, *Tómame el pulso*, *¡Al palo!*, *Mordeme la oreja izquierda*, *Aura que ronca la vieja*, *El fierrazo*, *Tócalo más fuerte*, *Qué polvo con tanto viento*, *Hacele el rulo a la vieja*, *Sacudime la persiana*, *Dos sin sacar*. Estas primeras letras muestran claramente el estrechísimo vínculo entre el nacimiento del tango y la sexualidad. Pese al vuelo poético que alcanzó el tango hacia la década del 30, nunca perdió estas arcaicas formas arrabaleras que incluían pinceladas de humor ácido, un lenguaje orillero que abrevó en las cárceles y aquel léxico propio del burdel.

Sarmiento, principal impulsor de la inmigración, había imaginado un país libre de «barbarie», con ciudadanos ilustrados, gauchos redimidos por la lectura del *Contrato Social*, indios educados por maestras francesas y estadounidenses y ciudades repletas de escuelas. Sin embargo, la herencia que dejó Domingo Faustino Sarmiento a su

muerte en 1888 fue de 240 escuelas contra... 6000 mil prostíbulos; es decir, en Buenos Aires había 25 burdeles por cada parvulario. Un número nada despreciable para aquel que, en sus gastos de viajes por Europa, liquidaba puntualmente sus gastos en orgías. Tal vez el viejo maestro jamás hubiese valorado el maravilloso fruto de la semilla que, contra su voluntad, había sembrado: la simiente del tango surgido de aquellos prostíbulos.

Muchos hubieran querido arrogarse la paternidad del tango; suponiendo que esa tarea fuese posible, varios señalarían a Ángel Villoldo como el padre del tango. Compositor, músico, apologista del libertinaje, albañil de oficio, Villoldo fue autor de *El choclo*, el tango más emblemático junto con *La cumparsita*. Hasta tal punto que, durante la Primera Guerra Mundial, en ocasión del agasajo a un dignatario argentino en Alemania, el pianista, con toda ceremonia, ejecutó el Himno Nacional Argentino; el agasajado, incómodo, agradeció gentilmente; nunca se atrevió a revelar a los anfitriones que lo que acababa de tocar el pianista era el himno, sí, pero el himno de los bajos fondos: había ejecutado, con toda la pompa, *El choclo*, título que, se sospecha, aludía al miembro viril.

El autor de nuestro «Himno», firmaba sus canciones menos académicas con un seudónimo elocuente: Lope de la Verga. Este mote herético a oídos de la aristocracia, revela, sin embargo, cómo el tango supo mezclar, desde sus comienzos, lo culto con lo profano. Bajo este apodo firmó versos tales como *La reja*:

*Algunos despreocupados,
que son de los asquerosos,
después de cojer gustosos,
dejan los forros colgados.*

O las rimas de *A mi amor herido*, que, ciertamente, guardaban poca relación con las de Bécquer:

*Me enardece de tu látex la tersura,
Me subyuga de tu cutis el rubor,
Y en las horas placenteras del amor
Me fascina acariciarte la costura.
Y la mira de tus ojos, cual linterna,
y el cristal de tus pupilas, color cielo,
y ese polipropileno de tu pelo
que en cien rizos se repite en la entrepierna...
Oh mi amor, liviano amor, ¡etéreo amor!
el silencio es el más grande de tus dones
y en el orbe no hallaría bien mayor...
No te quejes pero siento tu dolor*

*y prometo no morder más tus pezones
hasta tanto no me compre un inflador.*

Vale la pena detenerse en el vínculo que se estableció entre el tango y la prostitución. Como hemos dicho, el nuevo fenómeno cultural nació y se desarrolló en los burdeles. Pero resulta revelador examinar estos espacios y observar de qué manera se fueron modificando a medida que el tango se iba expandiendo. Según hemos podido establecer en el primer volumen de este trabajo, *Pecar como Dios manda*, el ejercicio de la prostitución se dio inicialmente en las pulperías. Resulta notable cómo siempre el prostíbulo necesitó enmascararse bajo los ropajes de los locales preexistentes y fue nombrado con distintos eufemismos a lo largo de la historia. Así como durante la época de la colonia el lupanar se disfrazó de pulpería, en la época de la confederación los prostíbulos pasaron a la ciudad bajo el nombre de «casas de baile». A causa de este carácter mimético, resulta muy difícil establecer el número de casas de citas en tiempos del rosismo. Si bien en aquellos antiguos prostíbulos también se bailaba, la actividad principal era el comercio sexual. Sin embargo, el hecho de que en las salas de espera hubiese un piano o un organillo aunque más no fuera para justificar el nombre, facilitó el desarrollo de la nueva música y el baile. Las letras, de carácter socarrón y pornográfico, tomaban el lenguaje propio de la actividad prostibularia: *mina, madama, fiólo, cafiolo, fiolar, cafishio*, por ejemplo, eran términos propios del burdel que luego, gracias al tango, se hicieron extensivos a la vida cotidiana, atravesando las clases sociales y sobreviviendo en el tiempo.

A medida que el nuevo lenguaje salía a la luz, también el ejercicio de la prostitución se hacía más visible: de la pulpería se pasó a la casa de baile y de la casa de baile al *cabaret*. Algunos prostíbulos del bajo porteño, particularmente en Barracas y La Boca, se disfrazaron de «bares». En lugar de mozos atendían «camareras», mezcla de bailarinas y «coperas», también ofrecían sus servicios a los clientes en «reservados» contiguos al local. La prostitución fue alternativamente prohibida y promovida desde el poder, siempre manteniéndose en un cuidado equilibrio entre las formas morales y las necesidades sociales. Así, los burdeles y las mujeres que trabajaban en ellos, a lo largo de la historia fueron mutando de forma, de nombre y de razón social; por ejemplo, cuando el carácter prostibulario se hacía inocultable, volvían a disfrazarse de otra cosa. Surgieron así las Orquestas de Señoritas, cuyas integrantes ejecutaban instrumentos que no sabían tocar y hacían una suerte de parodia teatral de una orquesta de tango; luego del número «musical», bajaban del escenario y arreglaban con los clientes, disfrazados también ellos de «público», el cuánto y el cómo.

Pero si en sus orígenes el tango celebraba la sexualidad y exaltaba la vida «ligera» de las prostitutas, con el paso de los años la mirada sobre las milongueras tomará un tono sombrío. Tal vez, la visión de aquellas mujeres, otrora jovencitas

despreocupadas, más tarde convertidas en mujeres entradas en años, en la mayoría de los casos dueñas de vidas desperdiciadas, habrá de notarse en las letras posteriores, tal como testimonia Pascual Contursi en *Desdichas*:

*Y si ves alguna noche entre risa y carcajada,
una triste milonguera de un lujoso cabaret;
acordate que esa pobre tiene el alma destrozada,
que no baila de alegría y se ríe sin querer.*

Nobleza de arrabal, de Juan Andrés Caruso, muestra esta misma desesperanza:

*Perdieron todo el encanto tus alegres carcajadas,
tus cortes y tus quebradas ya no son del arrabal.
Y aunque vivas entre el lujo tu vida triste se esfuma
Como la débil espuma de tu copa de champán.*

Raúl González Tuñón deja su testimonio de hastío y decepción:

*Pobre ramera jubilada,
carne de chisme; a la larga
has vuelto a la cocina olvidada,
a la vida sombría y amarga.
Quiero cantarte, máquina arrumbada
en el montón de la carne vieja.
Estás insensibilizada. Mejor así, hermana, ni una queja.
La máscara arrugada,
tu cara de clownesa inservible,
me hace una mueca risible,
pero apagada.*

Este carácter, mezcla de decepción, despecho y cierto resentimiento, marcará en adelante la poesía de Celedonio Flores y alcanzará su máxima expresión en Enrique Santos Discépolo. El tango había dejado de ser joven, risueño y burlón y entraba en la edad madura lleno de melancolía, desengaño y escepticismo. Vale la pena comparar un viejo tango de Villoldo, *Bazar de la mezclanza*, con el célebre *Cambalache* de Discépolo, para notar cómo, a partir de una misma imagen, la de la tienda de pulgas, se abren dos cosmovisiones diferentes:

*Transitaba la otra noche
por una calle central
de esta hermosa Capital,*

*cuando llamó mi atención
un grotesco cartelón
que colgado de una lanza,
un muñeco con gran panza,
muy orondo, sostenía,
y en letras gordas decía:
«Bazar de la mescolanza».*

*Pecando yo de curioso
frente al bazar me piré,
y un buen rato me quedé
observando lo que había.
La gente entraba y salía
en colosal entrevero,
ni «don Juan, el del aujero»
le podría competir;
era aquello, sin mentir;
inagotable hormiguero.*

*Allí se hallaban mezclados
con la copetuda dama
la nodriza, la mucama
y el compadre callejero;
señoritas de sombrero
junto al mozo de cordel,
hasta el gallego Samuel,
el tipo cambalachero,
se hallaba en el entrevero;
en fin: era una Babel.*

*Había preciosas telas
de gró, de seda y fular;
tijeras para esquilar,
lámparas calentadores,
cintas de todos colores,
alpargatas uruguayas,
queso gruyere, pantallas,
calzoncillos, bicicletas,
carbón de coco, galletas,
papas, relojes y mallas.*

*De música y cirugía
infinidad de instrumentos:*

*parches porosos, ungüentos
y otras muchas medicinas;
orejones y sardinas,
betún, pimientos morrones,
brillantes y camarones,
patas de chancho, zapallos,
pomada para los callos,
pamelas y levitones.*

*La gente daba mil vueltas
estorbándose el camino,
y en revuelto torbellino
el negocio se encontraba.
El público respiraba
una atmósfera cargante;
yo permanecí un instante
tan sólo por curiosear,
pero tuve que escapar
«como rata por tirante».*

A esta letra zumbona, que refleja la mirada de un testigo despreocupado que prefiere escapar de aquel caos para seguir disfrutando de su vida alegre, se contrapone la poesía madura, sufriente y descreída del *Cambalache* discepoleano, canción tan conocida que no es necesario transcribir aquí.

5. Alvear y la reina plebeya

En este ámbito de transición entre la Buenos Aires criolla y la naciente ciudad cosmopolita, tuvo lugar uno de los romances más sonados de la época. La relación entre Regina Pacini y Marcelo Torcuato de Alvear no solamente puso en evidencia los vínculos entre la sexualidad y el poder, sino que, además, dejó ver los valores, las costumbres, los juicios y los prejuicios de una época clave en la historia argentina. El cambio del siglo diecinueve al veinte significó una bisagra no sólo cronológica, sino uno de los pasajes históricos más significativos de nuestro país.

Regina Pacini nació en Lisboa el 6 de enero de 1871. Su nombre no tenía pretenciosas veleidades artísticas: Regina era su nombre real y se debía al simple hecho de que había nacido en el Día de Reyes. Su madre, Felicia Quintero, era andaluza y su padre, Pietro Pacini, era un célebre compositor italiano, en cuyo haber se cuenta casi un centenar de óperas. El legado familiar y la naturaleza habían hecho de la pequeña Regina un prodigio del canto lírico. Dueña de una voz incomparable, a los quince años inició una carrera que no habría de conocer fronteras: desde su debut en el Teatro Nacional de San Carlos de Lisboa hasta su consagración en el Covent Garden de Londres pasaron apenas un par de años. Cantó en el Liceo de Barcelona, en la Scala de Milán y en la Opera de París. Rendidos ante el encanto de su voz, Regina tenía un ejército de pretendientes: generales rusos, príncipes suecos, millonarios polacos y celebridades de todo el mundo le habían propuesto matrimonio. Fiel a la ópera y abocada por completo a su carrera, la joven cantante se negaba una y otra vez al casamiento.

Mientras Regina Pacini triunfaba en Europa, al otro lado del Atlántico, Marcelo T. de Alvear, como era de esperarse, predestinado por su apellido y su condición, hacía sus primeros pasos en la vida pública argentina. No haberse dedicado a la política habría significado una afrenta para la estirpe familiar. Aunque el modo en que lo hizo resultó, al menos para muchos miembros de la ilustre familia, un deshonor. Su bisabuelo, en cuyo homenaje lo habían bautizado, había llegado a Buenos Aires en el siglo XVIII. Su abuelo era el general Carlos María de Alvear, uno de los protagonistas de la gesta independentista. Su padre, Torcuato, fue el primer intendente de Buenos Aires, cuyo mandato se extendió desde 1883 hasta 1887. A su gestión se deben el empedrado de las calles porteñas y los primeros tendidos de agua corriente, electricidad y alumbrado público.

Marcelo Torcuato era un *dandy* en el sentido más estricto del término: elegante y refinado, sus ojos estaban puestos en las novedades de París y Londres. Siempre a la

moda, llevaba una existencia alegre y despreocupada. Hizo la carrera de abogacía con la misma displicente facilidad con la que vivía. Dueño de una fortuna incalculable, noctámbulo, dado a alternar con coristas e ir de fiesta en fiesta, nada aparentaba alterar su feliz existencia. La sola inercia parecía llevarlo con absoluta naturalidad a ocupar un lugar destacado entre los cuadros más preparados de la oligarquía gobernante. Sin embargo, en 1890 se unió al grupo conformado por Ángel Gallardo, Octavio Pico y Rodríguez Larreta y formó parte de la Revolución del Parque contra Juárez Celman, hecho fundacional de la que más tarde habría de ser la Unión Cívica Radical. Durante esos convulsionados días se codeó con Leandro Alem y con Hipólito Irigoyen. Desde aquella vida cómoda y despreocupada hasta las luchas que habrían de costarle una temporada en la cárcel, habría de surgir un Alvear menos frívolo y más comprometido con la nueva causa de la Unión Cívica. Más allá de cualquier consideración política o ideológica, el hecho es que se había producido un enorme cambio en el espíritu de Marcelo T. de Alvear. Por otra parte, ante la mirada pública y, sobre todo, la de su propia familia, era la oveja negra de los Alvear.

Los destinos de Marcelo y Regina habrían de cruzarse por primera vez en 1899, cuando la cantante dio una función en Buenos Aires. Amante de la ópera, las primeras noticias que tuvo Marcelo de la joven soprano le llegaron a través su primo Diego, quien la había escuchado cantar en el Teatro Solís de Montevideo. De manera que cuando se anunció su actuación en el Politeama, Marcelo T. de Alvear no dudó en asistir a la función. Dicen quienes lo acompañaban esa noche que, cuando se encendieron las luces al término de la función, Marcelo intentaba disimular las lágrimas que anegaban sus ojos. Se enamoró de Regina Pacini antes de que hubiesen cruzado una sola palabra. Al día siguiente, Alvear volvió al teatro y, al finalizar la gala, le hizo llegar al camarín un enorme arreglo hecho con flores rojas y blancas. Cuando la cantante quiso saber quién era el admirador, junto a la tarjeta encontró un anillo de oro y diamantes. No era la primera vez que Regina Pacini recibía un regalo semejante; sus admiradores en todo el mundo la tenían acostumbrada a ese tipo de excentricidades típicas de millonarios ostentosos. De modo que, como ya lo había hecho otras veces, antes de volver a Europa devolvió el costoso regalo a su galán.

Ahora, además de enamorado, Alvear estaba herido en su orgullo. Si para la soprano era habitual recibir toda clase de elogios, ciertamente él no estaba preparado para un desaire semejante. Por primera vez una mujer lo rechazaba. Acaso más doloroso que el amor no correspondido, era el golpe que había recibido en su amor propio. Pero Alvear no estaba dispuesto a darse por vencido: inició una persecución tenaz tras los pasos de Regina que comenzó en Lisboa, continuó en Madrid, San Sebastián, París, Milán, Londres, Budapest, Montecarlo y llegó hasta la lejana Odessa. No había oportunidad en la que Regina Pacini, al término de cada función, en cualquier ciudad del mundo, no se encontrara con cientos de rosas rojas y blancas. La perseverancia de Alvear al fin dio sus frutos e iniciaron un romance que, paradójicamente, no a causa sino a pesar de la fortuna del potentado criollo, habría de

costar muy caro a la soprano.

Al principio tuvieron un romance discreto que, si bien no se hizo público, era un secreto a voces en ciertos ámbitos. Consecuente con su dandismo, Alvear era capaz de viajar a cualquier ciudad del mundo con tal de pasar una noche con su amante. Solía vérselos sospechosamente juntos en las recepciones que daban las embajadas argentinas en distintas capitales europeas y en los salones más granados de la aristocracia del Viejo Mundo. Sin embargo, ellos no ignoraban que las cosas no habrían de ser fáciles. Si bien ambos compartían circunstancialmente los mismos ámbitos, Marcelo y Regina pertenecían a dos universos diferentes y, en un punto, irreconciliables. La oligarquía argentina era joven, opulenta y, a diferencia de las aristocracias europeas, no tenía el rancio adorno de la nobleza. En otras palabras, era plebeya y tenía todos los gestos aparatosos del nuevo rico. Este complejo de inferioridad hacía que muchos de sus miembros fuesen más papistas que el papa. No estaba bien visto que un aristócrata mantuviese relaciones con una artista que, por muy reputada que fuese, no era más que eso: una artista. Y lo que se esperaba de los artistas era que hicieran su trabajo: divertir a la corte y luego retirarse fuera de palacio. Ésta era la razón por la cual la relación entre ambos no llegaba a oficializarse y los encuentros se producían, de manera más o menos clandestina, fuera de la Argentina.

En 1901 Regina Pacini regresó a Buenos Aires para dar una función en el Teatro San Martín. Fue un reencuentro tan apasionado que Alvear, sin pensar en las consecuencias, le propuso matrimonio. Tal vez en el momento en que Regina le dio el sí ignoraba cuál habría de ser el precio de su casamiento: la condición era que dejara su arte. Nunca pensó que iba a tener que enfrentarse a semejante disyuntiva. ¿Por qué, para casarse con el hombre que amaba, debía renunciar al gran amor de su vida: el canto? Después de mucho suplicar con lágrimas en los ojos, llegaron a un acuerdo: él le permitiría cantar sólo cuatro años más.

Cuando la noticia del casamiento se hizo pública, se desató un verdadero escándalo. Que Marcelo T. de Alvear hubiese participado de la Revolución del Parque, que hubiera encabezado las milicias que tomaron la estación de Temperley, no había provocado tanto revuelo como el que causó el anuncio de su boda. Para aquella oligarquía, la mejor soprano de su tiempo, la cantante más prestigiosa del mundo, no era más que cualquier corista, una suerte de bataclana con una buena voz. Aunque parezca salido de una comedia, el día anterior a la boda Alvear recibió un telegrama firmado por quinientos indignados personajes que lo instaban a no cometer «semejante locura». María Unzué, viuda de Ángel Alvear, la mujer más rica del país, le hizo saber a Marcelo que jamás habría de dirigirle la palabra a la «plebeya portuguesa». Su primo, Carlos María de Alvear, prohibió no sólo cualquier mención a Regina, sino, incluso, que el nombre de Marcelo fuese pronunciado en su casa. Por otra parte, las mujeres de las demás familias patricias recibieron con interesada indignación la noticia: de pronto, Regina Pacini había dejado de ser la gran estrella de

la ópera para convertirse en esa «portuguesa petisa y fea», a decir de un coro femenino compuesto por las voces de las Anchorena, las Álzaga, las Peña, entre otras tantas candidatas defraudadas.

Pero a la irracional indignación pronunciada por los paladares negros criollos, se contrapuso la justa ira de los Pacini. Felicia jamás habría de perdonar a Marcelo T. de Alvear que hubiese truncado la carrera de su hija en su mejor momento.

Como si todo esto fuese poco, los novios habían decidido casarse en Lisboa, excluyendo así de la ceremonia a la alta sociedad porteña. Por otra parte, casarse en Lisboa era una ofensa para su hermano Carlos, quien hacía poco había asumido como intendente de Buenos Aires. Finalmente, Marcelo y Regina se casaron el 24 de abril de 1907 en la iglesia de Nuestra Señora de la Encarnación. Para coronar la humillación al ilustre apellido de los Alvear, los novios llegaron disfrazados con el propósito de evitar a la multitud de curiosos: ella llegó a la iglesia vestida de mucama y él con uniforme de cabo de la policía. Pero lo más escandaloso era que la gente que se agolpaba quería ver a «la Pacini». De hecho, los diarios portugueses habían titulado: «Regina Pacini se casa con un rico sudamericano». Basta imaginarse la cara descompuesta de los Alvear al comprobar que en Europa los trataban como si fuesen unos ilustres desconocidos, una familia de nuevos ricos con pretensiones de realeza. Es decir, no toleraban encontrarse con la verdad.

Lo cierto es que el regalo de bodas que recibió «la Pacini» por parte de su marido era digno de una verdadera reina: un castillo normando en Versalles. Allí, muy cerca del palacio de Luis catorce, vivió la pareja durante varios años. Alvear había mandado acondicionar uno de los salones como un pequeño teatro. La mejor soprano del mundo cantaba ahora sólo para su más fiel admirador: su marido. Así, los asombrados campesinos que vivían en las cercanías podían escuchar aquella voz surgida de las angostas ventanas del castillo gótico, gélido y sombrío, y, al final, un aplauso único que retumbaba en las paredes de piedra y se perdía en las verdes praderas de la campiña. Hasta tal punto llegó el celo de Alvear para con la voz de su esposa, que mandó a comprar todos los discos que quedaban en los depósitos de la empresa fonográfica y los hizo destruir.

Al cabo de cinco años de una vida de retiro en el palacio de Versalles, el matrimonio resolvió regresar a Buenos Aires. Alvear tenía la esperanza de que el tiempo hubiese apaciguado los rencores y celos. Sin embargo, el recibimiento no pudo ser más gélido: ni parientes ni amigos ni allegados dirigían la palabra a su esposa. Esta hostilidad se hizo pública en el casamiento de Elvirita de Alvear: las crónicas de la época consignaron el silencio hiriente que le dedicó la aristocracia criolla a quien había sido la más renombrada cantante lírica del mundo.

Pero ésta no fue la única injusticia para con Regina Pacini. Muchos recuerdan la gestión de Alvear pero ignoran el papel destacado que tuvo Regina Pacini en su carrera pública. Bajo la presidencia de Yrigoyen, Marcelo T. de Alvear fue designado ministro plenipotenciario en Francia. La mayor parte de los méritos que se le

reconocen a Alvear en el ejercicio del cargo se los debe, en rigor, a su esposa. Quien presidía las reuniones más importantes y exponía las posiciones más lúcidas era Regina, tal como en su momento han testimoniado políticos de la talla de Georges Clemenceau o Raymond Poincaré. Y fue justamente este notable desempeño de Alvear en Francia lo que impulsó la decisión de Yrigoyen al designarlo como su sucesor.

Una vez al frente de la presidencia de la República, Alvear tuvo la enorme fortuna de gobernar con viento de popa; la situación internacional ponía a la Argentina en un lugar privilegiado. Durante el período que abarcó su gestión, entre 1922 y 1928, el país creció a ritmo sostenido y hubo una estabilidad política considerable. Sin dudas, se trató de un gobierno conservador que priorizó los intereses de su clase y postergó a los sectores más pobres y desprotegidos. La gestión en el campo cultural, aunque entendiendo la cultura como un privilegio para pocos, fue mucho mejor que las anteriores y su principal impulsora fue Regina Pacini. Fue la época de esplendor del Teatro Colón, del café Tortoni, a cuyo amparo se daban a conocer autores como Borges y González Tuñón; el propio Alvear asistía a las lecturas del Tortoni. El presidente no le escapaba a la literatura; al contrario, tuvo un apasionado romance con Victoria Ocampo. La escritora, sin sonrojarse, dijo de Alvear: «Es un ser inverosímilmente perfecto».

Tal vez Regina no quiso enterarse de las incursiones literarias de su marido. Y si se enteró, eso no fue obstáculo para trabajar por la cultura: fue la impulsora de la hoy legendaria Casa del Teatro que dio refugio a tantos artistas, haciendo que pasaran sus últimos días en compañía de sus pares y les devolviera la dignidad que el frívolo mundo del espectáculo les había quitado.

Marcelo T. de Alvear y Regina Pacini vivieron juntos durante 35 años. No tuvieron descendencia y ella lo acompañó, de distintas maneras, hasta el día en que él murió, paradojas de la vida, mucho más pobre que varios «plebeyos» sin sangre azul. La vida dispendiosa primero y los avatares políticos que le valieron cárcel y persecución después, lo habían dejado sin más posesión que el sitio donde terminó sus días la viuda, lugar que aún hoy lleva su nombre: Villa Regina.

Eugenio Cambaceres, el pornógrafo

Eugenio Cambaceres fue uno de los escritores más controvertidos de la literatura argentina y, sin dudas, quien más polémicas y revuelos provocó en su época. Perteneciente a la rancia aristocracia porteña de fines del siglo diecinueve, fue un crítico despiadado de aquel mundo hecho de opulentas miserias y, sobre todo, de hipocresía. Repudiado por su propia clase, cuyos miembros lo acusaban de ventilar los trapos sucios de las familias patricias, menospreciado por la crítica y ciertos círculos académicos que lo tildaban de «niño bien» disfrazado de oveja negra, censurado por la prensa a causa de sus escritos escandalosos y pornográficos, Cambaceres desafió todos los cánones de su época y los de su grupo de pertenencia.

Eugenio Cambaceres se recibió de abogado, aunque apenas si llegó a ejercer su profesión; de hecho, en varios de sus escritos abominó de sus colegas sin ahorrar calificativos. Como para tantos otros aristócratas, París era su segundo hogar. Vivía como un príncipe en un palacio frente al Parque Lezama y era dueño de enormes extensiones de campo en la provincia de Buenos Aires. Excéntrico y habilidoso para que las miradas siempre se dirigieran a él, solía viajar a Europa acompañado por una vaca lechera, símbolo de la abundancia criolla. Sus aventuras con varias mujeres casadas eran proverbiales y formaban parte del anecdotario de la «sociedad». Solía usar su exclusivo palco en el teatro Colón como refugio para mantener encendidos encuentros clandestinos con las respetables señoras de sus cofrades. Una de estas aventuras, que el propio Cambaceres narra en *Sin rumbo*, le valió un duelo, nunca consumado, al que lo retara el marido de la famosa soprano Emma Wisjiak. La cantante había sido sorprendida in fraganti por su esposo cuando intentaba escabullirse del palco del escritor antes de que terminara la función.

Tuvo una actuación tan breve como contundente en la política nacional: fue diputado y se destacó en el Congreso como uno de los más firmes impulsores de la separación de la Iglesia y el Estado. Por otra parte, no vaciló en denunciar, enérgica y valientemente, los escandalosos fraudes electorales de 1874. Su obra, en varios pasajes, se mezcla con su propia biografía: por momentos se oculta detrás de sus personajes y, por otros, los protagonistas de sus relatos mal pueden disimular el rostro del autor.

Vale la pena hacer un breve recorrido por la temática de algunas de sus obras para comprender mejor la vida de Cambaceres y entender por qué resultaba tan revulsivo para sus pares. *Potpourri, silbidos de un vago*, publicada en 1883, es una sátira que narra la historia de un matrimonio cuyos cónyuges, tras la apariencia de una familia

tradicional, mantienen una secreta vida de adulterios. *Música sentimental*, escrita en 1884, tiene como protagonistas a un estanciero criollo, una prostituta francesa, una voluptuosa condesa parisina y su marido engañado. Los elementos biográficos en esta obra resultan transparentes: el héroe es un argentino millonario que, igual que él, será retado a duelo por un marido engañado. Lo mismo que su autor, el protagonista sobrevivirá al duelo, pero habrá de sucumbir víctima de la sífilis. Cambaceres no padecía de sífilis, pero sí de una tuberculosis pertinaz que acabaría con su vida. Pero tal vez sea *Sin rumbo*, publicada en 1885, la obra más representativa del autor. Su protagonista, Andrés, es un personaje cáustico, un nihilista que denuesta a todas las instituciones y los cánones establecidos. Acaso, el siguiente párrafo sintetice el espíritu del héroe de la novela:

—Déjense de perder su tiempo en iglesias, y en escuelas; es plata tirada a la calle. Dios no es nadie; la ciencia, un cáncer para el alma. Saber es sufrir; ignorar, comer, dormir y no pensar, la solución exacta del problema, la única dicha de vivir. En vez de estar pensando en hacer de cada muchacho un hombre, hagan una bestia... no pueden prestar a la humanidad mayor servicio.

Esta sombría declaración de principios puesta en boca de su personaje, tal vez refleje en parte su visión, si no del mundo, al menos sí de su mundo y del hastío que le producían la moral y los dogmas de su propia clase.

Eugenio Cambaceres escribió como nadie en su época con una prosa cargada de erotismo sin rehuir las escenas sexuales, las que aparecen apenas cubiertas por un delgado velo de eufemismos. En la misma novela el autor describe los apasionados encuentros entre Andrés y Donata:

A brazo partido la había agarrado de la cintura. Luego, alzándola en peso como quien alza una paja, largo a largo la dejó caer sobre la cama. La tocaba, la apretaba, la estrujaba, le llenaba de besos locos la boca, el seno, las piernas. Ella, pasmada, absorta, sin atinar siquiera a defenderse, acaso obedeciendo a la voz misteriosa del instinto, subyugada a pesar suyo por el ciego ascendiente de la carne, en el contacto de ese otro cuerpo de hombre, como una masa inerte se entregaba. [...] Andrés continuó besándola. Le besaba la cara, las orejas, la nuca, le chupaba los labios con pasión, mientras poco a poco, sobreexcitándose él también, en el apuro de sus dedos torpes de hombre, groseramente le desprendía el vestido, hacía saltar los broches rotos del corsé. Ella, caída de espaldas, encogida, murmuraba frases sueltas:

—No..., déjeme... mi marido... me hace daño... ¡no quiero!... Débilmente entretanto se defendía, con la voluntad secreta de ceder, oponía apenas una sombra de resistencia. Medio desnuda ya, Andrés la abrazó del talle y la alzó. Sin violencia la *prima donna* se dejó arrastrar hasta la alcoba. Los dos rodaron sobre la cama.

Él seguía despojándola del estorbo de sus ropas. Ella ahora le ayudaba. Enardecida, inflamada, febriciente, arrojaba lejos al suelo la bata, la pollera, el corsé, se bajaba las enaguas. Era un fuego.

Arqueada, tirante en la cama, encendido el rostro, los ojos enredados, afanoso y corto el resuello, abandonada a las caricias locas de su amante, su boca entreabierta y seca, la comba erizada de su pecho, su cuerpo todo entero. —Más... —murmuraba agitada, palpitante, como palpitan las hojas sacudidas por el viento—, más... —repetía con voz trémula y ahogada—, te amo, te adoro... más... —ávida, sedienta, insaciable aun en los espasmos supremos del amor.

Tal vez la obra de Eugenio Cambaceres constituya una de las más antiguas piezas de la literatura erótica argentina que alcanzaron difusión masiva; en efecto, cada libro de Cambaceres era esperado con ansiedad por sus lectores y se convertía en un

rotundo suceso de venta. Y cuanto más leída era su obra, tanto más hostil era la respuesta de la crítica. Sin embargo, más allá de cualquier consideración moral, política o estética, la narrativa de Eugenio Cambaceres fue, en muchos aspectos, inaugural. Numerosos autores argentinos de todas las épocas tienen una deuda con la pluma pionera del autor de *Sin rumbo*.

De las tablas al barro

Cuánto había de autobiográfico en la obra de Eugenio Cambaceres? Si se comparan determinados pasajes de la vida del autor con algunas de sus obras, las coincidencias son notables. De hecho, la existencia del escritor estaba plagada de ribetes novelescos. El siguiente fragmento de la vida de Cambaceres se inicia, igual que muchos de sus argumentos, con un viaje a París. En una de sus salidas nocturnas por los cafés de Pigalle el *dandy* criollo conoció a una bailarina, Luisa Bacichi, integrante de una compañía de *cocottes*. En aquella ocasión mantuvo un fugaz aunque fogoso romance con la bataclana, que también estaba de paso por París. Luisa Bacichi era una rubia despampanante, cuya vida itinerante, signada por los viajes de la *troupe*, la mantenía alejada de su Trieste natal. La despedida fue difícil para ambos y prometieron volver a encontrarse donde y cuando el destino decidiera reunirlos.

El reencuentro, finalmente, se produjo pocos años después, durante una visita que la compañía hiciera a Buenos Aires. Luisa Bacichi había llegado, además, con su bella hermana menor, María, quien recientemente se había sumado a la *troupe*. Eugenio Cambaceres asistió a la cita porteña junto con su amigo y compañero de parrandas Federico Álvarez de Toledo. De acuerdo con los rumores de la época, fue aquél un encuentro que muchos calificaron de orgiástico. Lo cierto es que las salidas entre los cuatro se hicieron frecuentes, hasta el punto de que la hermana de Luisa y el amigo de Cambaceres no volvieron a separarse. Tan lejos llegaron las cosas que, cuando la compañía se dispuso a seguir viaje, las hermanas Bacichi decidieron desertar y quedarse en Buenos Aires junto a sus galanes argentinos.

Podrá imaginar el lector el escándalo que esta noticia produjo en los círculos aristocráticos porteños; para la rancia oligarquía criolla resultaba un hecho imperdonable que uno de sus miembros hiciera pública su relación con una bataclana, por muy europea que fuese. Pero para echar más leña al fuego inquisidor de la alta sociedad, Eugenio Cambaceres decidió llevar a su palacio de la calle Montes de Oca a Luisa y vivir con ella en el más herético de los concubinatos, sin que mediara casamiento. Como si todo esto fuese poco, los distinguidos habitantes de las mansiones vecinas un día descubrieron con espanto que la amancebada del escritor heresiarca tenía el vientre crecido. Eso era mucho más de que lo que las familias «bien» podían tolerar.

Eugenio Cambaceres, pese a todos los comentarios, estaba feliz. Pero la alegría por el embarazo de Luisa iba a verse empañada por otro hecho: por esos mismos días comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la tuberculosis que afectaría al escritor. Estos dos hechos precipitaron la decisión de la pareja de viajar a París: él

iniciaría un tratamiento para su afección pulmonar y alejaría a su mujer de aquel ambiente hostil y lapidario. Durante la convivencia parisina, Luisa descubrió que Eugenio Cambaceres padecía otra enfermedad, si no más grave, al menos más molesta que la tuberculosis: al escritor lo acosaba una hipocondría tenaz que, durante largos períodos, le impedía salir a la calle. En varias cartas Cambaceres hace alusión a sus padecimientos y al cariño y la paciencia con que su mujer lo cuidaba:

Solo no viajaría ni a garrote, hipocondríaco y apestado. En ella tengo un paño de lágrimas que empapo a veces y a veces estrujo como trapo de cocina. Es buena, cariñosa y fiel, hasta lo hondo. Si así no fuera, no me aguantaría ni un segundo, y digo esto, porque Ud. sabe que no brillo por la placidez de mi carácter, ni por mis dotes domésticas. Tanto, que yo mismo no puedo aguantarme a mí mismo, *les trois quarts du temps. Vous voyez d'ici la chose.*

El fragmento, correspondiente a una carta que escribiera a su amigo y colega Miguel Cañé, pone de manifiesto el carácter del autor y su semejanza con varios de sus personajes.

El 1.º de abril de 1883 Luisa dio a luz una niña tan rubia como ella. La llamaron Eugénie y, pese a que los progenitores no estaban casados, fue anotada con el apellido del padre, según consta en los registros franceses. A pesar de la buena vida que la pareja se daba en París, Eugenio extrañaba su palacete porteño y, sobre todo, los largos retiros que solía pasar en su estancia. De manera que en 1885 la pareja con su pequeña hija regresó a Buenos Aires. La recepción fue patética: la mayor parte de sus allegados le habían retirado el saludo y le negaban la palabra; el hecho de que se hubiese atrevido a vivir en concubinato con una «cabaretera» y tuviera una hija natural le valió poco menos que la expulsión de su pequeño círculo. Era un hecho sabido que la mayor parte de los hombres de la aristocracia tenían relaciones frecuentes con bailarinas, coristas y prostitutas; muchos de ellos tenían hijos «bastardos» a quienes nunca dieron sus ilustres apellidos ni reconocieron como propios. Lo que no se le perdonó jamás a Cambaceres no era la vida alocada que llevaban muchos hombres de «paladar negro», sino que la exhibiera y la defendiera públicamente.

Sin embargo, a esta repulsa de la aristocracia porteña Cambaceres respondió doblando la apuesta al publicar *Sin rumbo*, un libro provocador, pornográfico para los cánones de la época, que desnudaba la hipócrita doble moral de la oligarquía, tal como hemos visto a la luz de algunos pasajes. Él mostraba orgulloso a su mujer y a su hija; a diferencia de muchos de sus pares, no tenía nada que ocultar y así se los recordaba cada vez que iba del brazo con Luisa a las veladas de gala del Colón y, desde su palco, miraba a todos desafiante y altivo. Por su parte, cuando la niña creció decidió cambiar su nombre francés, Eugénie, por el más criollo Rufina. En cuanto a Luisa, las cosas no habrían de resultarle sencillas; le costaba mucho esfuerzo acostumbrarse a las largas estadías en los campos de *El Quemado*, tal el nombre de la estancia. Añoraba su vida europea, los escenarios, la noche parisina. Con frecuencia solía exclamar en un melancólico suspiro:

Quelle difference entre le champ et Paris.

La salud de Eugenio empeoraba rápidamente y los tratamientos contra la tuberculosis se hacían cada vez menos efectivos. Considerando la posibilidad concreta de un desenlace fatal no muy lejano, Cambaceres decidió casarse con su concubina para que pudiese heredar; de otro modo ella y su hija quedarían en la miseria. Con el último aliento se embarcaron rumbo a París para celebrar la boda en la Ciudad Luz, donde se habían conocido.

Eugenio Cambaceres y Luisa Bacichi se casaron el 17 de noviembre de 1887. Fue una ceremonia sencilla que sólo contó con la presencia de los testigos: su viejo amigo Federico Álvarez de Toledo y su tío Romualdo Alais. Dos años más tarde, el 15 de junio de 1889, después de una prolongada agonía, Eugenio Cambaceres murió en Buenos Aires a los 46 años.

Luisa Bacichi había quedado sola a cargo de su hija. A la tristeza de haber perdido a su marido, se sumó la desolación al descubrir que la herencia recibida consistía en una larga lista de deudas e hipotecas. Muchos de los campos, varias propiedades y hasta el palacio de la calle Montes de Oca estaban hipotecados. Para afrontar las deudas y levantar las hipotecas, la viuda resolvió instalarse en *El Quemado* para tener un firme control de la producción del campo, hasta entonces mal gestionado por administradores infieles. Luisa pasó del *glamour* de los escenarios y los vestidos de seda al barro rural y la ropa de trabajo. Trabajó con dignidad, a pesar de lo cual nada pudo hacer para evitar que se remataran las propiedades que tenía frente a Plaza de Mayo, un caserón en la calle Ituzaingó y hasta el palacete frente al parque Lezama.

La vida de Luisa Bacichi parecía condenada al esfuerzo estéril. Por otra parte, ya ni siquiera recordaba lo que eran los placeres voluptuosos de los comienzos de su relación con Eugenio. Sin embargo, cuando todo parecía estar más cerca de un final que de cualquier comienzo posible, alguien habría de aparecer en su vida. Era un hombre que venía a alquilarle el campo. No bien lo vio, algo en su interior volvió a despertar; su piel, ahora curtida por el sol de la Pampa, se erizó como hacía mucho tiempo no le sucedía. Alto, de ojos encendidos y profundos que parecían capaces de mirar el alma, el hombre sonrió con la mitad de la boca y besando la mano crispada de Luisa, se presentó:

—Yrigoyen, Hipólito Yrigoyen; para servirle.

8. Yrigoyen, la lección moral y cívica

Hipólito Yrigoyen era el exacto opuesto a Eugenio Cambaceres. Circunspecto, moralista, discreto y austero, parecía adornado con todas las virtudes que se esperaban de un estadista. Alejado del escándalo, de la prédica nihilista, de la vida disipada y de los ambientes frívolos, los ámbitos de Yrigoyen eran los de la política y la docencia. Mientras Cambaceres escribía los pasajes más irreverentes de su obra, Hipólito Yrigoyen ocupaba sus días dando clases de Educación Cívica y Moral; educación, civismo y moralidad, tres valores que el autor de *Sin Rumbo* se dedicaba a interpelar y poner en duda. Tal vez aquel contraste fue lo que más sedujo a Luisa Bacichi, por entonces alejada de las tablas, abocada al trabajo rural y a criar a su hija. Quizá la viuda creyó ver en aquel hombre aplomado la protección y la seguridad que su marido nunca le había dado. Se enamoró profundamente, hasta el punto de enceguerse y no ver qué clase de persona había detrás de aquel aparente dechado de virtudes. Pero no era la única: muy poco se conoce del rostro que mejor supo ocultar Hipólito Yrigoyen. ¿Quién era, en realidad, ese hombre misterioso que llamó a la puerta de Luisa Bacichi? La primera condición que puso Yrigoyen a Luisa fue la discreción: la relación entre ambos debería quedar en el más absoluto secreto.

Luisa se preguntaba por qué aquel silencio; sin embargo, lo aceptó con tal de que no se alejase.

La viuda ignoraba que el hombre que amaba tenía no una doble vida, sino varias existencias simultáneas. Su labor como docente era casi una carta de presentación de honesta austeridad; sin embargo, menos sabido era que, aprovechando su condición de profesor, Yrigoyen mantenía relaciones prohibidas con varias de sus alumnas de la tradicional Escuela Normal N° 1. Por otra parte, Yrigoyen tenía fama de ser uno de los solteros más codiciados de su época. Ahora bien, ¿era realmente soltero? En los papeles no existía constancia de matrimonio alguno; sin embargo, en los hechos, Hipólito Yrigoyen tenía una familia constituida: uno de los secretos que mejor guardaba era que tenía una mujer y un hijo.

La mujer se llamaba Dominga Campos y había quedado embarazada de Hipólito cuando tenía apenas quince años. Ciertamente es que estaba a punto de casarse; pero no con Yrigoyen, sino con un rico comerciante de apellido Siri. Como era de esperarse, el novio engañado, al descubrir que no era el padre de la criatura, desistió del matrimonio. La muchacha, repudiada por su padre y expulsada de su casa, fue a refugiarse en los brazos del responsable de su embarazo. Pero Hipólito se desentendió por completo y logró convencer al padre de Dominga, al menos por un tiempo, de

que la dejara regresar al hogar.

Sucedía, en realidad, que nadie sabía que Yrigoyen ya tenía una mujer, Antonia Pavón, con quien, a su vez, había tenido una hija: Helena. La relación con Antonia había permanecido en el más profundo silencio e Hipólito, tal como lo haría con Dominga, se negó firmemente a reconocer a la pequeña; jamás consideró darle el apellido ni, menos aún, el sustento. Antonia ignoraba la existencia de Dominga y viceversa. Yrigoyen, por su parte, aspiraba a que jamás se conocieran y, en términos ideales, a que Helena y el niño que estaba por nacer, jamás supieran que él era su padre.

Así las cosas, el 27 de octubre de 1880 nació el hijo que esperaba Dominga; se llamó Eduardo Abel y, fiel a sus principios, Yrigoyen ni lo reconoció ni, mucho menos, le dio el apellido. Sin embargo, sí tuvo el decoro de darles un techo: les alquiló una casa bien alejada de la suya en la actual esquina de avenida Scalabrini Ortiz y Santa Fe. Cada tanto los visitaba; por lo general llegaba para la cena. Cuando el pequeño Eduardo se dormía, solía meterse en la cama con Dominga y, antes de que despuntara el alba, volvía a su casa. Si, en cambio, la velada no se extendía más allá de la medianoche, en lugar de regresar a su hogar podía ir de visita a casa de Antonia. Nunca dejaba de aprovechar estas citas para llevar un fardo de ropa sucia para que alguna de sus mujeres, después de satisfacer sus apetitos, los del vientre y los de más abajo, le lavaran y le plancharan las camisas y los pantalones.

Y sucedió que, en una de las tantas visitas, Dominga volvió a quedar embarazada; dio a luz a una hermosa niña a la que llamaron Sara. Una vez más y siempre consecuente con su generosa tradición, declinó cualquier investidura paternal. El equilibrio con el que hasta entonces había mantenido su doble vida, sin contar las aventuras con sus alumnas, de pronto se rompió al enterarse Antonia de la existencia de Dominga y sus hijos. La venganza fue inesperada: una madrugada Yrigoyen escuchó un agudo llanto proveniente del zaguán de su casa. Cuando fue a ver de qué se trataba, descubrió que Antonia le había dejado a la pequeña Helena, de dos años, para que se hiciera cargo de ella. Nunca más supo de la madre de su hija. Sin embargo, Hipólito, un profesional de la evasión, se las arregló para despachar a la pequeña a una tía suya para que la criara.

Pero las visitas a casa de Dominga no sólo no cesaron, sino que se hicieron más frecuentes. A consecuencia de estos encuentros, la mujer quedó embarazada tres veces más, aunque la desgracia quiso que los niños murieran a poco de nacer.

Nada de todo esto sabía Luisa Bacichi quien, recluida en *El Quemado*, apenas si tenía noticias de lo que sucedía en la ciudad. Lo cierto es que Yrigoyen, desde que había conocido a la viuda de Cambaceres, iba al campo con mucha más frecuencia y solía quedarse durante largas temporadas. En 1896 Luisa quedó *embarazada*, y el 7 de marzo del año siguiente nació Luis. Esta vez, Yrigoyen fue increíblemente generoso: si bien no reconoció ni dio su apellido al pequeño, al menos le dio la H de Hipólito al ponerle de segundo nombre Hernán.

Existe una anécdota que ilustra bien la doble moral de Hipólito Yrigoyen, de la que tan poco se ha dicho. Según consta en el programa de Instrucción Moral y Cívica establecido por el propio Yrigoyen, había decidido agregar dos ítems: «El matrimonio ante la moral» y «La familia como base de la sociedad». El solo enunciado de ambos títulos movería a risa a la luz de la concupiscente existencia del docente, de no mediar un hecho que muestra el grado de hipocresía, tan propio de la historia de nuestro país. Durante una de las clases en el Normal N° 1, Yrigoyen escuchaba atentamente a una alumna que daba lección sobre familia y sociedad. El profesor asentía en silencio, mientras la aplicada muchacha establecía una interesante analogía entre la sociedad humana y las de algunas especies animales. La ponencia se encaminaba sin escollos hacia la aprobación, hasta que la alumna mencionó la palabra «poligamia». En ese momento, Yrigoyen se incorporó de un salto y, hecho una furia, la interrumpió.

—*¡Silencio, señorita. No voy a tolerar una palabra más, lo que está diciendo es una inmoralidad!* —la interpeló el profesor agitando el índice en el aire.

En ese momento, otra alumna que permanecía en su pupitre, irrumpió en un llanto ahogado, se puso de pie y salió corriendo del aula para no regresar nunca más. Yrigoyen presencié la escena petrificado por la sorpresa y la incomodidad. ¿Qué había pasado? Fue un misterio que permaneció en el tiempo. Sin embargo, otra alumna habría de echar luz sobre este episodio al revelar que la muchacha que escapó del colegio en ese mismo momento estaba embarazada... del profesor. La versión corresponde a una de las mujeres más célebres, valiosas y honestas que dio este país: Alicia Moreau, por entonces alumna de Hipólito Yrigoyen y testigo directa de este incidente.

9. Lola Mora, roca y cincel

Lola Mora acaso sea la artista plástica más notable que haya dado este país. Las polémicas y escándalos alrededor de su vida y su obra son ciertamente numerosos; atacada desde múltiples sectores, en algunos casos opuestos entre sí, fue objeto de reproches por sus esculturas cargadas de una sensualidad pagana, contraria a la iconografía promovida por la Iglesia. Lola Mora también fue acusada por los presuntos «excesos» de su vida privada de la que, en rigor, bastante poco se sabía. Sin embargo, la excepcional artista no obtuvo, tampoco, el favor ni el afecto de los sectores progresistas, a causa de su cálida relación con el general Julio Argentino Roca. Lola Mora padeció lo mismo que muchos otros artistas argentinos: su obra sufrió el castigo por los supuestos «pecados» del autor y, a la inversa, su nombre fue vilipendiado por el carácter provocativo de su obra. Una costumbre argentina, por cierto, muy extendida.

La vida de Lola Mora, desde su inicio, estuvo signada por un velo de misterio. De hecho, la crónica oficial señala que Dolores Mora de la Vega nació en Tucumán el 17 de noviembre de 1866; sin embargo, otras fuentes indican que habría nacido el 22 de abril de 1867 en Salta. De acuerdo con nuestra investigación y según los registros consultados, hemos podido establecer que, en algún momento, los datos se mezclaron, dando lugar a diversas confusiones. En realidad, Lola Mora vino al mundo el 17 de noviembre de 1866 en la finca *El Dátil*, departamento de La Candelaria, próximo a El Tala, en la provincia de Salta, pero fue inscrita y bautizada en la iglesia de San Joaquín, en la localidad de Trancas, provincia de Tucumán. Más allá de cualquier especulación administrativa, lo cierto es que ella siempre se consideró tucumana, lo cual viene a zanjar toda discusión.

El escándalo acompañó a Lola Mora desde su más tierna infancia, cuando, al morir su madre, Regina Vega, se hizo público el hecho de que además de los cinco hijos que tuvo con su marido Romualdo Mora, tenía un hijo natural con otro hombre. Basta imaginarse lo que significaba semejante cosa en aquella época y en un pueblo chico del interior, severamente vigilado por la implacable mirada de la Iglesia. Al dolor de la muerte temprana de su madre y, al poco tiempo, de su padre, se sumó la condena pública de la sociedad que, por lo bajo, llamaba a los huérfanos «hijos de mala madre». Este estigma determinó su carácter rebelde y, sin dudas, permaneció indeleble en el espíritu de Lola hasta el último de sus días.

Desde muy pequeña, Lola Mora encontraba un particular consuelo en las iglesias y catedrales del noroeste; no tanto en las misas, el culto y las ceremonias como en las

tallas coloniales, las esculturas, las imágenes, los bajorrelieves y, en fin, la rica iconografía que adornaba los templos. Por otra parte, mostraba una temprana fascinación por las formas arquitectónicas y el trazado de las ciudades. Hubo un hecho en la vida de Lola que determinó su vocación: cuando ella tenía veinte años llegó a Tucumán un prestigioso maestro italiano de pintura: Santiago Falcucci. Con una timidez rayana en el pánico, Lola se acercó al visitante para mostrarle sus dibujos. Esperaba la opinión del maestro como si se tratara de una sentencia de vida o muerte. La respuesta llegó de inmediato: no solamente le dijo que tenía un gran potencial, sino que la admitió como discípula. En poco tiempo, Lola se convirtió en su mejor alumna. Sin embargo, un hecho lamentable habría de empañar el entusiasmo de la artista en ciernes: Lola Mora presentó sus primeras obras en una exposición organizada por la Sociedad de Beneficencia de Tucumán, pero, habida cuenta de su pasado familiar marcado por la «indecencia» de su madre, la fundación decidió rechazar sus cuadros con un argumento humillante:

La Srta. Mora no armoniza con el apellido de las demás expositoras.

Lola Mora estaba indignada. Sin embargo, el maestro Falcucci, en un gesto valiente y desafiando a la poderosa fundación y todo lo que ella representaba, salió en defensa de su discípula: si no aceptaban la obra de Lola, retiraría la de todos sus alumnos. También sus compañeros mostraron una conducta ejemplar al solidarizarse con su agraviada condiscípula. Fue aquélla la primera y decisiva gran victoria de Lola Mora contra la prepotencia del poder expresado, en este caso, por un apéndice de la Iglesia, ya que al fin, aunque a regañadientes, le permitieron exponer sus cuadros. Sin embargo, más temprano que tarde le harían pagar caro su osadía. Todavía no había concluido la muestra, cuando empezó a circular el rumor de que la encendida defensa de Falcucci hacia Lola tenía un fundamento dudoso: tal vez, decían, la relación que los unía no fuese sólo la de un maestro con su alumna. Así, a medida que se extendían las habladurías, la obra de Lola era juzgada ya no con la vara de la estética, sino con la balanza adulterada de la moral.

Dos años más tarde Lola Mora decidió redoblar la apuesta contestando a los rumores sobre su vida privada con una nueva y elocuente producción artística; las puritanas señoras que presidían la Sociedad de Beneficencia no cupieron en su asombro cuando vieron las pinturas que la joven artista presentó a la exposición: eran los retratos de los sucesivos gobernadores de Tucumán. La obra, desde el punto de vista estético, era sencillamente deslumbrante; y aunque alguien se hubiese atrevido a poner en duda aquel pincel magistral, nadie se habría animado a rechazar de la muestra a tan insignes retratados. ¿Qué iban a decir ahora las damas de la sociedad, que la pintora se había acostado con todos los mandatarios de la provincia? Lola Mora descubrió que para poder abrirse camino en el tortuoso mundo del arte había que moverse con inteligencia. Fue aquélla una jugada maestra: no sólo consiguió exponer nuevamente en el salón de la Sociedad, sino que el gobierno provincial

compró la colección completa, pagando a la autora una suma formidable para la época: cinco mil pesos.

Aquella venta le permitió a Lola Mora dar el primer gran salto de su carrera. Ella sabía que para poder avanzar debía seguir estudiando, perfeccionando sus técnicas y abrirse a otras disciplinas. Dolores Mora de la Vega resolvió entonces viajar a la meca del arte: Italia. Resuelta y audaz como era, Lola no dudó en estudiar con el mejor de todos los maestros de la península: Paolo Michetti. Claro que no era ésta una tarea sencilla: no existía artista que no quisiera ser discípulo del gran Michetti; una cosa era que la admitiera su primer maestro de pintura en su pequeña ciudad de Tucumán y muy otra que estuviese dispuesto a hacerlo el más grande y, por cierto, el más solicitado de Italia, cuna de los mejores pintores. Pero no iba a resignarse sin intentarlo. El protocolo y el sentido común indicaban que lo primero que debía hacer era obtener una carta de recomendación de algún colega o una nota del embajador argentino, con quien Lola tenía buenas relaciones. Sin embargo, la joven y resuelta tucumana, fiel a su intuición y a su particular sentido de la diplomacia, decidió llegar al taller de Paolo Michetti como lo que era: una mujer sencilla llegada de los confines del mundo sin otros títulos que su pasión y su talento. Cuando estuvieron frente a frente, Lola inició un largo monólogo que fue interrumpido por un lacónico «no» del maestro. En pocas palabras le dijo que hacía mucho tiempo que no tomaba nuevos discípulos. En el momento en que el pintor se daba media vuelta para seguir con lo suyo, pudo escuchar la insolente respuesta de la argentina quien, llena de indignación le dijo:

Voy a estudiar con usted. Si usted no me aceptara el mundo se perdería una gran artista. Volveré mañana con la ropa adecuada para que vea cómo pinto.

Y así lo hizo. Michetti quedó fascinado. En pocos meses se convirtió en la discípula preferida del gran maestro.

Durante su estancia en Roma compartió interminables charlas con Giuseppe Marconi, quien intentaba convencerla vanamente de que en algunos años sería posible que, desde Italia, hablara con sus parientes en Tucumán. En las mesas del Café del Grecco, en la Via Condotti, conversaba con la actriz Eleonora Duse, una de las más célebres «Julietas» de las miles que interpretaron la obra de Shakespeare. Sería durante esta bohemia romana cuando Lola Mora viviría uno de sus romances más atormentados. En el taller de su maestro conoció a Gabrielle D'Annunzio, el mayor poeta italiano de la época, un verdadero mito viviente. De acuerdo con algunas crónicas, cuando Lola Mora y D'Annunzio fueron presentados, al enterarse el escritor de que ella era argentina, le suplicó que fuese a su casa para enseñarle a bailar el tango. Muchos han puesto en duda la veracidad de esta relación; sin embargo, en el diario *La tribuna* apareció una caricatura de ambos fundiéndose en un abrazo apasionado. Este romance debió ser tan breve como sufriente, ya que por entonces el

poeta repartía su existencia con otras cuatro mujeres: la bailarina rusa Ida Rubinstein, Luisa Beccara, Gisella Zucconi y la propia Eleonora Duse. No debió resultar nada fácil ser la quinta. Sin embargo, otro hombre habría de resultar decisivo en la vida de Lola: no solamente la haría olvidar a D'Annunzio, sino que abriría las puertas de su verdadera pasión.

El pasaje de la pintura a la escultura se produjo en Roma y no fue sólo a causa del deslumbramiento ante las mejores piezas escultóricas que se hayan tallado, tal como refiere la crónica oficial. En realidad, el primer contacto de Lola Mora con la escultura tuvo origen en un encuentro carnal, por así decirlo. En 1897 la artista tucumana conoció al escultor cubano Juan Cepeda quien, a la sazón, también estaba viviendo en Roma. Tuvieron un romance apasionado; los furtivos encuentros en el atelier repleto de mármoreos cuerpos desnudos, las poderosas manos del escultor que tallaban formas voluptuosas y abarcaban la estrecha cintura de Lola como si fuese arcilla, le hicieron comprender la sensual belleza de la escultura. No nos consta que Lola Mora se hubiera enamorado de Juan Cepeda; sabemos, en cambio, que se enamoró perdidamente de la escultura y que jamás, a partir de entonces, habría de abandonarla.

Si los amores de Lola eran pasajeros, a veces por voluntad propia, otras a su pesar, su pasión por el arte, en cambio, era de una entrega incondicional y de un amor sin límites. Era una artista de principios dispuesta a llevar las fronteras de la técnica hasta las últimas consecuencias. El día que supo que su destino era la escultura decidió, tal como lo había hecho con la pintura, tomar clases con los máximos maestros; con Constantino Barbella aprendió las sutilísimas técnicas de la miniatura, pero también la dura faena del volcado del bronce fundido, tarea que muchos hombres imaginaban imposibles para una mujer. Con Giulio Monteverde, el mejor escultor de su época, aprendió a cincelar el mármol y a trabajar en escalas monumentales. Lola tenía dos grandes virtudes: al talento natural para la plástica se sumaba la inteligencia para abrirse camino, generando situaciones que trascendían al hecho artístico. El maestro Monteverde supo darle cauce a estas dos habilidades: no sólo le enseñaba a cincelar la roca, sino también a esculpir su propia imagen pública. A su taller había llegado una sencilla muchacha de pueblo y ahora todos veían salir a una mujer exótica, audaz y de una elegante extravagancia que obligaba a todos a girar la cabeza a su paso. De hecho, su atuendo se convirtió en una marca personal que fue motivo de los comentarios más variados por parte de la prensa. Lola Mora sabía mezclar con delicado equilibrio los dictados de la moda europea con pinceladas de la vestimenta criolla: bombachas gauchas combinadas con toreras españolas muy ceñidas a la cintura y una boina de campo a guisa de gorro de pintor. La prensa argentina, que hasta entonces la había tratado con indiferencia cuando no con desdén, ahora se hacía eco de las crónicas italianas celebrando la consagración de «nuestra notable artista».

Sin embargo, hacía mucho tiempo que Lola se había gastado el dinero de la venta

de sus cuadros al Estado tucumano y empezaba a terminarse, también, una beca que le había otorgado su provincia. Pudo vender algunas de las obras de su producción italiana, pero esto no alcanzaba para cubrir los enormes gastos de la gran vida romana que se daba Lola Mora. Así, viendo que su viaje de iniciación y aprendizaje estaba llegando a su fin, la escultora decidió recurrir al auxilio de su amigo el embajador argentino, Enrique Moreno, quien habría de interceder ante la instancia más alta para que se le extendiera la beca: el Presidente de la República, Julio Argentino Roca. Este contacto, aún indirecto, sería el comienzo de una larga y calurosa relación.

Bajo el lejano mecenazgo de Roca, quien decidió personalmente extender la subvención, Lola Mora le dio a su carrera un impulso meteórico. Los éxitos se sucedían, la prensa italiana se rendía a sus pies y distintos personajes europeos se disputaban los favores de su cincel, encargándole obras y más obras. Fue en aquella etapa, en un raptó de inspiración, cuando hizo una de sus esculturas consagratorias, una obra sencilla en su concepción pero que revela la esencia más profunda de la artista: un autorretrato en el que se ve su rostro emergiendo de la roca viva, del mármol en bruto. Así, naciendo de la piedra, se convirtió no ya en la madre de sí misma, sino en la hija de la propia escultura. Luego de esta experiencia autocreadora, Lola Mora decidió que su formación había concluido: era tiempo de volver a su tierra. Fue recibida en la Argentina con los máximos honores por su protector, el presidente Roca.

La relación de Lola Mora con Roca fue misteriosa, apasionada y contradictoria. Uno de los pseudónimos que la artista solía usar para presentarse a los concursos organizados por otros países era Túpac Amaru, nombre que simbolizaba la resistencia y el orgullo de los pueblos originarios de América; era éste un elocuente homenaje a los hombres y las mujeres que fueron asesinados por las huestes de la «civilización». Julio Argentino Roca, por su parte, había alcanzado la celebridad por encabezar una de las masacres más atroces cometidas en este suelo: la sanguinaria campaña del desierto, que despojó de sus tierras y exterminó pueblos originarios íntegros. ¿Qué fue lo que unió a esta mujer, que se hacía llamar Túpac Amaru, con el hombre que se convirtió en el símbolo del avasallamiento del indio?

Así como Roca había sido el invisible y lejano mecenas de Lola Mora para que la tucumana pudiese completar su formación en Italia, en la Argentina el presidente de la República se convirtió en su más ferviente admirador y el principal impulsor de su obra. A todo le decía que sí; nada era imposible. Sin importar cuán costosos, extravagantes o escandalosos podían ser los proyectos que Lola Mora le presentaba, el general Roca, mirándola tiernamente a los ojos, le daba a la escultora la respuesta que ella quería escuchar. Y así, un día Lola desplegó frente a los ojos del presidente el boceto de su proyecto más ambicioso: una fuente monumental cuyas figuras relataran fragmentos de la historia de la patria, inspirada en una estética que mezclara motivos autóctonos y europeos, para ser emplazada en Plaza de Mayo. Fue la primera vez que Roca puso un pero: tal vez los motivos telúricos no fueran una buena idea, ya que el

presidente había dedicado la mayor parte de su vida a combatir a estos «elementos autóctonos» que la artista pretendía plasmar. Entonces, Lola Mora presentó un segundo proyecto en el que reemplazaba el repertorio mitológico americano por la tradición griega: en lugar de las deidades nativas ahora aparecía Venus, la Diosa del Amor, asistida en su nacimiento por dos nereidas rodeadas de tritones. Al pie del bosquejo podía leerse el título del grupo escultórico: *Fuente de las Nereidas*. Roca, fascinado, con una sonrisa emocionada, volvió a pronunciar la palabra postergada: «sí».

Mientras trabajaba en la fuente que sería puesta en el lugar de la pirámide de Mayo, frente a la Casa de Gobierno, Lola Mora presentó un proyecto para la histórica Casa de Tucumán. Se trataba de un bajorrelieve de chapas de bronce ensambladas que representarían la formación del primer gobierno patrio y la declaración de la Independencia. El gobierno de su provincia aprobó el proyecto con entusiasmo. Pero cuando se inauguró, todos los presentes descubrieron con asombro que, entre los personajes del congreso de Tucumán plasmados en el bronce, había uno, ocupando el lugar protagónico, que se había colado del presente hacia aquel pasado épico: sin que hubiese justificación histórica, lógica y, menos aún, cronológica, entre los próceres de 1816 aparecía Julio Argentino Roca. Una declaración de amor innecesariamente pública y, por cierto, desproporcionada.

En 1903 Lola Mora concluyó la Fuente de las Nereidas, una obra monumental de una belleza inédita en la escultura argentina, más aún si se tiene en cuenta que la mayor parte de las esculturas de Buenos Aires estaban hechas por artistas europeos. La fuente resultó un impacto para todo el mundo; pero, inesperadamente, habría de significar uno de los golpes más duros para su autora: la Iglesia, escandalizada ante la voluptuosa sensualidad de los cuerpos desnudos y de la iconografía politeísta, se opuso terminantemente a que emplazaran una Venus desnuda frente a la mismísima Catedral de Buenos Aires. Lola Mora recibió con tristeza la noticia de que su fuente sería ubicada en un lugar menos transitado; el primer destino de Las Nereidas fue el Paseo de Julio. Pero la escultora recibió otra decepción: el día de la inauguración no se hizo presente Roca. La ausencia del general, que tenía el propósito de disipar los rumores sobre la relación que los unía, tuvo el efecto opuesto. ¿Qué otra razón más que aquella que se pretendía silenciar podía tener ese distanciamiento público? A partir de ese momento las idas y vueltas entre Lola Mora y Roca fueron muchas y muy comentadas.

Pero al margen de los vaivenes sentimentales, la obra de la artista tucumana seguía abriéndose paso en el mundo: ganó el concurso para esculpir el monumento a la Reina Victoria en Melbourne; sin embargo, al enterarse de que debía renunciar a la ciudadanía argentina y convertirse en súbdita de la Corona británica, desistió de semejante reconocimiento. En 1905, bajo su pseudónimo Túpac Amaru, ganó otro concurso, esta vez para llevar a cabo el monumento al Zar Alejandro I en San Petersburgo. Por otra parte, le habían encargado la estatua de Aristóbulo del Valle, la

de Alberdi en Tucumán, el busto de Luis Sáenz Peña para la Galería de Presidentes Argentinos en la Casa de Gobierno, entre muchos otros.

Poco se sabía sobre los altibajos del romance entre Lola Mora y Julio Argentino Roca. El cerrado silencio que guardaban ambos no hacía más que encender la imaginación de la prensa. Así como la escultora sabía ganarse la simpatía y el favor de los hombres, la mayoría de las mujeres la odiaba. Muchas de sus congéneres no toleraban que Lola tratara a los hombres de igual a igual, que tuviera un oficio propio de los varones, que participara de las tertulias de artistas en los cafés porteños e italianos y veían con indignación que fuera invitada a las cenas del Club del Progreso, lugar tradicionalmente reservado a los hombres. Existen numerosos artículos en diversos diarios porteños que reflejan con asombrada prosa la vida de Lola Mora en un mundo de hombres. *Caras y Caretas* le dedicó algunas caricaturas, *La Nación* comentaba con asiduidad la extravagante vida de Lola en la sección *Sociales* y *La Prensa* le consagraba columnas enteras. Como tantos artistas argentinos, recibió las más despiadadas críticas en su propio país, mientras que los elogios llegaban desde Europa. Pero el escándalo más ruidoso habría de producirse a comienzos de 1906.

Mientras trabajaba en algunas obras ornamentales en las escalinatas del flamante Congreso Nacional, no podía evitar detener sus labores cada vez que subía o bajaba un joven empleado del Parlamento. Encandilada por la estampa juvenil del muchacho, a veces a su pesar, otras deliberadamente, le dedicaba unas miradas ciertamente sugestivas. De hecho, un día, al pasar el joven frente a ella, Lola Mora se distrajo de tal manera que, accidentalmente, se martilló un dedo con la maza. Aquel nimio suceso fue el que provocó el primer diálogo, cuando el muchacho la tomó de la mano para ver si se había lastimado. Pocos días después, el empleado, veinte años menor que ella, se había convertido en su discípulo. Ciertamente, este hecho causó un mar de habladurías, ya que nadie ignoraba que a Luis Hernández, tal el nombre del galán, jamás le había interesado el estudio de las formas, a menos que se tratara de la anatomía femenina. Disciplina en la que, por cierto, era sumamente instruido. Ella era una artista consagrada, una mujer famosa y polémica que estaba en boca de todos. Él, en cambio, era un oscuro escritor sin más talentos que la seducción. Sin embargo, Lola se enamoró perdidamente de Luis Hernández. Vivieron una encendida relación más o menos clandestina, hasta que, dos años más tarde, Lola sorprendió otra vez a la prensa con una primicia escandalosa: ella, a sus cuarenta y dos años, iba casarse con un alumno de veintiuno. Corrieron ríos de tinta y se alzaron voces indignadas, pese a lo cual los novios se casaron el 22 de junio de 1909 y, al día siguiente de la boda, se embarcaron hacia Genova, donde pasarían su luna de miel. Abrazados en la cubierta del lujoso vapor *Principessa Mafalda*, Lola ignoraba que aquél iba a ser el comienzo de un verdadero infierno.

Los recién casados se paseaban por Italia con aquella mezcla de alegría y encandilamiento mutuo propia de los primeros tiempos. Recorrieron Capri, Venecia y Florencia y, finalmente, el matrimonio se instaló en la casa del Trastevere, en la Via

Dogali, donde ella había vivido en sus años de formación. Terminada la luna de miel, Lola retomó su trabajo. La producción de aquella época ilustra con claridad cuáles eran sus deseos más profundos: se dedicaba obsesivamente a esculpir niños. Hasta tal punto queda de manifiesto el carácter compulsivo de estas imágenes, que muchas veces sus contratistas tuvieron que reclamarle la entrega de los trabajos encargados que, una y otra vez, quedaban postergados a expensas de estas esculturas surgidas de sus anhelos.

Por su parte, Luis no encontraba en Roma ninguno de los atractivos artísticos que ataban a su esposa a la capital italiana; aburrido de la ciudad y muy pronto de la vida conyugal, mientras Lola se dedicaba a trabajar, él retornó a su antigua afición: las mujeres. Se diría que él mismo se convenció del personaje que había inventado para que la prensa no lo presentara como un mantenido de su mujer. Todas las noches salía a la conquista de una nueva amante, exhibiendo una tarjeta que rezaba:

Luis Hernández

Doctor en Leyes. Diplomático. Escultor. Escritor

No vacilaba, por otra parte, en hacerse pasar por sobrino del célebre autor del *Martín Fierro*, José Hernández.

Entre las amantes de Luis Hernández estaba Maruska Oppenheimer, una bellísima aristócrata húngara cuyo marido, no conforme con rendirle culto a su anatomía privilegiada, había contratado a Lola Mora para que la inmortalizara en el mármol. Un día, la escultora descubrió a su esposo y a la ilustre clienta en su propio taller. La excusa de que ella se había quitado la ropa para modelar hubiese sonado verosímil de no haber sido por el inexplicable hecho de que Luis también estaba completamente desnudo. Fue aquél el principio del fin del matrimonio. Si bien Lola Mora había perdonado a su esposo, a partir de aquel doloroso episodio nunca más volvió a confiar en él. De hecho, durante los nueve años que estuvieron juntos, ella vivió envuelta en una pesadilla hecha de celos a veces justificados, otras antojadizos y, hacia el final de matrimonio, lisa y llanamente patológicos. La vida de ambos se había convertido en un martirio hasta que decidieron separarse.

Sin embargo, todo aquello que parecía tolerable para una mujer joven, bella y con buenos lazos con el poder, ya no lo era cuando se encontraba entrada en años y con su mecenas muerto. La antigua osadía juvenil se había vuelto en su contra, como si de pronto tuviese que pagar las deudas del pasado. La estrella de Lola Mora se apagaba poco a poco. Las esculturas que había hecho para el Congreso fueron removidas de sus pedestales, a la vez que las tachaban de «esperpentos y mamarrachos». Por otra parte, muy lejos habían quedado los tiempos en que no daba abasto para cumplir con los numerosos pedidos: ahora nadie parecía recordar su existencia. Como si todo esto fuera poco, su gran obra, la Fuente de la Nereidas, que jamás había sido puesta en su lugar original, la Plaza de Mayo, sino en el más retirado Paseo de Julio, ahora sufriría

un nuevo destierro: la remota Costanera Sur, en los confines de Buenos Aires. Como en la dolorosa escena bíblica de la Pasión, la propia Lola Mora tuvo que cargar con su cruz dirigiendo personalmente el traslado. Como si se hubiera dictado una silenciosa sentencia, la mayor parte de sus obras fueron a parar a los galpones oscuros de la Municipalidad. Retirada de la escultura y, gradualmente, de la realidad, en una extraña excursión a Salta dilapidó su exiguo capital y su escasa salud buscando minerales. Fue encontrada al pie de una montaña doblegada por el frío, el hambre y el delirio. De regreso en Buenos Aires, víctima de un derrame cerebral, quedó al cuidado de unas sobrinas. El 7 de junio de 1936, cuando los médicos la declararon desahuciada, Lola suplicó para que llamaran a su esposo. Luis Hernández, todavía joven, después de tantos años se reencontró con una mujer irreconocible quien, extendiéndole la mano, en un hilo de voz, le hizo saber que no quería abandonar este mundo sin antes perdonarlo. Sólo entonces dio el último suspiro.

Pocos saben, sin embargo, que algunos días antes de su muerte Lola había desaparecido de manera inexplicable de la cama en la que agonizaba. Llevada por la intuición, una de sus sobrinas corrió hacia la Costanera Sur; allí, en el monumento junto al río, en aquel paseo recóndito, pudo ver la figura de una mujer sentada en el borde de la fuente, abrazada a una de las figuras. Cuando su sobrina, todavía desesperada, le reprochó la escapada, Lola Mora, con la mirada extraviada, le dijo

—Estoy cuidando a mis hijas.

La cautiva de Roca

Julio Argentino Roca llegó al mundo a pesar de que todo parecía conspirar contra su nacimiento. De hecho, su padre, José Segundo Roca, estuvo a punto de ser fusilado sin dejar descendencia. Fue salvado del paredón por una mujer, Agustina Paz, quien, momentos antes de que se constituyera el pelotón de fusilamiento, se ofreció para casarse con el reo. Estos pedidos de clemencia no estaban contemplados en ninguna normativa; sin embargo, era una suerte de ley tácita otorgar el perdón del condenado si era requerido para el casamiento. Se deduce de esta curiosa costumbre que el matrimonio, a la sazón, no era tenido en muy alta estima: estaba un peldaño por debajo de la muerte y, según dicen, no faltó algún reo que, habiendo sido requerido para casarse en el último momento, después de considerarlo unos segundos, optó por la pena capital. No fue éste el caso de José Segundo Roca, quien no sólo aceptó la petición, sino que le dio a su salvadora ocho saludables retoños, a uno de los cuales llamó Julio Argentino.

A la muerte de Agustina Paz, los hijos, nacidos todos en Tucumán, fueron repartidos: los más chicos entre distintas mujeres de la familia y los mayores en colegios pupilos. Era aquélla una usanza propia de la época, ya que los hombres, sobre todo aquellos consagrados a la guerra, no se dedicaban a criar hijos. Julio Argentino Roca tenía quince años cuando lo enviaron al colegio Nacional de Concepción del Uruguay. Regresó a Tucumán diez años más tarde convertido en un soldado barbado, cuyo bautismo de fuego tuvo lugar en la batalla de Cepeda. En la de Pavón se curtió como artillero y se consagró en la guerra del Paraguay. A los veintiséis años Roca fue reconocido por el propio Presidente Domingo Faustino Sarmiento al nombrarlo Comandante del Sexto Regimiento de Tucumán. En esta época se produjo un acontecimiento tan peculiar como poco comentado por los biógrafos del general. Uno de los argumentos más invocados para llevar a cabo la masacre que significó la Campaña del Desierto, era el declarado propósito de salvar a las mujeres que habían sido tomadas cautivas por los indios. Pero, en realidad, con el pretexto de ir a rescatar mujeres, volvían con las cabezas de los jefes tribales y repartían las tierras apropiadas entre sus amigos. Es decir, iban a buscar cautivas y regresaban con hectáreas de campos fértiles. Esto es historia conocida. Lo que muy pocos saben es que el mismísimo Julio Argentino Roca, el héroe de las mujeres secuestradas, tuvo su propia cautiva. Resulta interesante recordar este pasaje tan poco mencionado que protagonizara Roca mucho antes de alcanzar la presidencia de la Nación.

En 1869 Julio Argentino Roca conoció a Ignacia Robles, una jovencita de quince

años cuya belleza encendía las pasiones menos confesables del futuro presidente. Varias veces se habían cruzado en las más distinguidas tertulias de Tucumán. Cada vez que Roca la veía aparecer en los salones, sus ojos se extraviaban en la abundancia de su escote y en las voluptuosas curvas acentuadas por un ajustado corsé. Al principio, el militar, intentando guardar las formas, galantemente inventaba alguna excusa para abandonar el grupo de interlocutores circunstanciales y entablar un diálogo con la joven Ignacia. En el momento en que la charla trascendía las fronteras de la formalidad y se dirigía a los asuntos más íntimos, en el instante preciso en que el tono de sus voces se hacía más bajo y sus rostros se acercaban, en ese exacto momento, la madre de la muchacha tomaba a su hija de un brazo y daba por finalizada la conversación, dejando a Roca con el santo en la boca y los ánimos encendidos.

Pese a que el teniente coronel parecía el candidato ideal, la madre de Ignacia se oponía terminantemente a los galanteos que le dedicaba a su hija. Era un hecho conocido que Roca mantenía romances simultáneos con varias tucumanas, algunas casaderas, otras viudas e incluso alguna mujer casada. En su paso por Buenos Aires, Mendoza, San Juan, La Rioja y Salta había dejado, también, unas cuantas promesas eternamente postergadas. La madre de Ignacia Robles, más interesada en la felicidad de su hija que en los títulos del teniente coronel, se mostraba intransigente ante cada avance del militar. Sin embargo, habiendo salido victorioso en tantas batallas, Roca no iba a rendirse sin luchar; de manera que inició una paciente estrategia consistente en seducir, primero, a la madre. A pesar de la manifiesta antipatía de los Robles, Julio Argentino Roca se tomó la tarea sistemática de llegarse todas las tardes a la casa de su pretendida con dos enormes ramos de flores, uno para Ignacia, otro para su madre y una botella de vino o un cigarro para el padre. Y todas las tardes, invariablemente, Roca podía ver entre el resquicio de la puerta, que jamás le era abierta, cómo los esmerados obsequios, con envoltorio y todo, terminaban en la basura. Hasta que un día, ante los ojos azorados de todos los concurrentes a una de las tertulias, el coronel Roca, al ver entrar a su pretendida junto con sus padres, literalmente arrebató a la muchacha del brazo de la madre y, entre amenazas a quienes intentaron interceder, la secuestró. Sus padres, desesperados, corrieron hasta la calle y pudieron ver cómo Roca, a todo galope, se perdía con su cautiva en la oscuridad de la noche.

Roca, uno de los hombres más poderosos de Tucumán, gozaba de la mayor impunidad y, pese a la gravedad del caso y a la cantidad de testigos que presenciaron el hecho, nadie hizo absolutamente nada. Cuando los padres de Ignacia fueron al cuartel, todos los militares se encogieron de hombros ante las súplicas del matrimonio: nadie sabía nada, nadie escuchó nada, nadie vio nada. Al cabo de una semana, que para los familiares de la víctima fue un siglo, Ignacia apareció, pálida y ausente, en la puerta de su casa. Luego supieron que Roca la había tenido en una casa que había alquilado con el único propósito de servirse de ella. Los padres de Ignacia hicieron revisar a la chica por un médico: no mostraba ninguna herida, ni señal de

maltrato; sólo que, al tiempo, su vientre comenzó a hincharse. Poco antes de que naciera Carmen, tal el nombre que Ignacia eligió para el fruto de aquella salvaje y breve convivencia obligada, Roca partió a Entre Ríos.

Lo más paradójico, injusto y perverso de esta historia fue que, a pesar de que todo el mundo conocía este hecho, quien tuvo que cargar con la cruz del desprecio no fue el culpable, sino la víctima. Roca seguía siendo un héroe, mientras Ignacia era señalada con el índice acusatorio por el deshonor que significaba ser una madre soltera. Un primo materno de Julio Argentino Roca, Bibiano Paz, uno de los pocos que se mostraron compadecidos por la muchacha, avergonzado por la actitud de su célebre pariente, se acercó a Ignacia para tenderle una mano. Resultan curiosos los giros y las vueltas de la vida: al padre de Roca le había salvado la vida Agustina Paz y muchos años después, el hijo no reconocido de Roca era protegido por un descendiente directo de Agustina. Y tanto fue el afecto que le prodigó, que Bibiano Paz e Ignacia Robles terminaron casados, dándole a esta historia sórdida y cruel un final, si no feliz, al menos no tan aciago como el horror que padeció la cautiva de Roca.

Felicitas Guerrero, el crimen pasional argentino

La historia de Felicitas Guerrero acaso constituya el primer gran relato de un género literario y periodístico: el crimen pasional en la Argentina. El carácter fundacional de esta crónica, en la que se mezcla la historia con la leyenda, estuvo determinado no sólo por la fama de los protagonistas, sino, además, por el aporte de la pluma de Victoria Ocampo, quien relata el episodio en su autobiografía. Desde luego, no fue éste el primero —ni, mucho menos, el último— de los asesinatos pasionales en nuestro país; sin embargo, en varias ocasiones los historiadores tienden a confundir la Historia de una nación con la de las familias patricias. Si revisamos los archivos judiciales de la época, e incluso anteriores, nos encontramos con numerosos casos de crímenes de este tipo; pero la enorme celebridad de los personajes involucrados hizo que aquella tragedia ocupara las primeras planas de todos los diarios de entonces y llegara hasta nuestros días como un caso emblemático.

El asesinato de Felicitas Guerrero pone de manifiesto, además, el tratamiento diferencial que otorgan la prensa y la literatura a episodios semejantes, según se produzcan en el seno de una u otra clase social. Si un crimen tiene lugar en un hogar humilde, se califica a los autores de «chacales», «carniceros», «seres despreciables que no merecen llamarse humanos». Pero si el mismo delito se comete entre las más encumbradas familias y el asesino es portador de un apellido ilustre, entonces se trata de una «tragedia con ribetes griegos», de un «rapto de locura surgido de la pasión» de cómo «un hombre honesto fue arrastrado al homicidio por la perfidia de una mujer». Por supuesto, el tratamiento judicial que recibe uno u otro homicida depende, también, de su posición en la pirámide social. Inclusive, si hay que «corregir» determinados detalles del relato para que el distinguido asesino no quede excluido de la posibilidad del Paraíso, la Iglesia puede omitir algunos pormenores. Examinemos el caso de Felicitas Guerrero para comprobar cómo el crimen pasional, cuyo elemento central es el sexo, cuando se comete en el seno de la aristocracia, se convierte en un hecho casi romántico para borrar, de este modo, toda connotación impropia de su alcurnia.

Felicitas Guerrero nació en un distinguido caserón de la calle México cuando San Telmo era el barrio de las familias insignes de Buenos Aires. Hija del ilustre matrimonio formado por Carlos Guerrero y Felicitas Cueto y Montes de Oca, la pequeña fue bautizada con el mismo nombre de su madre. A los quince años Felicitas se había convertido, de acuerdo con una descripción de Guido Spano, en «la muchacha más hermosa de la República». Exagerado o no, este comentario puede

contrastarse con los retratos y otras descripciones que ponen de manifiesto la infrecuente belleza de Felicitas. Como era de esperarse, al llegar a la edad del matrimonio había una legión de hombres dispuestos a pedir la mano de la hija de los Guerrero Montes de Oca. Sin embargo, los padres de Felicitas ya habían resuelto el destino de su hija hacía bastante tiempo sin esperar otras propuestas ni, mucho menos, la opinión de la propia interesada. No podía existir mejor partido: Martín de Álzaga, hijo del general Félix de Álzaga, no solamente portaba uno de los apellidos de mayor abolengo, sino que era, además, dueño de una fortuna difícil de igualar.

El matrimonio se celebró en 1862; Felicitas acababa de cumplir dieciséis años y su marido orillaba los cincuenta. La flamante esposa recibió como regalo de bodas por parte de su cónyuge un suntuoso caserón en la calle Florida. Ella lo trataba con el respeto que se le dispensa a un pariente mayor y, de hecho, jamás consiguió dejar de tratarlo de usted. Tuvieron un hijo al que llamaron Félix en homenaje a su abuelo, pero la felicidad se convirtió en tragedia al morir el pequeño antes de cumplir los cinco años. Un año después, el 17 de marzo de 1870, Martín Álzaga murió también, dejando a Felicitas tan sola como antes de casarse. A sus veinticuatro años, la viuda era dueña de una fortuna incalculable.

Si su sola belleza ya era cautivante, la joven heredera, convertida de pronto en millonaria, era ahora la mujer más disputada de Buenos Aires. De manera que, si antes de su casamiento los pretendientes de Felicitas eran una multitud, al alcanzar tan prematura viudez los candidatos se multiplicaron. Igual que en su primer casamiento, los padres quisieron arreglar el matrimonio de su hija, esta vez con el ilustre Enrique Ocampo; de hecho, Felicitas y el tío de Victoria Ocampo llegaron a noviar durante un tiempo. Sin embargo, en el momento en que Enrique estaba por pedirle formalmente matrimonio, sucedió algo inesperado, al menos para los padres de ella, aunque completamente esperable para una mujer que jamás había tenido la oportunidad de elegir por sí sola: se enamoró de otro hombre.

Todo se produjo durante uno de los frecuentes viajes de Felicitas a uno de sus campos; el nombre de la estancia, a la luz de los sucesos que tuvieron lugar, parece un albur: *La postrera*. De hecho, aquél habría de ser el escenario de uno de los últimos capítulos de su breve existencia. Allí, en una noche tormentosa en la que su carruaje quedó varado en el barro, Felicitas fue rescatada por un visitante interesado en arrendar parte del campo. Samuel Sáenz Valiente, haciendo honor a su apellido, sin importarle la lluvia torrencial ni los rayos cayendo alrededor, consiguió desenterrar la rueda y dirigir el carruaje hasta el casco de la estancia. Fueron aquéllos los días más apasionados de Felicitas. Este romance, cuyo comienzo parecía sacado de un cuento de princesas, terminaría como un relato de horror.

La joven viuda volvió a Buenos Aires con dos decisiones tomadas: la primera, romper con su prometido; la segunda, casarse con Sáenz Valiente. El 29 de enero de 1872, el mismo día en que Felicitas se dispuso a dar a conocer su resolución a Enrique Ocampo, se produjo el desenlace: el hombre, enceguecido por los celos y el

despecho, no le permitió a la muchacha siquiera terminar de argumentar:

Y después de un tiro, y otro tiro...

De acuerdo con el relato de Victoria Ocampo, Felicitas cayó muerta sobre un charco hecho con su propia sangre. Ante el ruido de los disparos, los hombres de la casa corrieron a la sala y se encontraron con la desoladora escena: Felicitas inerte sobre el suelo y el hombre arrodillado sobre el cadáver. Cristian Demaría, primo de Felicitas, llegó a ver cómo Enrique Ocampo se llevó el arma a la sien y, reservándose la última bala, se descerrajó un tiro en la cabeza. Sin embargo, la versión del suicidio desapareció de los expedientes oficiales, ya que, de otro modo, el asesino jamás hubiese podido recibir el último sacramento, tal como sucedió.

12. Sáenz Peña, Incesto y destino

Igual que en las tragedias griegas, el destino de Roque Sáenz Peña estuvo determinado por un hecho horroroso que habría de torcer el curso de su vida de manera dramática. Tal vez este caso ejemplifique como pocos de qué modo y hasta qué punto los avatares sexuales en la existencia de una persona pueden influir en la historia de un país. En efecto, así como los héroes mitológicos que eran condenados al destierro por los dioses, iban escribiendo la Historia en su derrotero a partir de su propia tragedia, Roque Sáenz Peña partió a buscar la muerte al descubrir que había violado la más horrible de todas las prohibiciones.

La historia se inició durante las postrimerías de la década de 1870. Pese a que no existen documentos que den testimonio de manera directa y completa, sí encontramos cartas del propio Sáenz Peña y de algunos de sus amigos mencionando el episodio, que puede reconstruirse a partir de distintos fragmentos. De regreso de la guerra del Paraguay, Roque Sáenz Peña se reencontró con una amiga de la infancia. De acuerdo con algunos relatos orales que llegaron hasta nuestros días, la muchacha se habría llamado María, aunque bien podría ser éste un nombre figurado para preservar la verdadera identidad de la protagonista de este escabroso relato. María era la hija de una viuda allegada a la familia Sáenz Peña, acaso una empleada. Hacía mucho tiempo que Roque no veía a su amiga; de hecho, apenas si pudo reconocer en aquella mujer alta y bien formada los rasgos infantiles de otrora, aunque quedó deslumbrado por su sensual belleza. Iniciaron un romance furtivo y apasionado. Sin que existieran razones, prefirieron mantener la relación en secreto. Un día, el padre de Roque, Luis Sáenz Peña, enterado del reencuentro de su hijo con María, como al pasar, le preguntó si había algo entre ellos.

—No —mintió escuetamente Roque.

—Mejor así —dijo el padre, alegando cuestiones de clase, dando a entender que María no pertenecía a las familias «bien», que no era partido para él y que, en fin, ni se le cruzara por la cabeza tener «algo» con ella.

Roque le devolvió un mutismo cargado de hostilidad. Estaba enamorado de María y las palabras de su padre fueron verdaderamente ofensivas. Sin embargo, creyó prudente guardar silencio. Ella, por su parte, consciente de la diferencia social que la separaba del hombre que amaba, le hizo ver a Roque que la relación estaba destinada al fracaso. Pero no iba a convencerlo tan fácilmente; él no ignoraba que no habría de ser aquél un escollo fácil de superar, pero estaba dispuesto a afrontar las circunstancias: no iba a esconderla de la mirada pública por los estúpidos prejuicios

de clase. Roque Sáenz Peña, sin embargo, era un hombre con ambiciones políticas: opositor a Bartolomé Mitre, se había encolumnado en las filas del Partido Autonomista liderado por Adolfo Alsina, alcanzando una banca como diputado y, a pesar de su juventud, llegó a desempeñarse como presidente del cuerpo. María y Roque sabían que, de hacerse pública la relación, sus adversarios no tardarían en usar la información en su contra. Pero ni siquiera esa posibilidad iba a ser un obstáculo para Roque Sáenz Peña; de hecho, le dijo a María que, si era necesario, estaba dispuesto a renunciar a la política por ella.

Así, animado por esas convicciones largamente meditadas, algunos días después retomó la conversación con su padre y, resuelto y desafiante, le hizo saber que estaba enamorado de María y que poco le importaba lo que él opinara. Iba a continuar hablando, cuando notó que su padre palidecía y, con voz temblorosa, le dijo:

—María es hija mía.

Roque oyó las palabras de su padre, pero tardó en comprender el sentido de aquella sencilla frase. Cuando por fin pudo recomponer el curso del pensamiento, se puso de pie y tuvo que sostenerse en el brazo de la silla para no caer. María era su medio hermana. De pronto todo cobró sentido: ¿cómo no se había dado cuenta antes? Existían numerosos indicios: la relación incierta y nunca aclarada que había entre su padre y la madre de María, el empeño de Luis Sáenz Peña por mantener a su hijo lejos de la muchacha, los juegos infantiles, en fin, una suma de recuerdos terminó de armar el fatídico cuadro incestuoso. El horror se apoderó de Roque y, como aquellos héroes mitológicos, se impuso el destierro. Así, renunció a su cargo y decidió partir a buscar la muerte como soldado en una causa, a decir de muchos, ajena: la guerra del Pacífico.

Sin embargo, para los espíritus justos no existen causas ajenas; recordemos, sólo por caso, que Lord Byron había entregado la vida por la causa griega. Pero no hacía falta ir tan lejos: inspirados en la gesta de San Martín y Bolívar, para muchos la historia de América Latina no conocía fronteras sino, al contrario, sostenían que sus pueblos estaban unidos por un origen y un destino en común. Así, cuando Chile avanzó sobre el sur de Bolivia quedándose con Antofagasta y cerrándole el acceso al mar, la Argentina, junto con el Perú, defendió la posición boliviana. Sin embargo, la mayor parte del arco político argentino se oponía a una intervención armada en el conflicto. Alejado de los gestos declamatorios tan propios de los políticos, Roque Sáenz Peña partió silenciosamente hacia Lima durante los últimos días de junio de 1879. En su solicitud de incorporación al ejército, Sáenz Peña alegó:

La causa del Perú es la causa de la Argentina [...]. He dejado mi patria cediendo a convicciones profundas, no a imposiciones inmediatas de los deberes patrios sino a inspiraciones espontáneas del sentimiento americano.

Resulta notable este caso para ver cómo confluyen en una decisión crucial razones de orden político y otras, la mayor de las veces ocultas, de carácter

profundamente personal. En efecto, la causa subyacente a los motivos alegados públicamente era aquella tragedia insoportable que llevaba a Sáenz Peña a buscar una muerte digna. Su amigo Paul Groussac, uno de los pocos que conocían el drama, además de su familia, escribió:

Una crisis de su alma apasionada lo arrojó al Pacífico como remedio heroico a su amargura.

Ambas clases de motivaciones, las políticas y las íntimas, no resultan excluyentes ni unas son más verdaderas que las otras; al contrario, por lo general, un héroe se construye con la materia de las convicciones más elevadas y se impulsa con la fuerza que lo lleva a huir de la tragedia personal.

Al mismo tiempo que Roque Sáenz Peña atravesaba su peor momento, su mejor amigo, Miguel Cañé, acababa de perder a su esposa. Ambos estaban anímicamente destruidos, a punto tal que el común amigo de ambos, Carlos Pellegrini, apuntó:

Este Roque y este Miguel son capaces de hacer lo que vulgarmente se llama una barbaridad; los dos han cambiado hasta de carácter.

Y tenía razón: a poco de partir Sáenz Peña a Lima, Miguel Cañé, ganado por el temor de que su amigo resultara muerto en la guerra, fue tras sus pasos poniendo en riesgo su propia vida.

No tengo alma para esas aventuras, con el corazón enterrado en otros cariños y la perspectiva de Roque muerto o herido, solo en el desierto.

Estas palabras que escribió Miguel Cañé varado en Chile muestran la generosidad y el desinterés de su espíritu, más preocupado por su amigo que por su propia suerte. Cuando por fin consiguió llegar a Perú, al no tener noticias de Roque que, anotó con desesperación:

¿Dónde está Roque? No lo sé, pero ¡Lo veré!... Aún no sé una palabra sobre él [...] Apenas quedo solo me parece ver a Roque muerto y me dan ganas también de morir. [...] Quiero con toda mi alma a ese hombre que cumple su destino en silencio, sin quejas...

En el drama de Sáenz Peña están presentes todos los elementos de la tragedia clásica: la sucesión de acontecimientos encadenados, el destino de los personajes ligado a la suerte de los demás, el amor, la amistad, el incesto, etc. Sin embargo, en determinado momento el relato empieza a vislumbrar un final feliz:

Mis queridos muchachos: al fin estoy en Arica, tendido en una cama junto a Roque, a quien he encontrado gordo, sano y habiéndose batido como un león en Tarapacá.

Los amigos, luego de atravesar cada cual su propio calvario, se reencontraron y en aquella comunión en el sufrimiento y en la experiencia épica, alcanzaron la *katharsis* propia de la tragedia griega, siendo uno el espectador del drama del otro.

Cañé y Sáenz Peña volverán a verse seis meses después en Buenos Aires: Roque, luego de una participación heroica en la guerra, fue recibido en la Argentina con todos los honores. Y acaso haya sido esta página memorable la que le allanara el camino a la presidencia de la República. Lo que muy pocos saben es que aquel destino de gloria se empezó a escribir con una palabra cuya sola enunciación resulta intolerable: incesto.

Victoria Ocampo y la derrota de los hombres

Tal vez Victoria Ocampo sea una de las mujeres más polémicas y contradictorias de su época. Su vida se debatió siempre entre el deslumbramiento y la decepción, entre la entrega irracional y la huida precipitada, entre la admiración ciega y el repudio súbito por el objeto de sus desvelos, entre el deseo y la repulsión hacia aquello que anhelaba.

Victoria Ocampo nació en el seno de una de las familias más aristocráticas de la Argentina; hija del ilustre matrimonio formado por Manuel Ocampo y Ramona Aguirre, fue la mayor de seis hermanas: Angélica, Francisca, Rosa, Clara y Silvina, quien también sería escritora. Su familia se radicó en París y, en lugar de ir a la escuela como la mayoría de los niños, Victoria fue educada por institutrices y completaría sus estudios en La Sorbona.

Su inestabilidad afectiva habría de manifestarse desde muy joven: al tiempo que disfrutaba de todos los privilegios de vivir en la mayor de las opulencias, pronto comenzaría a repudiar aquella «celda de oro», como solía llamar a su casa. Despreciaba las convenciones, los prejuicios y el acartonamiento asfixiante de su entorno familiar y social. Necesitaba escapar. Fue entonces cuando se deslumbró con Luis Bernardo Mónaco de Estrada, un aristócrata de aspecto viril, de una inteligencia mordaz, sumamente culto e ingenioso.

A sus veintidós años, Victoria no podía refrenar los impulsos que le provocaba Mónaco, tal como lo llamaba:

Me siento demasiado turbada en su presencia como para conservar por lo menos un ápice de lucidez mental.

Esto escribía Victoria Ocampo, sumida en un indisimulable arrebató pasional.

Presiento que lo que me atrajo en «Mónaco» puede llegar a encegüerme, siento que sólo puedo conocer de él lo que yo quiero ver.

En esta última frase podía advertirse ya una incipiente ambigüedad entre la atracción y el engaño de los sentidos por obra del deslumbramiento. Victoria y Mónaco se casaron el 8 de noviembre de 1912. Aquella ceguera surgida de la pasión iba a durar menos que la ceremonia de bodas. Pasó del enamoramiento a la decepción en la breve distancia que separaba el altar del atrio. Aún con su resplandeciente vestido de novia, cuando tomó el brazo de su flamante marido, un impulso horroroso

la obligó a separarse, una náusea la conmovió.

Esos andamiajes contruidos por mi imaginación se derrumbaron. Mi amor por él no fue más que una ilusión.

Así de descarnadas fueron las palabras con las que describió algún tiempo después a Mónaco, ese «monstruo triste sin genio carnal». Llena de decepción, decidió, sin embargo, emprender el viaje de bodas a Europa. Rápidamente Victoria Ocampo descubrió que había salido de una celda de oro para entrar en otra, acaso todavía menos dorada. Él, por su parte, cayó presa de un acceso de celos que jamás lo habría de abandonar mientras permaneció junto a su esposa.

Lo cierto era que ella no contribuía para calmar los ataques de Mónaco; al contrario, todo el tiempo parecía estar coqueteando con otros hombres. De hecho, aún durante su luna de miel, un acaudalado comerciante veneciano con quien Victoria había cambiado muchas miradas y unas pocas palabras, le susurró al oído:

Si algún día usted se cansa de su marido, envíeme una tarjeta postal con una cruz.

A los pocos días de aquel episodio, un escultor de la más rancia nobleza rusa le suplicó a Victoria que le hiciera el homenaje de posar para él y, para convencerla, le regaló un perro siberiano de pura raza. Mónaco y el perro se odiaban en silencio y hasta se decía que se gruñían a espaldas de ella.

A partir de este momento, varios hombres empezaron a entrar en la vida de Victoria, para luego salir sufriendo las más dolorosas derrotas. La mecánica siempre era la misma: primero los elevaba sobre un pedestal de adoración y deslumbramiento e inmediatamente, cuando ya los tenía a sus pies, se dedicaba con escrúpulo a derribarlos como a ídolos de barro. Todavía estaba casada con Mónaco cuando se enamoró de Julián Martínez, un primo de su marido con fama de libertino «y a mucha honra», según solía confesar. Manuel Mujica Láinez lo describió como «un tipo estupendo, el hombre más buen mozo de su época». La atracción física que ejercía Julián sobre Victoria se había convertido para ella en una tormentosa obsesión.

Él me echó una mirada burlona... Miré esa mirada y esa mirada miraba mi boca, como si mi boca fuesen mis ojos. Mi boca presa en esa mirada se puso a temblar. Duró un siglo, un segundo.

La relación de Victoria con Julián duró mucho más que un segundo y, en sus comienzos, estuvo signada por una silente perversión: en lugar de arreglar encuentros furtivos, se las componían para coincidir «casualmente» en diferentes lugares, estando ella siempre con su marido. Por ejemplo, se encontraban con Julián en alguna reunión social o en el teatro. A propósito de uno de estos encuentros, Victoria Ocampo escribió:

Miré el *Spectre de la rose*, bailado por Nijinsky y Karsavina, sin verlo. Estaba ausente. Anonadada por lo que hubiera podido ser y jamás sería. Sentada entre dos primos tan diferentes, sabía que no tenía nada que ver con alguien a quien estaba ligada por la ley, y que una afinidad física, de la que desconfiaba, me arrastraba cada vez más hacia el otro. Cuando le di la mano creía que no iba a poder soltársela [...] ¡Qué es esta locura, si no lo conozco!

Algún tiempo después, luego de varias idas y vueltas, Victoria Ocampo y Julián Martínez se convirtieron en amantes; de hecho, decidieron alquilar un departamento en la Avenida Garay, cerca del parque Lezama, para mantener sus encuentros furtivos. En un momento el terror la paraliza: cree estar embarazada. El modo en que Victoria describe tal posibilidad resulta monstruoso:

Tenía la sensación de ser huésped de un cuerpo que obedecía a sus propias leyes y no me daba cuenta de nada. Un cuerpo ajeno, independiente de mí, y que me podía hacer, si se le ocurría, una mala jugada.

Finalmente, se trató de una falsa alarma. Sin embargo, esta experiencia habría de signar el principio del fin de ambas relaciones: su matrimonio con Mónaco y su aventura con Martínez. En 1920 se divorció. Pero cuando ya nada se interponía entre ella y su amante, Victoria, súbitamente, perdió el interés en él. De todas formas, tal como lo había hecho con su exmarido, la Ocampo y Julián Martínez partieron a una suerte de luna de miel a Europa. Y sucedió exactamente lo mismo: ella estaba completamente desencantada.

Con una notable semejanza, se enamoró perdidamente de Rabindranath Tagore, a quien alojó durante casi seis meses en su casa de San Isidro. Cuando el poeta indio, finalmente, cayó rendido, escribió:

*Mientras recorría mi desolado camino
Te encontré en la penumbra del atardecer.
Estuve casi por pedirte que me tomaras la mano
Cuando al mirar tu rostro tuve miedo.
Vi allí el resplandor de un fuego que yacía dormido
En el fondo del oscuro silencio de tu corazón.
Si en mi delirio yo despertara su llama
Sólo podría arrojar una trémula luz al borde de mi vacío.
No sé qué sacrificio
Ofrecer al sagrado fuego de tu amor.
Inclino la cabeza y me arrastro hacia mi estéril fin
Sustentado por el recuerdo de nuestro encuentro.*

Ante semejante declaración de amor desesperado, Victoria Ocampo le aclaró a Tagore que el suyo no era un afecto carnal ni pasional, sino que lo único que podía ofrecerle era su sincera amistad.

Lo mismo habría de ocurrir con Keyserling, el filósofo alemán. Admiradora de

sus ideas, le escribió unas cartas llenas de pasión, exaltación y fogosidad. Tan arrebatadas debieron ser sus palabras, que el alemán le propuso un encuentro. Se conocieron en el ámbito íntimo de un hotel en Versalles. Cuando todo hacía esperar a Keyserling un volcán de sensualidad, el veredicto de Victoria Ocampo sobre su admirado filósofo fue lapidario:

Físicamente, nada me atraía en Keyserling, y esa falta de atractivo, que hubiera podido permanecer como algo neutro, tomó el acento agresivo de la repulsión cuando el objeto de mi admiración se esforzaba en hacer caso omiso y alcanzar sus fines.

En la lista de «víctimas» de la Ocampo hay que apuntar, también, a Ortega y Gasset. Cuando lo conoció, ella no cabía en su fascinación:

Quedé atónita ante su inteligencia efervescente que bebía a traguitos por el cosquilleo de agua mineral que me producía. Era como estar delante de una chimenea encendida: uno sigue el baile de las llamas [...] Todo cuanto él decía estaba dicho de una manera especial y penetrante. Me acuerdo de su manera de decir las cosas más que de las cosas que decía. Ortega tomaba un tema y lo seguía como los reflectores siguen, en un ballet, los *entrechats* del bailarín solista. Con esta diferencia: él era a la vez los reflectores y el bailarín.

Pero cuando Ortega recogió el guante y quiso avanzar, como de costumbre, Victoria disparó:

Tal vez ignorara (como la mayoría de los hombres) hasta qué punto era yo capaz de apasionarme (al margen de la pasión amorosa) por un libro, una idea, un hombre que encarnara ese libro, esa idea, sin que mi pasión invadiera otras zonas de mi ser.

Ortega y Gasset, ante semejante aclaración, con el corazón roto le contestó:

Es mi destino, Victoria, navegar siempre hacia usted cuando usted está entregada [...] Ahora la encuentro colonizada por ilusiones de Alemania y recuerdos de la India.

Las últimas palabras estaban dirigidas a su deslumbramiento por Keyserling y por Rabindranath Tagore. Claro, Ortega ignoraba que Victoria también se había aburrido de ellos.

Pero todavía habría de dejar más corazones destrozados en su derrotero sentimental. En 1929 conoció al novelista francés Pierre Drieu La Rochelle, un espíritu ya bastante atormentado sin la ayuda de Victoria Ocampo. Juntos hicieron una dupla fatal:

Estábamos los dos perdidos en el bosque de una cruel época de transición; perdidos en nuestra soledad; perdidos de diferentes maneras, en el problema sexual; perdidos en nuestra extraña vocación religiosa sin fe religiosa; perdidos en nuestro amor de lo absoluto y de la verdad absoluta.

El encuentro entre ambos no pudo ser más patético: «como dos enfermos» pasan la noche juntos en un hotel de Normandía:

Nada hubiera sido más imposible que hacer el amor. Ya estábamos ausentes, sufríamos de ausencia, velábamos algo nacido entre nosotros y en peligro. Agonizábamos de esa agonía, de la cual nada hacía prever la salvación. ¿Qué iría a sobrevivir de nuestro encuentro, y salvaríamos algún resto de él? Porque toda vez que dos seres se encuentran y se unen espiritualmente, del mismo modo que cuando se unen sexualmente, pueden fecundarse, a menos que estén destinados, condenados a una mutua esterilidad. En fin, una oda negra y sombría, una celebración de la melancolía, un goce enfermizo del sufrimiento y el pesimismo.

Victoria Ocampo, en nombre de la rebeldía, supo acomodarse siempre al pensamiento moralista y conservador del cual procedía. En nombre de la libertad sexual, jamás se atrevió a enfrentar a su propio deseo y, de la misma forma que los espíritus pccatos, huyó cobardemente de sus propios impulsos. En nombre de la lucha contra la hipocresía y la doble moral, engañó a quienes decía amar y se engañó, también, a sí misma. En fin, muy a su pesar, Victoria Ocampo, lejos de ser original, fue dueña de una frivolidad *sno*b característica de su clase.

14. Gardel

Carlos Gardel fue uno de los símbolos más representativos de su época. En torno de su figura confluyeron elementos sociales tan diversos, por momentos incluso antagónicos, que lo convirtieron en un verdadero fenómeno de su tiempo. Por una parte, Gardel representaba a los sectores sociales más sumergidos que encontraban en el tango su forma de expresión, pero, por otra, personificaba el *glamour* de los años locos de aquella Buenos Aires con ínfulas parisinas fundada por la aristocracia porteña, tan afrancesada en sus mohines. De hecho, el triunfo artístico de Gardel en Estados Unidos y Francia le abrió al tango las selectas puertas de los salones más lujosos de Buenos Aires. Carlos Gardel fue el primer gran icono sexual argentino. Sin embargo, por paradójico que pudiese resultar, la vida privada de Gardel transcurrió en la mayor de las reservas y es muy poco lo que se sabía de su intimidad. Acaso este halo de misterio haya contribuido a la construcción del mito. Pero, como toda leyenda, la vida de Carlos Gardel, a falta de datos certeros, habría de verse oscurecida por los rumores, muchas veces rayanos en la calumnia.

Todo en Gardel aparece teñido por la sombra de la incertidumbre: desde su nacionalidad y su origen hasta sus preferencias sexuales; desde su estado civil hasta su hipotética paternidad, todo ha sido puesto en duda. Con frecuencia aparecen ligadas a Carlos Gardel una serie de preguntas que, a fuerza de repetirse una y otra vez, se constituyeron en misterios semejantes a los de la religión: ¿Dónde nació? ¿Era argentino, francés o uruguayo? ¿Le gustaban las mujeres, los hombres o ambas cosas? ¿Se casó alguna vez? ¿Tuvo hijos? Todos estos interrogantes, que, desde luego, tienen respuesta, fueron los que, sumados a su incomparable talento y su carisma, colaboraron para convertir a un simple muchacho de barrio en un mito de dimensiones pocas veces alcanzadas en la historia argentina.

En cuanto a la pregunta por su nacionalidad, más allá de la polémica estéril sobre el lugar en que nació, la respuesta hay que encontrarla en su propia obra: hasta donde sabemos, Gardel no compuso ningún tango titulado *Mi Tacuarembó querido*, ni dedicó ninguna canción a la ciudad de Toulouse. En lo relativo a su vida sexual, pese a la celosa discreción que Gardel guardaba sobre sus asuntos privados, encontramos un inesperado y curioso testimonio que deja constancia del momento exacto en que se produjo el debut sexual de Gardel a sus doce años. ¿Quién aporta este relato? Su propia madre, Berta Gardes:

Nunca me voy a olvidar aquella tarde que llegó a casa a decirme que esa noche tenía un programa... Seguramente sería para ir a cantar a casa de alguna familia amiga. Con su carita llena de picardía y ademanes de hombre grande me pedía que le diese la llave de la puerta de calle. ¿Se dan cuenta?

Este comentario indulgente de la madre de Carlos Gardel pone en evidencia, de paso, el hecho de que los padres de entonces no sólo aprobaban sino que propiciaban la iniciación sexual de sus hijos con prostitutas.

La carrera artística y la vida sexual de Gardel estaban estrechamente unidas, ya que los primeros lugares donde cantó fueron, precisamente, aquellos mismos burdeles en los que se había iniciado. Los primeros pasos de Gardel en terreno sexual, como la de la mayor parte de los muchachos de su época, los dio con una prostituta. A pesar de que en el barrio donde creció, el Abasto, había una gran cantidad de prostíbulos, Gardel y sus amigos solían ir a otros, mucho más alejados. Por entonces, en las márgenes del Riachuelo, a uno y otro lado del Puente Alsina, existían numerosos locales con apariencia de cafetines que, en realidad, eran prostíbulos. Estas excursiones no eran meras visitas amables; en rigor, el grupo que integraba Gardel era conocido como «la pandilla del Abasto». En muchas ocasiones, estas salidas terminaban en durísimas peleas a golpes de puño o, llegado el caso, a punta de cuchillo. Veamos el testimonio de un comisario que supo frecuentar aquellos ambientes:

Se sabe que Gardel conoció la calle desde muy niño y era un adolescente todavía cuando ya andaba entreverado con hombres que vivían al margen de la ley y muy mimado por mujeres prostibularias.

Como hemos dicho, el tango y la sexualidad compartían ámbitos y, muchas veces, temáticas comunes. Si hasta antes de Gardel, el tango era visto por las clases acomodadas como una suerte de subcultura marginal y prostibularia, el rutilante éxito del cantante del Abasto en las capitales mundiales produjo una suerte de ascenso social del tango. Así, se estableció una solución de compromiso entre la aristocracia que, de pronto, se dignó a embarrarse los zapatos lustrosos para arrimarse a ese fenómeno nuevo. No sin cierto esnobismo, los *niños bien*, tan satirizados en las letras de los tangos, se mezclaban con las prostitutas polacas y se animaban a ensayar algún firulete en las pistas de baile. Pero, por otro lado, el tango llegó a los barrios más acomodados: en la mismísima Recoleta se abrió el Palais de Glace, en Retiro el Royal Pigalle y, en el centro, el Armenonville. El tango fue para los años Locos porteños lo que el *jazz* para los elegantes salones de Nueva York. Por primera vez, los extremos de la pirámide social compartían espacios comunes. Nada de esto hubiese sido posible sin la carismática figura de Carlos Gardel.

Muchas veces se han puesto en duda las preferencias sexuales del Zorzal y, de hecho, aún puede leerse comentarios sobre su presunta homosexualidad. Aunque esta última posibilidad no presente importancia alguna a la hora de considerar su talento de cantor, su inventiva poética ni, mucho menos de emitir un juicio moral, no existe nada que indique una inclinación hacia personas de su mismo sexo. Sin embargo, una minuciosa búsqueda pudo llevarnos a establecer cómo se han originado estas versiones. José María Aguilar, uno de los guitarristas que, junto con Guillermo Barbieri, acompañó a Gardel en la mayor parte de sus giras, protagonizó un incidente

que habría de costarle el despido. En 1931, durante una de las giras entre Parí y la Costa Azul, al final de un concierto, Aguilar entró en el camarín de Gardel y le hizo saber que había dos mujeres que los estaban esperando para salir juntos. El cantante, discreto como era, prefirió declinar la invitación. El guitarrista ofuscado por habersele arruinado el programa, recriminó a Gardel su falta de hombría y, delante de otros integrantes de la orquesta, se atrevió a poner en entredicho sus preferencias sexuales. El exabrupto habría de costarle caro: en ese mismo momento fue despedido. Es probable que el guitarrista, resentido, se haya dedicado a difundir su versión sobre la sexualidad de Gardel. De manera que, tratándose de uno de los músicos más allegados al cantor, estas calumnias hayan ido ganando crédito hasta convertirse en un relato verosímil. Pero lo cierto es que, desde muy joven, Carlos Gardel tuvo amoríos con mujeres de diferente condición, extracción social y edad. Al mismo tiempo que frecuentaba los prostíbulos de Alsina, teniendo dieciséis años, Gardel conoció a quien habría de ser su primera novia: Carolina Angelini. Esta relación se remonta al año 1903. Ella vivía en el barrio del Abasto, en Corrientes 1551, correspondiente a la vieja numeración, muy cerca de la casa de él. Carolina tenía por entonces sólo trece años. Sin embargo, apenas un par de cuadras más allá, en Corrientes 1726, vivía Margarita Prettera, a quien algunos señalaban como su «verdadera novia». ¿Quién fue la auténtica primera novia de Gardel? Tal vez esta pregunta se la hayan formulado las mismas interesadas o, acaso, la una jamás supiera de la existencia de la otra. Pero si se aunan los diferentes testimonios, se puede concluir que, entre 1903 y 1910, el Zorzal salía con Carolina y con Margarita. Y con muchas otras.

Francisco Bianco, amigo de la infancia de Carlos Gardel, dejó un interesante testimonio acerca de la atracción que ejercía el Morocho sobre el sexo opuesto:

Muchas mujeres sentían por Gardel una pasión extraordinariamente grande.

Hemos dicho que Gardel fue el primer gran símbolo sexual de los argentinos. Por regla general, un hombre se convierte en icono por obra de sus seguidores: son ellos quienes construyen la leyenda a partir de distintos relatos y, sobre todo, de diversas representaciones. Pero en el caso de Gardel, él mismo fue el artífice y constructor de aquella imagen mítica que, junto con el obelisco y los puentes de la Boca, se ha convertido en una suerte de advocación de Buenos Aires. En efecto, la figura de Gardel es Buenos Aires. Sin embargo, aquella imagen tantas veces reproducida fue el fruto de un intenso trabajo cotidiano: Carlos Gardel se construyó a sí mismo y a costa de un enorme esfuerzo. Si cantar era para él un don completamente natural, mantener su figura le demandaba una enorme cantidad de imposiciones. Gardel tenía una complexión robusta, por momentos excesiva; su tendencia a la obesidad —registrada en varias fotos— lo obligaba a someterse a constantes ejercicios físicos, dietas e incluso medicamentos. Por otra parte, su pulcritud era proverbial. Desde el pelo, siempre engominado y brillante, hasta las uñas de los pies, todo en su aspecto estaba

puntillosamente cuidado. La célebre sonrisa gardeleana, tan emblemática como la de La Gioconda, era el resultado de largas sesiones cosméticas que incluían rouge, maquillaje y retoques fotográficos. A donde fuera, siempre llevaba consigo un *nécessaire* que incluía instrumentos para cada parte del cuerpo. En cuanto a la ropa, su cuidado era tal que, aun los días en que no tenía función, podía cambiar de vestuario tres o cuatro veces. Iba a la peluquería en forma cotidiana para que lo afeitaran, le hicieran fomentos y le aplicaran toalla caliente.

Muchos han definido a Carlos Gardel como un *dandy*; sin embargo, había en la figura del *dandy* una cierta natural elegancia, una suerte de trato consustancial con el refinamiento. El *dandy* nacía *dandy*, era un hombre de mundo, hablaba el francés con la misma espontaneidad que el castellano y se movía en sociedad como pez en el agua. A Gardel, en cambio, procedente de una cuna sumamente pobre, habiendo crecido en el muy humilde barrio del Abasto, la exquisitez propia del *dandy* no le fue dada por el abolengo. Al contrario, el encanto de Carlos Gardel no surgía de ocultar sus orígenes, sino de exhibirlos con orgullo, de mostrar su linaje reo, exaltar su tono lunfardo y demostrar que se podía llegar a lo más alto desde el fangoso arrabal. En este sentido, Gardel es la materialización, la encarnación misma del tango. Tenía la misma fuerza sensual del tango: atraía con la potencia de la sensualidad y hacía ruborizar a las mujeres elegantes con el encanto de lo prohibido. Carlos Gardel supo sintetizar en su propia persona y en su imagen todos los elementos constitutivos del tango. De manera que esta dualidad entre lo profundamente viril, marcado por el decir lunfardo y arrabalero por una parte, y ciertas pinceladas femeninas como las dietas, el maquillaje y hasta el rouge, por otra, estaban presentes también en el origen del tango, nacido como un baile entre hombres.

Entre los romances que le atribuyeron a Gardel encontramos los nombres de las mujeres más significativas de su época: Olinda Bozán, Azucena Maizani, Trini Ramos, Juana Larrauri, Elisa Montero, Elena Fernández, Andrea Morand, Alicia Coccia, Loretta Darthés, Ada Falcón, Perla Greco e Ivonne Guitry (la que inspiró el célebre tango de Pereyra y Cadícamo, *Madame Ivonne*). Cuánto hay de cierto y cuánto pertenece a la leyenda es materia discutible, aunque ciertamente árida. La novia histórica de Carlos Gardel fue Isabel del Valle, con quien estuvo desde 1920 hasta 1934. Fueron catorce años tormentosos, con idas y vueltas, rupturas y reconciliaciones constantes. Isabel, hija de un ferroviario, era una cantante que nunca pudo alcanzar el éxito en su profesión ni en su máxima aspiración: casarse con Gardel. Sin embargo, todas las mujeres que estuvieron de una u otra forma con el Zorzal debían saber que era aquélla una empresa destinada al fracaso. En la última entrevista que dio Gardel antes de que su avión se estrellara en la pista del aeropuerto de Medellín, publicada en el diario *El Nacional* de Bogotá del 18 de junio de 1935, el Zorzal hizo pública su visión sobre el matrimonio:

¿Es Ud. partidario del divorcio? —interrogó el periodista.

Debido a mi carrera, no soy partidario del casamiento —sentenció terminante Carlos Gardel.

15. De los años locos a la dictadura

Dede las orgías nunca ocultas de Sarmiento, pasando por los años dorados de Buenos Aires, la proliferación de los *cabarets*, la expansión sexual que produjo el advenimiento de la inmigración primero y del tango después, la poética tanguera y su tránsito de la procacidad a la lírica erótica, las menciones abiertas a la sexualidad y las descripciones voluptuosas de la literatura de Eugenio Cambaceres; desde los desafíos a la vieja moral por parte de Lola Mora, pasando por las escandalosas relaciones de Victoria Ocampo hasta llegar a los ámbitos más o menos disipados en los que discurría el tango, todo parecía conducir hacia una época de mayores libertades sexuales. Poco a poco la sociedad evolucionaba hacia una visión más alejada de los rígidos patrones moldeados por la Iglesia. Las mujeres, de manera incipiente, tomaban la palabra y la iniciativa, para escándalo de los sectores más conservadores. Cuando todo, en fin, parecía encaminarse por los carriles de una mayor tolerancia, aquellos «años locos», de pronto se encontraron con la «razón» de los fusiles y las bayonetas. Hacia fines de la década del 20, la fiesta se vería abruptamente interrumpida. El 6 de septiembre de 1930, con el golpe militar encabezado por José Félix Uriburu, comenzaría la larga noche de las dictaduras militares en la Argentina. Aquella cosmovisión castrense que remitía a los viejos tiempos de la Inquisición estaba inspirada en los mismísimos cánones medievales. Una época negra signaría los tiempos posteriores, cercenando las libertades democráticas y, consecuentemente, los derechos civiles elementales. La sexualidad y todas sus manifestaciones más o menos veladas, más o menos visibles, serían objeto de una durísima represión, iniciándose así uno de los capítulos más oscuros de la historia nacional.

Los gobiernos dictatoriales siempre han creído que, prohibiendo determinadas prácticas, podían eliminar, mediante el empleo de la fuerza, las causas que les daban origen. El poder jamás ha comprendido que el motor de las sociedades y el de los individuos que las componen es el deseo. Y, afortunadamente, ningún gobierno ha conseguido impedir que la gente, por más que se la someta, mantenga viva esa incómoda costumbre de desear.

Por eso, la historia continúa.

Bibliografía

- Alberdi, Juan Bautista: *Mi vida privada y otros textos*. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2001.
- Alonso Piñeiro, Armando: *Dramas y esplendores de la Historia Argentina* (Tomo I). Editorial Platero, Buenos Aires, 1974.
- : La historia argentina que muchos argentinos no conocen. Desalma, Buenos Aires, 1992.
- Ayerza de Castillo, Laura y Felgine, Odile: *Victoria Ocampo. Intimidades de una visionaria*. Sudamericana, Buenos Aires, 1992.
- Balmaceda, Daniel: *Espadas y corazones*. Marea, Buenos Aires, 2004.
- : Romances turbulentos de la historia argentina. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2007.
- : Historias insólitas de la historia argentina. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2008.
- Barrancos, Dora: «Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras», en *Historia de la vida privada en la Argentina*. Taurus, Buenos Aires, 1999.
- Barsky, Julián y Barsky, Gustavo: *Gardel la biografía*. Taurus, Buenos Aires, 2004.
- Bazán, Osvaldo: *Historia de la Homosexualidad en Argentina*. Marea, Buenos Aires, 2004.
- Bellotta, Araceli: *Margarita Weild y el General Paz*. Planeta, Buenos Aires, 1999.
- : *Los amores de Yrigoyen*. Sudamericana, Buenos Aires, 2004.
- Calzadillas, Santiago: *Las beldades de mi tiempo*. Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2001.
- Camarasa, Jorge: *Amores argentinos*. Planeta, Buenos Aires, 1998.
- Carretero, Andrés: *Prostitución en Buenos Aires*. Corregidor, Buenos Aires, 1995.
- Carta de Juan María Gutiérrez a Juan Bautista Alberdi. 6 de agosto de 1845.
- Cartas, anécdotas y testimonios (sobre Sarmiento). *Textos de ayer para la Argentina de mañana*. Clarín, Buenos Aires, 2002.
- Claisse, José: *La prostitución en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1923.
- Cicerchia, Ricardo: *Historia de la vida privada en la Argentina*. Troquel, Buenos Aires, 1998.

- Chirico, Gabriel Darío: *Las primeras damas de la historia argentina* (de 1826 a 1952). Dunken, Buenos Aires, 2005.
- Cuello, Nicolás: Juan José Castelli, tribuno de Mayo. Buenos Aires, 1963.
- D'Amico, Carlos: *Buenos Aires: sus hombres, su política*. Americana, Buenos Aires, 1952.
- De la Sota, Candelaria: *El escritor maldito*. Ediciones B, Buenos Aires, 2008.
- Deleis, Mónica, De Titto, Ricardo y Arguindeguy, Diego: *Mujeres de la política argentina*. Aguilar, Buenos Aires, 2001.
- Devoto, Fernando y Madero, Marta (dir.): *Historia de la vida privada en la Argentina*. Taurus, Buenos Aires, 1999.
- Diario de los tribunales. Buenos Aires, 1920.
- Gálvez, Lucía: *Historias de amor de la historia argentina*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2004.
- Garavaglia, Juan Carlos: «Ámbitos, vínculos y cuerpos. La campaña bonaerense de vieja colonización», en *Historia de la vida privada en la Argentina*. Taurus, Buenos Aires, 1999.
- Gorbato, Viviana: *Noche tras noche*. Atlántida, Buenos Aires, 1997.
- Guy, Donna: *El sexo peligroso*. Sudamericana, Buenos Aires, 1994.
- Lafforgue, Edmundo: *Castelli, el patriota infortunado*. Pensamiento democrático, Buenos Aires, 1968.
- Mayo, Carlos: *Estancia y sociedad en La Pampa*. Biblos, Buenos Aires, 1995.
- Moreno, José Luis: *Historia de la familia en el Río de la Plata*. Sudamericana, Buenos Aires, 2004.
- O'Donnell, Pacho: *El grito sagrado*. Sudamericana, Buenos Aires, 1999.
- : *El águila guerrera*. Sudamericana, Buenos Aires, 1998.
- Olazábal, Manuel de: *Episodios de la guerra de la Independencia*. Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1978.
- Ollier, María Matilde y De Sagastizábal, Leandro: *Tu nombre en mi boca*. Planeta, Buenos Aires, 1994.
- Ottaviano, Cynthia: *Secretos de alcobas presidenciales*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2003.
- Paz, José María: *Memorias póstumas*. Albatros, Buenos Aires, 1945.
- Ramos Mejía, José María: *Rosas y su tiempo*. Editorial Jackson, Buenos Aires,

1944.

Rivera Indarte, José: *Rosas y sus opositores*. Editorial Jackson, Buenos Aires, 1945.

Rodríguez Molas, Ricardo: *Divorcio y familia tradicional*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984.

Rojas, Ricardo: *Historia de la Literatura argentina*. Kraft, Buenos Aires, 1960.

Rojas Paz, Pablo: *Alberdi, el ciudadano de la soledad*. Losada, Buenos Aires, 1952.

Sáenz Quesada, María: *Mujeres de Rosas*. Planeta, Buenos Aires, 1997.

Salessi, Jorge: *Médicos, maleantes y maricas*. Beatriz Viterbo, Rosario, 1995.

Sarmiento, Domingo Faustino: *La Correspondencia de Sarmiento*. Comisión Nacional de Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento, Córdoba, 1988.

—: *Viajes por Europa, África y América y diario de gastos*. ALLCA XX Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1993.

—: *Facundo*. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1938. Sebrelí, Juan José: *Los oligarcas*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

Van de Velde, T. H.: *El matrimonio perfecto*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1972.

Várela, Gustavo: *Mal de tango*. Paidós, Buenos Aires, 2005.

Artículos periodísticos

Adami, Nazareno Miguel: «Poder y sexualidad» en *Todo es historia* N° 281.

Armani, Horacio: «Victoria Ocampo en el amor y la amistad» en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo cincuenta y cinco, enero/junio de 1990. N° 215-216.

Arévalo, María Beatriz: «Los ritos del amor en Buenos Aires en los primeros años del siglo veinte» en *Historias de la ciudad* N° 25, febrero de 2004.

Ayarragaray, Lucas: «Sobre la impotencia sexual» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*.

—: Obsesión sexual: «La mirada masturbadora» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*.

Barzani, Carlos Alberto: «Homosexualidad e imaginarios sociales» en *Revista Topía en la web*, Buenos Aires, Año diez, N° veintiocho mayo/agosto 2000.

Bellota, Araceli: «Aurelia Vélez, la independencia a ultranza» en *Todo es historia*

Nº 285.

Bellucci, Mabel: «Una cartografía de la sexualidad en el Río de la Plata» en *La Aljaba*. Vol. 6, año 2001.

Clarín: «Aaron Anchorena. Una vida privada». Por Luis Alberto Romero. 31 de enero de 1999.

Correa, Alejandra: «El hogar, dulce hogar porteño y de clase media» en *Todo es historia* Nº 320.

—: «De Nodrizas y parteras» en *Todo es historia* Nº 355.

De Veyga, Francisco: «La inversión sexual adquirida» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*.

—: «La inversión sexual adquirida. Upo de invertido profesional. Tipo de invertido por sugestión. Tipo de invertido por causa de decaimiento mental» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*.

—: «El amor en los invertidos sexuales» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*.

—: Diez, María Angélica: «Mujeres adúlteras en La Pampa» en *Todo es historia* Nº 321.

Gesualdo, Vicente: «Los amores de Bolívar» en *Todo es historia* Nº 10.

Grosso, Florencio: «Remedios y José, realidad y leyenda» en *Todo es historia* Nº 397.

Hanon, Maxine: «Lavanderas: morenas y federales» en *Todo es historia* Nº 452.

Hernando, María de las Mercedes: *Lola Mora. Pasión, escándalo y olvido* (conferencia).

Ingenieros, José: «Forma libidinosa» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*.

Juan, María Victoria: «Rameras y cortesanas» en *Todo es historia* Nº 263.

—: «La primera casa de baños de Buenos Aires y el baño de Mariquita» en *Historias de la Ciudad. Una Revista de Buenos Aires* Nº 17. Septiembre de 2002.

Mayo, Carlos: «El amor en el Río de la Plata» en *Todo es historia* Nº 452.

Méndez Avellaneda, Juan M.: *La hija de Belgrano* en *Todo es historia* Nº 279.

Mercante, Víctor: «Fetiquismo y uranismo femenino» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*.

Montero, Belisario: «La profilaxia internacional de la sífilis» en *Archivos de*

psiquiatría, criminología y ciencias afines.

Moyano, Marcelo: «Los amores de Lavalle en su última gesta» en *Todo es historia* N° 399.

Noticias: «Aaron Anchorena». Por Camilo Aldao, Alex Milberg, Silvana Iglesias y Gabriela Grosso. 2 de enero de 1984.

Olano, Guillermo: «La secreción mamaria en los invertidos sexuales» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines.*

Ogando, Alejandro: «La mujer en las letras de tango» en *Todo es historia* N° 367.

Quiroga Micheo, Ernesto: «El campo donde habitaba el peludo» en *Todo es historia* N° 318.

Recalde, Héctor: «Sexo y amor en la propaganda anarquista» en *Todo es historia* N° 355.

—: Prostitutas reglamentadas en *Todo es historia* N° 285. Revilla, Enrique: «El ejercicio de la prostitución en Buenos Aires.

Proyecto de Ordenanza elevado a la Intendencia Municipal» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines.*

Sáenz Quesada, María: Josefa Gómez. «La amiga del restaurador, la barragana del deán» en *Todo es historia* N° 285.

Scarsi, José Luis: «Tratantes, prostitutas y rufianes en 1870» en *Todo es historia* N° 342.

—: «De los viejos prostíbulos porteños» en *Historias de la ciudad* N° 23. Octubre de 2003.

Orozco, Andrea y Dávila, Valeria: «Mujeres alienadas en la Argentina» en *Todo es historia* N° 324.

Ogando, Alejandro: «La mujer en las letras de tango» en *Todo es historia* N° 367.

Página/12: «Bragas y braguitas». Por Soledad Vallejos. Suplemento Las 12. 30 de enero de 2004.

Página/12: «Con faldas y a lo loco». Por Sergio Nuñez y Ariel Idez. Suplemento Radar. 1.º de julio de 2007.

Padilla, Alejandro Jorge: «El amor en los tiempos de la Confederación» en *Todo es historia* N° 435.

Prins, Enrique: «Sobre la prostitución en Buenos Aires» en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines.*

Vassallo, Jaqueline: «En torno a la moral sexual en la Córdoba del último cuarto del

siglo XVIII». *Revista Estudios N° 9* (Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba). Julio 1997-junio 1998.

Villafañe, Gloria y Villa, Tomás Javier: «Severa Villafañe» en *Todo es historia* N° 423.

Páginas web

Ibarguren, Carlos E: *Los antepasados a lo largo y más allá de la Historia Argentina*,
<http://www.genealogiafamiliar.net>

Giorlandini, Eduardo: *Prostitución y tango*,
<http://www.clubdetango.com.ar/articulos/prostytang.htm>

Varela, Marcela Alejandra: *Las bragas. Hermafroditas que velan por el pudor* para
<http://www.miramoda.com.ar>



FEDERICO ANDAHAZI. Nació en Buenos Aires en 1963. Estudió Psicología en la Universidad de Buenos Aires y trabajó como psicoanalista. En 1997, tras haber sido premiado en numerosos concursos literarios, publicó la novela *El anatomista*, obra con la que ganó el Premio de la Fundación Fortabat. Este libro se convirtió en un rotundo éxito de ventas y se tradujo a más de treinta idiomas en más de cuarenta países. Igual suerte tuvo la novela *Las piadosas* en 1998, año en que también publicó el volumen de cuentos *El árbol de las tentaciones*.

En 2000 publicó *El príncipe*, en 2002 *El secreto de los flamencos* y en 2004 *Errante en la sombra*. En 2005 publicó la novela *La ciudad de los herejes* y escribió el folletín *Mapas del fin del mundo* en colaboración con los lectores del diario *Clarín*, siendo esta la primera experiencia de escritura colectiva publicada en un periódico.

Es uno de los autores argentinos cuyas obras fueron traducidas a mayor número de idiomas en todo el mundo.